



Desventuras de un

Impécil 2

J.M. Martínez Pedrós

DESVENTURAS DE UN IMBÉCIL 2

J.M. Martínez Pedrós

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales



Desventuras de un Imbécil 2

Autor: J.M. Martínez Pedrós. ©2017

Edición y maquetación propia

Obra corregida por: "Correctora: Ana B. López".

Dirección web: <http://soycorrectoradetextos.blogspot.com.es>

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de copyright y tratados internacionales.

PRESENTACIÓN

Mi nombre es: J.M. Martínez Pedrós, trabajo como Auxiliar Administrativo, soy autodidacta y este es mi cuarto libro.

Me gusta escribir sobre: misterio, terror y fantasía.

Advierto a todo el que quiera leerme, que sea una persona de ideas y mente despejada.

Trato siempre los temas con toda franqueza; ironía, dureza y con un subido tono relativo al sexo, que no trato de forma obscena, pero sí altamente erótico.

Resumiendo; Pudiera ser que alguien se sintiera ofendido.

Os invito a visitar el sitio en donde encontraréis todos mis escritos por un módico precio.

Un fuerte abrazo.

<https://www.amazon.com/-/e/B01DLP5RB2>

SIPNOSIS

"El señor Martínez, aprovechando que su familia está de vacaciones, acude al videoclub para alquilar una película. Allí se cruza con un extraño personaje que lo persigue por las calles de la ciudad. Esto lo llevará a meterse en un descampado en el que se cruza con un joven que hará que su vida dé un giro inesperado. A partir de ahí, tendrá que hacerse pasar por un asesino despiadado para salvar su pellejo".

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I (UN ENCUENTRO INESPERADO)

CAPÍTULO II (CONOCIENDO AL NENE)

CAPÍTULO III (EL VIAJE)

CAPÍTULO IV (LA GUARIDA DEL JEFE)

CAPÍTULO V (NICOLE, LA HIJA DEL JEFE)

CAPÍTULO VI (EL PLAN)

CAPÍTULO VII (EL ENSAYO)

CAPÍTULO VIII (SEXO, DROGAS Y ROCK AND ROLL)

CAPÍTULO IX (EL DUELO)

CAPÍTULO X (TIBURÓN)

CAPÍTULO XI (¡¡QUIERO UN ENTIERRO DECENTE!!)

CAPÍTULO XII (EL SECUESTRO)

CAPÍTULO XIII (EL SANATORIO)

CAPÍTULO XIV (LOS BICHOS)

CAPÍTULO XV (EL SEÑOR MARTÍNEZ)

CAPÍTULO XVI (ENCUENTRO CON LA LOCA)

CAPÍTULO XVII (LOS DEMENTES JUSTICIEROS)

CAPÍTULO XVIII (LA FUNERARIA)

CAPÍTULO XIX (LA VENGANZA)

CAPÍTULO XX (HASTA NUNCA, LOCA)

CAPÍTULO XXI (EL TOPO)

CAPÍTULO XXII (BLANCO)

CAPÍTULO XXIII (FINAL)

INTRODUCCIÓN

Estuve todo el año en curso esperando el mes de agosto. Sí, señoras y señores, ese mes en donde las señoras añoraban su pueblo de origen y los sufridos maridos se quedaban al pie del cañón. Nosotros, los más idiotas e infelices del mundo. Pensábamos que nos dedicaríamos a hacer lo que nos viniese en gana. Es decir: todo lo que generosamente nos permitieran las demás mujeres...

Ya sé lo que pensarán ustedes. ¡Vaya pedazos de hijos de perra que tenían por maridos! Que si serán unos cerdos malnacidos, que si eran unos adúlteros. En definitiva, y de seguro que llegarían a la conclusión de que dicho comportamiento de los mal llamados “Rodríguez” rayarían la violencia de género y otras sartas de ideas preconcebidas por los medios de comunicación que sin duda rondarán vuestras privilegiadas mentes modernistas, pero espero que estén conmigo en que vosotras en el fondo os alegráis de libraros del pedazo de burro de vuestros maridos, que cuando vienen de trabajar solo esperaban la cena y que le dejasen en paz delante de su querido aparato de televisión.

Todo eso es muy bonito, pero los planes nunca salían como uno quiere. No pensarán que no lo intenté, fue todo en vano. Luego de gastarme un buen dinero en frecuentar las discotecas de moda y comprarme ropa adecuada a la época, me di cuenta de que había perdido mi, digamos, “Charme”. Estaba más pasado que las maracas de Machín. Como podríais imaginaros, hice el más esperpéntico de los ridículos, así que me refugié en mi casa, consolándome a base de videos porno y comer guarradas, que si mi médico lo supiese, renegaría de mí, no tres veces como Pedro a Jesús. De seguro que no pararía hasta el día del juicio final.

Solo salía de casa para trabajar (qué remedio), para comprar tabaco (maldito vicio) o para ir al videoclub. Lo peor que le pudiera pasar a un “Rodríguez” que estuviera lamiéndose sus heridas era añorar a su mujer hasta el punto de tener sueños eróticos con ella. Siendo el podio de las desgracias ver de nuevo la misma peli porno, alquilada el día anterior. Entonces, se podría decir que uno había tocado fondo. Y para rematar la desgracia, no tener ganas ni remotamente de devolverla.

Era viernes por la tarde, la televisión emitía la basura de siempre y encima eran refritos de viejos programas, emitidos en tiempos de María Castaña, así que hice de tripas corazón y arrastré mi aburrimiento y melancolía hacia el establecimiento de alquiler de películas.

Fui caminando, sudando, cabizbajo y el aburrimiento me pesaba lo mismo que si llevara la cruz de mi propio Vía Crucis. No quería ver a nadie ni conocido ni desconocido, estaba con un humor de perros y, maldita sea, incluso si me enterara de que mi familia estaba pasándolo mal, puede que aquello me resultase incluso hasta un alivio. Me avergonzaba de mis pensamientos, ¡pero qué cojones! ¡Que se jodan por dejarme solo!

Como siempre la ciudad me asqueaba con sus aceras llenas de desperdicios, cagadas y orines de perros. Lo peor, los viandantes que circulaban ajenos a mis desgracias.

¡¡Eran muy importantes para mí!!

¿Por qué no se paraban y me preguntaban, me consolaban o simplemente me saludaban?

Era lamentable percibir lo poco que importaba a los demás. Raudos, pasaban ante mí, desde luego que todos tenían sus problemas, ¡pero miradme, por favor!, ¡decidme algo, no ven que estoy fatal!

En estas cuestiones del alma estaba cuando un chirrido de neumáticos me sobresaltó. Fijé mi atención en la atestada calle. A escasos metros de mí y en medio de la calzada estaba agonizando un perro, que

tuvo la desgracia de que lo destripara una de esas máquinas que nos cuesta a todos un riñón y dicen que es peor de mantener y más caro que una amante caprichosa. El auto apenas paró, reanudando la marcha tan velozmente como se produjo el atropello. No sé el porqué o no tenía nada mejor que hacer, pero me entretuve mirando al pobre can, cómo movía la pata en sus últimos estertores. Pensé en que sin duda, aunque fuera un perro, seguro que alguno lo echaría de menos.

No obstante, mi pensamiento me pareció atroz, pero es así, observar una desgracia, aunque fuera la de un animal, me sirvió de consuelo. Extraño, ¿verdad? Pero efectivo. Seguí absorto observando hasta que ya no se movió. Por supuesto, nadie paraba y otra curiosidad que recalco. Ahora que el pobre bicho estaba muerto, todos los conductores lo sorteaban. No pude evitar pensar que más valió que lo hubieran evitado antes. El suceso me estaba deprimiendo más todavía.

Necesitaba urgentemente una ración doble de porno, una buena cerveza de barril y una cajetilla de tabaco. ¡Qué queréis que os diga! Va a ser verdad eso que dicen del varón: que no podemos hacer ni pensar dos cosas a la vez.

Dejando al chucho destripado, raudo, me di media vuelta, pero me topé con mi imagen en las vitrinas de unos grandes almacenes. De nuevo me paré, de nuevo me quedé absorto.

¿Era yo el que se reflejaba? ¡¡No podía ser!!

Aquel tipo llevaba barba de varios días, el pelo alborotado, la cara castigada por la edad y la nariz partida de boxeador (cuando era niño, decidí volar como Superman). Vestía de cualquier manera: con un viejo chándal pasado de moda, zapatillas viejas y sucias. La verdad es que nunca había sido agradecido. Jamás sería capaz de hacer daño a nadie, ni siquiera tenía malos pensamientos (exceptuando los sexuales). Mi aspecto podría perfectamente pasar por un maleante o algo peor. De seguro que si de noche me cruzara con alguna damisela, su reacción sería la más apropiada hacia mi aspecto. No lo duden.

Por eso siempre me pregunté qué había encontrado mi mujer para resultarle lo suficiente atractivo para que se casara conmigo. ¿O es que las mujeres tienen el gusto en otra parte que no sea en los ojos? No como nosotros, que todo nos entra por la vista o por el estómago.

¡Ya volvía a nombrar a mi mujer! Eso quería decir que estaba peor de lo que pensaba. Menos mal que al final de la calle, las luces de neón de color verde, lo mismo que las cruce verdes parpadeantes de las farmacias, me anunciaban el tan ansiado videoclub, en donde tendría la solución a todos mis problemas...

CAPÍTULO I (UN ENCUENTRO INESPERADO)

En un videoclub te puedes encontrar con un número endiablado de personas y, según el cálculo de probabilidades, muchas de ellas están ahí por lo mismo que tú, aunque fuese por medio de películas que intentaban plasmar lo que nunca pasaría por una mente digamos amaestrada por años de estricta educación basada en la culpabilidad, así pues, por lo menos al principio, no presté mucha atención a mis compañeros en busca de sexo barato y sin compromiso.

Tan solo escuché el sonido de unas botas acercándose, lo que quería decir que no era una persona que fuera calzada adecuadamente para la época del año, pudiera ser un policía, un militar o peor, un punky de esos llenos de artilugios estafalarios y pelos encrestados de colores.

¿Estaban en el mismo sitio que yo! ¡Bueno, y qué! ¿Es que ellos no tenían derecho a dar rienda suelta a sus más bajos instintos?

Sin embargo, hay que tomar en consideración que un número de elementos que quizás fueran marginados de la sociedad, «virtuosos» de la guerra urbana, atracadores de viejas y, los peores, chauvinistas (psicópatas) de llamar la atención. ¿Pudiera ser este uno de ellos?

Me temí lo peor. ¿Quién me encontraría en un sitio como este, se dirigiría a mí? Recé cuanto supe con la esperanza de que no fuese mi persona a quien buscara en tan insólito lugar. Percibí un ruido estridente, lo cual me sirvió de excusa para girarme y mirar directamente: era un hombre de mediana edad, despreocupado por su atuendo, vestía una horrible gabardina que le cubría por completo. Su cabeza estaba completamente rapada y lucía unas gafas de pasta de color negro. Este hombre estaba fuera de contexto, estábamos en verano y el tiempo no acompañaba para vestir de semejante guisa.

Antes de que llegara a mi altura, mi mente estaba trabajando a destajo: podría ser un cobrador o simplemente un individuo que intentaba, como yo, buscar algo de compañía, aunque fuese a una prudente distancia.

Observé al elemento más de cerca. El individuo estaba recogiendo del suelo las películas que, indudablemente, vestido así y con lo grande y aparatoso que era, debió de tirar. Me pareció que se disculpaba por su torpeza. Su mirada me lo dijo todo. Una media sonrisa acompañada de una mueca me enseñó que tenía una fea cicatriz que le ocupaba buena parte del rostro. Sin duda no hacía falta ser muy listo para deducir que ese dibujo en su cara no era una decoración, más bien una herida de arma blanca, lo que me puso más si cabe de los nervios. Esa faz poco agradable la completaban unos ojos grandes, negros que parecían dos bolas de carbón que, mirándome muy fijamente, hablaban por sí solos. Para rematar la estampa de horror que me producía, me hizo temer lo peor. Lo mismo que si intentara llamar mi atención o hacerme ver que desde luego era a mí a quien buscaba. Siguió con una inclinación con la cabeza, dedicándome una sonrisa que me enseñó una hilera de dientes amarillentos por los muchos años de fumar.

¿Me encontraba delante de un raro espécimen? ¿O por el contrario era yo el anormal por coincidir con semejante individuo en la sección porno?

Se apoderó de mí un extraño miedo, diría más, sentía terror hacia los tipos grandes y mal encarados. Nunca fui muy valiente que digamos, pero este hombre me causaba una especie de turbación que me hacía entrar en pánico, así que decidí que lo mejor era poner tierra de por medio.

Salí a la calle, mejor dicho, surgí trotando como un viejo y asustadizo caballo. El atestado tráfico y el olor a gasolina mezclado con el tufo a humanidad que desprendían los peatones lo impregnaban todo. Aquella mezcla de efluvios me recibió de lleno taponándome las narices. Menos mal que ya estaba acostumbrado a los desechos de esta querida y a la vez odiada ciudad. La verdad es tengo que confesar

que lo preferí antes que al Frankenstein que acababa de abandonar en el videoclub.

Para celebrar mi oportuna huida, encendí un cigarrillo, así que de esa manera también amortiguaba los efectos de la contaminación, y de paso le echaba las culpas a la misma por hacerme fumar de nuevo.

Nuevamente, el sonido de ese particular y conocido zapateo me puso repetidamente en alerta. El personaje me seguía, resuelto a no dejarme en paz. Al final, me supo mal el cigarrillo y lo arrojé con destemplanza, lo mismo que si tuviera él toda la culpa. Miré a mi espalda, ¡maldita mi suerte! Me perseguía a prudente distancia. No es que fuese corriendo, pero como eran tan grandes sus zancadas valían por dos de las mías.

Pasó por mi mente un sinfín de preguntas, todas ellas descabelladas: ¿cómo era posible que pudiera interesar de esta manera a este tipo? ¿Debía algo a alguien y no lo sabía?

Empecé a repasar mentalmente todo lo acontecido en un tiempo atrás, no encontrando nada importante por lo que un tipo de esta calaña me estuviera siguiendo. Deduje que sería algún loco o algo peor...

No es que yo fuera un hombre fuerte que digamos, pero sí que era un auténtico cobarde. Desde mi infancia, empezando por mis hermanos y terminando por los abusos del colegio, todos me zurraron en alguna ocasión. Por consiguiente, pensé que este mastodonte, sin duda más grande y fuerte que cualquiera de los que antaño me maltrataron, podría hacerme daño. Apreté el paso y él hizo lo mismo.

Era ya de noche. Por la calle que paseaba, antes de seguro que estaría tan concurrida, que apenas podría uno moverse, pero ahora, quitando algún que otro gato callejero, mi perseguidor y yo, nadie más había...

En una noche como esta, las personas digamos normales no se paseaban por allí, estarían todos embobados viendo la televisión o en el mejor de los casos leyendo un buen libro. No se hagan ilusiones, he dicho que en el mejor de los casos. Lo más seguro, y pondría la mano en el fuego, estarían todos rodeando la caja tonta. Perdónenme la palabrería, pero si un tipo con pinta de asesino los persiguiera, os puedo asegurar que se pondrían nerviosos y hablarían más de la cuenta...

¿Alguien en esta bendita ciudad estaría pensando en el peligro al que estaba expuesto? ¿O se preguntarían si su equipo favorito ganaría el próximo partido?

Todos los portales estaban cerrados y para llegar al mío todavía faltaba mucho. Estaba maldiciendo mi mala suerte con un sinfín de preguntas que dudo mucho que yo mismo contestara: ¿por qué no me masturbé en lugar de acudir a por una peli porno? ¿Quién coño recomendó un buen paseo antes de acostarse? ¿Quién demonios se sacó de la chistera que los paseos sientan bien? ¡No ven que es peligroso adentrarse de noche! Los cementerios están llenos de gente tan sana como yo que lo único que querían era dar un buen paseo para morirse lo más sano posible.

No tuve más remedio que pasar por una calle tan mal iluminada que sería un sitio ideal y estratégico para tenderme una emboscada. Estaba sospesando mis posibilidades: si seguía huyendo, lo más seguro es que pronto me diera alcance. Si por el contrario no perdía mi aplomo y sangre fría, puede que mis posibilidades de supervivencia aumentaran. Refunfuñando a media voz traté de darme ánimos, tenía que hacerle frente. De lo contrario, podría ser fatal.

La sorpresa es el mejor de los ataques. ¿Quién lo dijo? No recuerdo, pero no me quedó más remedio que agarrarme a un clavo ardiendo.

Paré en mi alocada carrera de pollo sin cabeza y, girando sobre mí mismo, me adelanté en su busca. Al llegar a su altura, paré en seco y me situé debajo de un farol, dándome la luz de lleno para que pudiera ver mi ensayada mueca.

Dio resultado, la sorpresa surtió efecto. El elemento también paró en seco, no se lo pensó dos veces y, dando media vuelta, desapareció de mi vista. ¡No me lo podía creer! Así que, decidido a no abusar de mi suerte, busqué unas calles más concurridas y mejor iluminadas para volver a casa, pero antes, un solar que se aprovechaba para aparcar los autos del vecindario y a su vez de cagadero y meadero para todas sus mascotas, estaba allí como esperándome para darme la puntilla de la noche.

Aunque todavía no había conseguido llegar a la digamos civilización, todo aquello me hacía sentir muy bravo. Si conseguí ayuntar al mastodonte era capaz ya de todo, y me envolví en tal seguridad que ni siquiera este devastado y oscuro solar conseguiría acobardarme. Caminé tan alegre que me puse a silbar.

De repente, como un fantasma surgido de la nada apareció un individuo. Se quedó lo mismo que si fuera una estatua. Se me atragantó la canción y deje de silbar. Aquello era demasiado para un egoísta y mal esposo que lo único que quería era alquilar una peli porno y autocomplacerse en la soledad de su miserable piso.

Era muy joven, aparentaba la edad en que se sale de la pubertad: de estatura mediana, atlético, con una chaqueta vaquera de color azul y una gorra de esas que regalan para publicidad. Qué curioso, pero estaba obstinado en leer lo que cojones anunciara esa gorra. Por lo visto, el miedo juega esas malas pasadas y nuestra mente trata de desviar la realidad... No aparentaba ni temor ni trataba de dármele, simplemente esta allí, como si fuera un mayordomo esperado la orden de su señor, pero desde luego que de una cosa estaba seguro: sirviente mío no era...

No sé lo que pasó por mi mente, pero decidí que esta aparición nada bueno me traería y por mucha curiosidad que tuviera la opción más cobarde, pero a la vez más sensata, me vino a decir que: "Mejor dejarlo para otro día y mucho gusto en conocerle, pero es de noche, hace frío y mi peli porno me espera, así que sintiéndolo mucho me voy". Por supuesto, di media la vuelta, dejé a la estatua y enfilé en busca de gente más normal, y sobre todo sin peligro...

Apenas recorrí unos metros cuando como ensalmo apareció el mastodonte. Yo que pensaba que estaría en otro sitio que no fuera el mismo que el mío, pero crueldad del destino, estaba allí delante de mí con los brazos en jarra lo mismo que una madre que acababa de encontrar a su hijo desobediente.

¿Qué hacer? Aquello me recordó cuando era niño y contábamos alguna adivinanza en el que un individuo estaba en el centro, donde bifurcaban cuatro caminos y no había escapatoria posible. Todos estaban bloqueados por hordas de fieras sanguinarias.

Entonces, al inocente de turno se le preguntaba: ¿qué hacer para salir de esta encerrona? La verdad, si querían estos dos zurrarme o quitarme lo puesto, no entendí tanta molestia por un pelagatos de tres al cuarto como yo. Denostaban poca inteligencia o quizás un sadismo desmedido hacia mi persona que no lograba entender.

El joven pecoso estaba lo bastante cerca para que pudiera apreciar una cara sin expresividad. Parecía mentira que con esa edad se tuviera tanto dominio de uno mismo. Simpaticé con él por la envidia que me daba, ser tan joven y tener tanto dominio de sí mismo. Detrás de mi cogote pude sentir los resoplidos que con dificultad exhalaba el grandullón. Estaba más que claro, mi fin se acercaba y no sabía el porqué de dicho desenlace. El Frankenstein me agarró del cuello con una fuerza que pronto empezó la vista a jugarme una mala pasada, viendo lucecitas de colores para colmo de males. El muchacho, a su vez, que no tenía ninguna necesidad de ayudar al de las botas, ya que me tenía tan cogido que estaba más cerca que nunca de rendir cuentas con mi Creador, pero no contento con la ventaja que tenían sobre mí se abalanzó sobre nosotros. En el forcejeo parecíamos un trío de alguna película barata de porno coreano. En un momento dado, vi brillar el reflejo del acero de una navaja. Pensé que no era necesario, que con mi cuello a punto de partirse era suficiente, ¿para qué la navaja? La vi claramente cómo subía y cómo bajaba con certeza y maestría. Oí como un bufido semejante a un saco cuando lo pinchan y sale poco a poco el contenido, pero qué raro. No sentía dolor alguno, aparte de lo asfixiado que estaba.

¿Estaría ya muerto? Al contrario, noté como el mastodonte aflojaba en su ímpetu por estrangularme. Me palpé en un claro signo de tocarme la supuesta herida y al ver la sangre por poco me da tal mareo que ni adrede sería capaz de representar tal impresión.

¿Cuántas veces para no hacer las tareas del hogar fingí una enfermedad? No consiguiendo engañar a mi esposa y ahora lo estaba bordando a la perfección. Nada ocurre cuando uno quiere, esa era mi conclusión. Pensando que estaba mortalmente herido, me vino a estimular un claro y acabado jadeo por

parte del mastodonte. El joven estaba sacando la navaja y en un acto que hubiera sido muy habitual para él, pero para mí era novedoso, limpió la hoja en la manga de su cazadora. Estaba horrorizado. El joven, con esa frialdad que caracterizaba a un sádico asesino, avanzó hacia mí. Mi final estaba cerca, cerré los ojos en espera de lo peor.

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Por qué no me has ayudado? —me miró muy extrañado, como si no diera crédito a sus ojos de lo anteriormente acaecido. No entendí nada de nada. Estaba vivo, pero estaba manchado de sangre y al ver al mastodonte encorvado y más tieso que un bacalao deduje que había sobrevivido al ataque, entonces me entró la vena cómica de mi desdichada vida. Parecía mentira, pero hay ocasiones en que la mezcla de los nervios y adrenalina le dan a uno por hacerse el gracioso y esta era una de ellas.

—¿Ayudarte? ¡Con lo joven y fuerte que eres! ¿De qué hubiera servido?

CAPÍTULO II (CONOCIENDO AL NENE)

La verdad es que a mí me sonó un tanto pueril, pero qué queréis, el pánico suele hacer y decir tonterías. Pensé en mis familiares y amigos, que de estar aquí se hubieran quedado con la boca abierta, y mi mujer la que más. Siempre me dijo que nunca llegaría a asombrarle, salvo que ella quisiera ser sorprendida.

El joven me miró muy extrañado, no sabía el modo de digerir mis palabras. Se le veía cómo en su mente analizaba las mismas en busca de alguna explicación que pudiera encajar en su mundo. Sin embargo, entre el miedo y el aturdimiento sí que pude discernir que estaba luchando en su interior por culpa de mi increíble comportamiento. Después de unos inquietantes segundos, quise entender que dedujo que yo era así, por lo que sin duda fue una sentencia favorable hacia mi persona. Aflojó su mirada de hiena despiadada y me dijo omitiendo mi anterior conducta:

—Tiburón, lo has visto, ¿verdad? Cómo se lo he clavado hasta la empuñadura. Al muy cerdo no le he dado cuartel.

El caso es que miré alrededor mío en busca del dichoso Tiburón. Se hizo un silencio embarazoso, el joven me miró como si quisiera traspasarme con rayos X. Mi instinto de supervivencia pudo más que mi cobardía o, mejor dicho, el miedo me hicieron reaccionar como gato panza arriba y eché mano del fondo de supervivencia que todos tenemos, pero no sabemos que está allí esperando una oportunidad. A la velocidad del pensamiento me puse en el papel del llamado Tiburón y contesté muy frío y seguro de mí mismo:

—¿Y qué, colega? Tampoco es para tirar cohetes, como este me he cargado yo unos cuantos y no voy por allí vacilando —para rubricar mi machada, escupí al suelo.

¡No se lo van a creer! Pero el mozalbete, antes desconfiado, mostraba en su cara un gesto de admiración hacia mi persona, que intentaba dominar los temblores y sudores de la muerte. Definitivamente, intuí que después de aquello no era tan idiota e inocente como muchos decían. ¿O me tenían pura envidia?

No me dio tiempo a nada más, de repente al joven le entraron las prisas diciendo:

—Tiburón, más vale que desaparezcamos —mientras me dijo aquello incluso me ayudó a levantarme y me sacudió el polvo en un acto de sumisión por su parte, lo mismo que si buscara mi perdón por su falta de confianza.

Estaba claro que el tal Tiburón debía de ser un angelito de mucho cuidado. En ese preciso instante, y a la vista de las circunstancias y viendo que no había nadie más y por supuesto me salvó la vida, así que decididamente el chaval era mi amigo o por decirlo de alguna forma mi pequeño saltamontes, ya que me tomaba (de momento) por su admirado maestro.

No sé por qué, pero me preocupé del cadáver. Sentí una irrefrenable curiosidad por saber quién era el que momentos antes intentó matarme. El “cara de niño” me miró sin comprender. Yo en contestación le sostuve la mirada: glacial, ceñuda e intensa, como había visto en infinidad de películas. Con un movimiento de ojos le hice saber que mi curiosidad era de lo más normal en un matón, no siendo un capricho momentáneo.

En estas delicadas circunstancias, corríamos el peligro de que nos descubrieran. A los pocos segundos, dedujo que era importante que yo supiera quién estaba fiambre, así que me contestó:

—Es un madero que te andaba buscando.

—¿Quieres decir que es un poli? —me arrepentí enseguida. Mi tono era más que simplón para un matón.

—No te hagas el listillo —mirando a derecha e izquierda siguió diciendo—. Tenemos que largarnos de aquí ya mismo, Tiburón —resoplando con dificultad debido a lo urgente del momento tiraba de mí lo mismo que un niño que no quería ir a la escuela—. ¡¡Vamos, Tiburón, no me seas plasta, que te esperan!!

—¿Cómo que me aguardan? —otro fallo, mi voz sonó a la de un paleta que no se enteraba de nada.

Se paró en seco, acercó su cara casi tocando la mía. Su aliento olía a tabaco y alcohol barato. Con sus ojos fijos en mí, me escaneó en busca de algo que le dijera que se había equivocado de tipo. Instintivamente, su mano se dirigió hacia su bolsillo, pude oír el muelle de la navaja al abrirse. Me encontraba en una encrucijada: el joven era un criminal peligroso, yo un idiota con muy mala suerte y el poli fiambre, reclamando la circunstancia de que aquello acabaría muy mal. Si no actuaba de prisa, de seguro que acompañaría al cadáver. Si seguía con el malentendido, puede que con algo de suerte pudiera ser que me librara, pero cómo actuar para salir bien parado de esta situación. Estaba claro, tendría que hacer la representación convincente de un matón, no me quedaba otra.

Puse cara de malnacido, la que sin duda ponía cada vez que cobraba mi exigua nómina y mi mujer me sacaba de mis casillas. Lo miré directamente a esos ojos de víbora y saliéndome del fondo de mis entrañas le espeté encima uno de esos dichos muy recurrentes:

—¡Piensa el ladrón que todos son de su condición! —en su mente pareció hervir ese condimento servido para su olla mental. Oí de nuevo el chasquido de la navaja al cerrarse, su faz adoptó un tono más relajado y en un movimiento de camaradería de toda la vida me palmoteó el hombro.

Mi cabeza era un torbellino de pros y contras, pero la prudencia era una opción que no podía desdeñar y así estuve un buen rato cavilando la forma de no sobreactuar.

¿No podría ser qué por una vez en mi vida estuviera contento de lo que soy y no de lo que los demás quieren por cuatro perras gordas?

Estaba eufórico y nadie ni nada me lo iba a estropear, así que le di otra vuelta de tuerca a mi representación:

—Dime, pimpollo —le pregunté con familiaridad, con descaro y directamente a su línea de pensamiento—. ¿Es este tu primer poli?

El chaval contestó algo avergonzado, incluso con timidez. Parecía mentira que minutos atrás pareciera un despiadado asesino.

—Bueno, Tiburón... Es verdad, es mi primer polilla, pero no creas que es mi primer fiambre...

La verdad es que sentí algo de lástima por este niño jugando a ser un despiadado criminal. Pudiera ser que lo odiara a su vez, pero en estos momentos tenía la necesidad de salvar mi pellejo y, aunque tuve ganas de salir corriendo, opté por hacerme el hermano mayor:

—Tranquilo, nene, todos hemos tenido una primera vez. Nadie ha nacido sabiendo, te lo puedo asegurar.

Mis palabras hicieron su efecto y el niño estaba en mi bolsillo. Me miró con admiración paternal y como un buen chico que quiere saber de las andanzas de su padre me preguntó:

—¿Y tú, Tiburón, a cuántos polillas te has cargado?

Contesté a su pregunta mirándole lo mismo que un condescendiente padre miraría a su inocente niño:

—Unos cuantos, muchacho. Como comprenderás, no llevo la cuenta de lo que para mí es *peccata minuta*.

El nene se quedó muy asombrado, aunque el dichoso Tiburón fuera otro despiadado asesino como él. No impedía que una naciente admiración estuviera germinando dentro de esta cabeza de mozalbete psicópata...

Miró su reloj de pulsera y muy nervioso me espetó:

—¡¡Ya es hora de que vayamos a ver al jefe!! Tiburón, ten por seguro que estará furioso por nuestro retraso.

Quise, aun a riesgo de pasarme de rosca, poner una nota de tranquilidad a todo esto diciendo:

—No te preocupes por el jefe, te puedo asegurar que cuando se entere del porqué de nuestra tardanza, solo felicitaciones recibiremos de él.

Estaba vivo y todo gracias a mis recursos *in extremis* de cobarde compulsivo. No tuve más remedio que recurrir a mi lado cómico y sarcástico de tantos años de casado para salir de este fango en el que la divina providencia me metió hasta el cuello.

¿Quién dijo que el matrimonio perjudicaba la salud? En mi caso, de momento, me salvaba de la situación.

Quería en mi mente pensar que todo era una broma del destino y que el muchacho era mi jodido sobrino impuesto, como ejemplo por mi esposa, para que envidiara su carrera universitaria; la sangre era de cerdo; el poli muerto, un perro más atropellado y en un momento dado sonaría el despertador, sacándome de esta pesadilla que sin duda tenía la culpa una indigestión de huevos fritos con chorizo.

Pero no: la oscuridad del lugar, el polvo que levantamos los dos, el jadeo del mozalbete, la sangre que todavía pegajosa estaba en mi costado, el maullido de los gatos en celo y el dolor de la sacudida que me dio el desgraciado del policía me devolvieron a la dura realidad del momento que estaba viviendo, nunca mejor dicho, que esperaba seguir viviendo por mucho tiempo.

Había un auto aparcado. Era grande, de ese tipo de berlina con ancho maletero, ideal para llevar un cadáver. Me paré, lo observé con incredulidad, me imaginé dentro oliendo a aceites, herramientas y, lo peor y más agobiante, el calor sofocante que correspondería hacer en su interior, junto con los trapos sucios y el polvo acumulado por los años de uso. No se imaginan ustedes la cantidad de cachivaches que debían de tener esos maleteros. Me estaba mareando de tanto pensar que bien este loco pudiera meterme dentro. Las preguntas se agolpaban, era un pánico al que me costaba atenuar, pero que irremediabilmente salían a borbotones con los latidos acelerados de mi corazón.

¿Cuánto me quedaría de vida? ¿Dónde estaba ese supuesto jefe?

Al verme algo remolón y debido a la confianza y amistad que había entre los dos (más de él que mía), me tomó del brazo y como si lo hubiera hecho mil veces, casi me metió de un empujón dentro del auto.

—¿Queda mucho para el Jefe? —le pregunté como quien no quiere la cosa.

—¡Joder! Tiburón, haces cada pregunta. ¿Tienes ganas de bromas o qué?

Puse la cara de hijo puta y le miré diciendo:

—¡¡Qué pasa, es que me están entrando ganas de giñar, todo te lo tengo que decir, coño!!

Al Nene aquello le cayó en gracia. Riéndose a gusto me contestó:

—Vale, Tiburón, queda como una hora, pero si quieres, voy a toda pastilla.

La verdad no es que me estaba cagando, que era lo de menos, solo quería saber lo que me quedaba de vida. Uno que es curioso, no más... Le respondí con mucho aplomo:

—No hace falta, muchacho, a ver si va a ser peor el remedio que la enfermedad. Conduce normal, no sea que alertemos a la bofia...

—Tienes razón, Tiburón —me contestó el pimpollo, agradecido por mi sabia ocurrencia.

CAPÍTULO III (EL VIAJE)

El auto huía dejando atrás los edificios de hormigón. Tomamos una salida de la circunvalación, dando paso a una carretera comarcal, bordeadas de árboles frondosos que no dejaban pasar la luz de la luna, que, henchida, brillaba majestuosa en medio del firmamento.

Estaba yo cavilando la forma de salir de este embrollo y sospesando si tirarme en marcha, agarrarme al volante para hacerle perder el control o simplemente ponerme a gritar suplicando clemencia. Ninguna de las opciones me supo mejor que si fuese un intento de suicidio, que era a lo que sin remedio me llevarían esas descabelladas ideas.

El ronroneo del motor estaba empezando a sonarme lo mismo que una canción de cuna. Entre que ese día madrugué bastante y junto a los acontecimientos de la jornada, un sopor me estaba amenazando con dejarme envolver por los brazos de Morfeo. Estaba dando cabezazos cuando el joven psicópata se dio cuenta.

—¿Qué pasa, Tiburón, nos estamos haciendo mayor? —su tono era más bien burlón, con un toque de venganza o resquemor por su parte. Hubiera jurado que en el fondo envidiaba la vida y fama del dichoso Tiburón, no soportando una debilidad por su parte. Yo esperaba estar a la altura de sus expectativas por la cuenta que me traía, desde luego, pero una cosa es pensarlo y otra muy distinta era hacerlo. No me dio tiempo a nada más, diciéndome—. Nada, hombre, tengo algo que te espabilará, no lo dudes —¿alcohol, drogas? Lo tenía claro, no bebía, no me drogaba y encima estaba empezando a intentar dejar de fumar. Mal momento para empezar a probar, pero claro, tenía que seguir con el papel, pero me dejó peor—. Ahora verás lo que es bueno, la música amansa a las fieras, ¿verdad, Tiburón? —hizo mucho énfasis en la última palabra, dándome un cariñoso codazo a modo de complicidad...

No se lo van a creer, pero este mozalbete asesino y desde luego que tenía tintes psicópatas, sacó de la guantera unos cuantos CD de música clásica. He dicho bien: nada de Heavy Metal, de Punk, de Hard Rock, de jazz o blues ni nada parecido, de lo que supuestamente podría oír un matón mafioso. Por unos altavoces estratégicamente distribuidos por el auto y a un gran volumen, el habitáculo se llenó de la música de los grandes maestros. Para más inri incluso se sabía la vida de todos los compositores. Alardeaba de conocer incluso los diversos movimientos en que se componían las sinfonías. Moviendo las manos, con el peligro que eso conllevaba, hacía como si él mismo estuviera dirigiendo una imaginaria orquesta.

Pronto un terrible dolor de cabeza se apoderó de mi maltratada persona, que solo pensaba en los minutos que me quedaban de vida. Encima, no sé si a sabiendas, también me puso el *Réquiem* de Mozart, mirándome de reojo para espiar mis movimientos. Yo en particular no es que me molestase la música clásica, pero a toda pastilla y encima tu futuro verdugo te está machacando con una verborrea digna de un profesor plasta al que estás deseando que llegue la hora del recreo. Por supuesto, tuve que asentir a todo lo que el mozalbete decía, sin importarle si me gustaba o no y claro, evidentemente encima veía que asentía lo mismo que un mono de feria. Parecía que se envalentonaba al sentirse orgulloso de su digamos refinada cultura musical. Estaba en un tris de volverme loco, abrir la puerta y tirarme y que fuese lo que Dios quisiese... Pero tomé la opción de seguir siendo un cobarde vivo, así que miré de qué manera las manecillas del reloj avanzaban igual que el auto devoraba los kilómetros...

Llegamos a una gran finca residencial, bordeada por inmensos cipreses que resguardaban una tapia de aproximadamente un par de metros de altura, coronada por alambres de púas. Aquí y allá varios carteles anunciaban el peligro de acercarse a la alambrada so pena de quedarse electrocutado. A diferentes

distancias encima del muro había unos reflectores alumbrando continuamente las afueras de la finca. Un par de farolas a modo de centinelas estaban flanqueando la entrada junto con una gran verja de hierro forjado, imitando a la portezuela de un cementerio. Entre los barrotes de la verja, al fondo, se divisaba una gran casona de estilo neoclásica, que sin duda algún millonario en su tiempo, trasladó de la vieja Europa piedra por piedra. La mansión constaba de un par de alturas, coronada por un tejado de pizarra. Las chimeneas asomaban por encima del tejado en un afán de alcanzar el cielo nocturno. Los muros acababan rematados por torretas y almenas, dándole el aspecto de una casa rural de algún lugar de la lejana Escocia. Juraría que incluso tendría su fantasma particular. La luna en todo su esplendor reflejaba su luz en los cristales de los ventanales, dándole un misterioso aspecto a lo que sin duda me pareció la morada de un vampiro.

No había nadie guardando la entrada, no me extrañó en absoluto: con semejante tapia, con su correspondiente alambrada electrificada y los reflectores alumbrando, más que si fuera de día y por seguro que habría alguna cámara filmando continuamente, que no pude distinguir. Con semejante seguridad, para qué querían a nadie pasando frío...

En esos pensamientos andaba cuando el mozalbete tocó varias veces el claxon, lo mismo que si fuéramos los repartidores de gas butano o los jodidos distribuidores de publicidad...

Al cabo de algunos segundos, aparecieron dos tipos, mejor dicho dos armarios con fusiles automáticos, de esos que si te dan de lleno te sacan las tripas.

Nos miraron, más bien nos escanearon. Adecué una ensayada mueca en mi rostro, que avisaba en letras grandes: cuidado que muerdo.

A dúo sonrieron, abrieron la verja y con un gesto nos hicieron entender que franqueáramos la entrada. Fuimos discurriendo por una alameda de altos cipreses que acababa en una rotonda. En el centro de la misma había una fuente que representaba a dos ninfas desnudas, que con sendas ánforas arrojaban continuamente agua en la gran taza de mármol blanco. No había farolas que alumbraran, la claridad de la luna jugaba con las sombras de los cipreses y las estatuas que aquí y allá formaban un ejército de fantasmas de piedra. Mi imaginación trabajaba a destajo, haciéndome ver lo que sin duda solo existía en mi mente.

Conforme el coche se deslizaba por el paseo, el ruido de los neumáticos rodando sobre la gravilla hacía un ruido tal que espantaba a las aves nocturnas que sin duda se vieron molestadas en su cacareo nocturno por esa máquina que olía a carne muerta y echaba humo por el culo.

El “cara de niño” paró enfrente de una gran escalinata que llevaba a una gran puerta con grandes vidrieras de colores. En el lugar reinaba un silencio solo interrumpido por el ruido de los incestos del campo y una leve música que debía de escaparse por una ventana entreabierta del primer piso. Qué queréis que os diga, estaba cagado de miedo, pero, amigos, la necesidad apremia y de momento os puedo decir que si una situación te pone en un estado límite, puede que te sorprendas de tu misma reacción.

CAPÍTULO IV (LA GUARIDA DEL JEFE)

Tengo que confesar que esperaba algún personaje de esos estirados vestido de negro y con aspecto siniestro que muy educadamente nos diera la bienvenida e intentara quitarnos los abrigos y los sombreros. Desde luego, la casa daba para esas peliculeras elucubraciones mías. No hay lugar en esta vida para fantasías que te puedan satisfacer y menos en unos momentos como estos en los que la realidad supera a la ficción. Así que nada de siniestro personaje, sí un tipo estrafalario fue el que nos recibió. Parecía un bufón: era pequeño de estatura, la ropa le venía grande y sus zapatos enormes sobresalían tanto que iban por delante de él. La cara pintada, el pelo de colores y tenía una bocina que tocaba con febril resolución. Me quedé estupefacto, por un momento perdí la compostura y encima al Nene pareció que aquello le divertía. El Bufón daba vueltas alrededor nuestro tocando la bocina, en un momento dado se paró franqueándonos el paso, muy solemne sacó un rollo de papel a modo de pergamino, dio varios toques de bocina y acto seguido empezó a vocear:

—¡¡Por orden del más magnánimo de todos, el omnipotente señor de todo y amado jefe, dicta que los susodichos, a la mayor brevedad posible, acudan a la biblioteca so pena de pagarlo con sus vidas!!

Para proporcionarle un aire más rimbombante al mandato, empezó a darle un aire marcial a todos sus movimientos. El Nene, que estaba muy nervioso debido a todo el trajín para poder llevarme hasta su jefe, y viendo lo pesado y poca gracia del bufón, arremetió contra él. Lo tomó por el cuello, lo levantó del suelo y lo colgó en el perchero por el cuello del ridículo frac. Aquel no paraba de bramar y mover sus patitas en un vano intento por librarse. Después de echar pestes por la boca, el enano, muy disgustado y herido en su orgullo, juró que se lo diría a su jefe.

Al Nene aquello le compensó y mirándome con aire de complicidad esperó mi aprobación a su actitud.

—Bien hecho, pimpollo. Así me gusta, que te respeten —unas cuantas palmadas en el hombro sellaron mis palabras de maestro a aprendiz.

—Gracias, Tiburón, este es un pelma que le hace gracia al jefe, pero a mí me saca de quicio.

—Pues, amigo, se ha ido jurando...

—Descuida, Tiburón, es como un perrito faldero, nada más —de todas maneras observé que tenía prisa por llevarle el "paquete" a su jefe, y no era otro que yo—. Vamos, Tiburón, no abusemos de nuestra suerte.

Seguí al Nene a través de un inmenso vestíbulo decorado por su excéntrico y caprichoso dueño, de los mal llamados "nuevos ricos" con un pésimo gusto por la decoración. Sospecho que no sería otro que el mafioso al que estaba a punto de conocer. El pasillo tenía forma alargada, parecía el de un tren. Había muchas puertas a ambos lados, a lo que mi curiosidad le hubiera gustado abrir alguna de ellas, pero refrené ese impulso infantil. ¡Qué demonios, estaba a punto de comprobar si moriría esta misma noche o me darían un Oscar por mi interpretación!

Las paredes estaban recubiertas de lujosos tapices y pinturas. A intervalos regulares y salvando las puertas, había varias armaduras de metal, incómodas sillas de maderas y armarios macizos de un color caoba.

En esas estaba cuando el Nene me sorprendió de nuevo, empezó a citarme el nombre de los artistas y la época de sus creaciones.

De nuevo tuve que asentir sin entender nada, a lo que a mí, si digo la verdad, me parecieron todos iguales, destacando para mí solamente las que representaban la anatomía femenina.

¿Para este psicópata un asesino tiene que entender de arte? Por lo visto, así era. Por consiguiente, también yo debería por lo menos apreciar sus conocimientos.

Al final del pasillo, el Nene se detuvo en una especie de sala de estar, que debería de ser la antesala a la biblioteca, en donde me esperaban. Por el rabillo del ojo pude observar algunas personas que deberían de ser de la seguridad del Jefe. Una mesa redonda que servía para jugar a las cartas estaba en el centro de la instancia. Alrededor de la misma, unos cuantos hombres vestidos a la moda: ropa cara y bien planchada. No como la mía, que todavía llevaba las mismas arrugas, manchada de sangre y no digamos de mi pelo, alborotado que hacía un raro contraste con el peinado pulcro y bien aceitado de aquellos. Había unas cuantas chicas, digamos de la profesión más vieja del mundo, para ser suaves y respetuosos. Una en particular me llamó mucho la atención. Su vestido rojo ceñido realzaba su figura destacando entre las demás, que a su lado palidecían como estrellas agonizantes. Pero qué le vamos a hacer, estaba tomada, casi apresada en las garras de un Adonis que le estaba comiendo la oreja.

Sudaba, mis sobacos me alertaron del ambiente sofocante, provocado por el humo de los cigarrillos y la concentración de tanta gente, que estaban en un auténtico éxtasis oyendo los resultados de apuestas deportivas, mezclándose con las conversaciones subidas de tono de los jugadores de cartas. Todo se asemejaba al auténtico caos de una estación de metro en hora punta.

De repente, sin venir a cuento, una voz que sonó a mis espaldas nos hizo girar:

—¡Eh, tú, mozalbete, no vayas tan rápido!! —el joven frenó en seco y como disgustado atendió a la lapa, que se despegó de diosa.

—¿Qué pasa, Linterna, que tengo prisa? No jodas con tus tonterías.

—Vamos, Nene, preséntame a este musculoso hampón... —¿musculoso? Estaba anonadado por semejante piropo, estaba claro que este perdía aceite y en el fondo me alegraba. Eso quería decir que la hermosa no corría peligro con él. De mala gana me presentó:

—Aquí el Tiburón. Este es el Linternas.

De cerca no me pareció tan varonil y después de su grito, más bien un chillido, estaba más que convencido de su tendencia sexual.

¡¡No tenía bastante con estar al borde de la muerte, que encima un homosexual me estaba tirando los tejos!! ¿Dónde estaban esos matones del hampa tan rudos y tan hombretones que solo con la mirada te derriten de pavor? Por lo visto, este se salía de la estadística. Se acercó moviendo el plumero, me miró de arriba abajo, se tocó la barbilla para darse un falso aire a artista que estaba viendo una obra de arte. Al final dijo:

—¿Este es el matarife que ha encargado el Jefe? —sus palabras fueron dichas con desdén y sarcasmo, a la vez que quiso impregnarlas de un deje de vanidad.

Por supuesto que me supo muy mal, el susodicho Tiburón estaría ahora mismo (en donde estuviere) pataleando de rabia al escuchar semejante insulto a su hombría. Adopté el papel de su fiel abogado y me tiré a defender su fama y orgullo.

Me adelanté tomando al afeminado por el cuello, a su vez me acerqué casi pegado a su rostro diciéndole:

—¡¡Pedeles como tú los tomo para desayunar!!

El Nene, viendo el percal, optó por tranquilizarme y apelando a mi vanidad me sugirió que lo dejara para más tarde, ya que el Linternas era incómodo, pero inofensivo.

En un alarde de generosidad, que dejé bien claro a todos los presentes, que un despiadado asesino también tiene la protestad de perdonavidas cuando lo considera oportuno y claro. No era cuestión de mancharse las manos por tan insignificante pieza.

El afeminado acabó en el suelo morado y tosiendo. Una mancha de humedad le apareció en la entrepierna anunciando que había roto aguas y no es que estuviera embarazado precisamente.

La diosa, que estaba en un segundo plano, me miró reprochándome mi actuación de macho dominante, por lo cual deduje que puede que salvaguardara el honor del Tiburón, pero ante mis deseos de conquista había perdido una valiosa puntuación...

Llegamos a una puerta de doble hoja, maciza y bellamente talada que llegaba hasta el techo. El Nene tocó con los nudillos, con suavidad, como si no quisiera molestar nada más que lo justo.

—¿Quién coño es? —la voz sonaba imperiosa de una persona acostumbrada a que no le llevaran la contraria.

—Jefe, soy el Nene, le traigo al Tiburón... —parece mentira que unas pocas palabras de su jefe le hicieran perder la serenidad a este chico, que me demostró durante toda nuestra digamos aventura. Ahora estaba más nervioso que un flan, se comía las uñas y me miraba de reojo, lo mismo que si me estuviera pidiendo mi apoyo a la tardanza de la espera. Yo, aunque procuraba no demostrarlo, estaba cagado de miedo. Si el Jefe sabía quién era en realidad estaba fiambre, sería esta la última vez que cruzara una puerta, eso de seguro que sería así. Recé todo lo que en mi infancia me enseñaron para que el mafioso no conociera al verdadero asesino a sueldo.

El chaval se adelantó a mí, aproveché esos segundos de ventaja para adquirir un aire de perdonavidas a la vez que un rictus muy ensayado asomaba a mi rostro.

Entramos en una gran sala, todas las paredes estaban llenas de libros que de seguro su dueño no leyó ninguno. El mafioso, lo mismo que un patriarca, estaba sentado tras una gran mesa en una butaca de repujado cuero. La noble y cara madera de caoba de tono oscuro le daba un aspecto más sombrío a toda la estancia. Sobre la mesa, varios jarrones de arcilla inacabados estaban aquí y allá, ocupando buena parte de la misma. Pude observar sus manos regordetas llenas de anillos de oro, mojadas y manchadas de barro, que se dedicaban a moldear las dudosas curvas de los jarrones. El contraste era devastador: la recargada decoración junto al mafioso intentando ser un artista con esa mesa de una noble y cara madera llena de cachivaches serían un escándalo para cualquier mente de un afamado y caro decorador. En contrapunto, algo de envidia asomó a mi asustada mente: a ambos lados del mismo, dos chicas estupendas le estaban acariciando, dándole todos los caprichos a su alcance.

Cuando advirtió nuestra presencia, lo mismo que si espantara unas moscas, despachó a las bellezas diciendo:

—¡¡Nene, llegas tarde!!

De momento no me miró directamente, tenía unos segundos más de vida. A continuación, el susodicho le contestó:

—Hemos tenido problemas, Jefe. El Tiburón se lo explicará mejor que yo... —será canalla y cobarde, este chico me estaba pasando el marrón. Me compuse, adquirí mi mejor cara de asesino y contesté con toda la frialdad posible. El miedo con una mezcla de supervivencia hablaba por mí:

—Jefe, tiene usted a un buen equipo. Este chaval me salvó la vida, mató a un “polilla” por mí —miré al mozalbete y este, a su vez, me devolvió una mirada de admiración y agradecimiento. Entonces, fue cuando el Jefe, algo extrañado, se dignó a mirarme de frente y preguntó:

—¿Cómo fue eso, Tiburón? —su tono era desconfiado e impasible. De momento estaba vivo, era un buen principio, pero por lo visto, si el jefe había contratado los servicios de un reputado asesino, ¿cómo era posible que a la primera de cambio tuviera esas dificultades? Había que contestar y rápido y, desde luego, tenía que ser más convincente.

—Nada, Jefe, tomé unas copas de más y ese poli se escondió bien en la oscuridad, pillándome desprevenido. Seguro que fue un soplo —lo miré directamente a los ojos, para aseverar mis palabras, se notaba que no estaba acostumbrado a que le miraran de esa manera y rematando la faena, finalicé—. Puede que tenga algún enemigo dentro o que no unte adecuadamente a la bofia.

En un primer momento me sostuvo la mirada, pero como lo que le dije a ver si había suerte, empezó a germinar dentro de su mente y puesto que todos los dictadores tienen a sus traidores este no iba a ser menos, así que dedujo que bien podría ser cierto.

De momento aumentó su confianza hacia mi persona. El Nene se quedó atónito, nunca nadie que le

llevara la contraria a su jefe estaba vivo para contarle. De esa manera acrecentó su admiración. Todo marchaba bien y seguía vivo, que era lo más importante para mí.

Se acercó tendiéndome la mano, pero no contento con ello me dio un abrazo, sellando cualquier resquemor o desconfianza.

Era un hombre: obeso, algo más bajo que yo, calvo, con la nariz puntiaguda, grandes y pobladas cejas que compensaban su calvicie. En su cara destacaban unos labios carnosos dignos de los morretes de un mofletudo glotón. Vestía a la moda, pero al ser tan ancho, todo le quedaba algo estrecho. De seguro que así pensaba que estaba más delgado.

—Ha llegado a mis oídos que has tenido problemas con mi bufón y también con el afeminado del Linternas. ¿Haciendo amigos, no? —estaba claro que su tono no era de reproche, ahora éramos colegas y, como tal, era confianza, nada más.

El Nene consideró que necesitaba ayuda, pero antes de que abriera la boca su Jefe le hizo un signo como diciendo que no me hacía falta ningún abogado. Estaba tranquilo, seguro de mí mismo, por eso no le contesté, limitándome a sonreírle por toda respuesta. Aquello le bastó.

Sin avisar ni presentarse, apareció la belleza que anteriormente estuvo con el Linternas. Se acercó a mí hasta que su rostro se halló tan cerca que sus efluvios de hembra me embriagaron de tal manera que estuve a punto de perder los estribos. Su cercanía me sirvió para darme cuenta de lo arrebatadora que estaba: un suave cutis sin arrugas, sedoso ligeramente lozano, el justo maquillaje de una persona que sabe que no lo necesita, un rostro agraciado, unos labios turgentes, una boca pequeña, que al hablar descubre una perfecta hilera de dientes menudos de tono blanco marfil, los ojos, del color del cielo y unas pestañas largas y seductoras. De pronto, me espetó:

—Yo te he visto antes, tu cara me suena.

—¿No será de la peluquería? —le contesté con tono petulante—. Igual coincidimos en hacernos unas mechas o algún cardado —tanto al Nene como su Jefe la ocurrencia pareció divertirles. Estaba pletórico y no quise desaprovechar la oportunidad de resarcirme de su anterior reproche.

—No te hagas el gracioso —replicó en tono amenazante. Ladeó su cabecita, sacó su sonrosada lengua y se mojó el labio superior haciendo un mohín de niña caprichosa. Siguiendo con sus pesquisas, continuó diciendo—. En algún sitio, pero ¿dónde te he visto antes?

—De seguro que sería en la corsetería de la pechugona Lola... —estaba sembrado, mi ironía iba en aumento.

—Tranquilo, ya me vendrá a la memoria, no te preocupes. En cuanto menos lo esperes, lo recordaré.

Se acercó al Jefe, parecía una gatita ronroneado a su amo. Se puso a su derecha, este no dijo nada ni intentó espantarla, ella le dio un beso en la mejilla diciendo.

—¿Cómo vas, papá, muy atareado?

El Jefe le contestó afirmativamente y acto seguido me la presentó:

—Veo que haces buenas migas con mi hija, Nicole.

Por toda respuesta movió sus grandes pestañas, yo le dediqué una forzada reverencia a modo de hacerle ver que también tenía sentido del humor, pero no me dejaba pisar por muy buena que estuviera...

—Una chiquilla con mucha clase, Tiburón, y con muy mala leche como habrás podido comprobar.

—Las rosas tienen sus espinas. Je, je —le contesté muy galante. A Nicole aquello le agradó y volvió a dedicarme un movimiento de pestañas, lenguaje secreto de las diosas.

—Tiburón —la voz de su padre me sacó de mi ensimismamiento.

—Usted dirá, Jefe —me sentía como uno más de su plantilla, ya seguro de que sobreviviría, por lo menos de momento, actuaba con mucha templanza y familiaridad. Aquello aumentó el valor de mis acciones, esperemos que no ocurra una bancarrota...

—De momento te acomodará en mi casa —dirigió su mirada al jovenzuelo, que estaba en un segundo plano a la espera de un mandato de su dueño—. ¡Nene! Toma la maleta del Tiburón y la llevas al cuarto

de invitados.

El chaval quedó algo indeciso, alzó las manos en un claro signo de que no había maleta. Se creó un embarazoso silencio. El jefe y su hija me miraron con recelo. Lo más normal y se supone que viniendo de tan lejos (a saber de dónde) lo corriente es traer algo de equipaje. Mi mente empezó a trabajar a destajo. Una excusa y pronto, es lo que me urgía.

—Cuando me atacó el poli, debí de perder la maleta —contesté muy condescendiente. Sabía que pudiera parecer ridículo y, por supuesto, no era digno de un asesino.

Primero: que te pille un poli.

Segundo: que pierdas la maleta en la supuesta agresión. El Jefe me volvió a mirar, más fijamente a mí y al joven, a ver cuál de los dos le aclaraba tan singular historia. Cuando parecía que el chaval negaba con la cabeza, haciendo alusión a la supuesta maleta inexistente, yo raudo seguí hablando.

—El polilla me cogió por sorpresa, ya sabes: sitio extraño, algo de alcohol y las prisas. De repente, aparece el chaval, al que no conozco, le pega cuatro navajazos al poli, me mete prisas y claro con todo el ajetreo me la dejé.

Al jefe esta sarta de excusas le perecieron bastantes lógicas. El chaval era tozudo y no dio su brazo a torcer, insistió en que no vio ninguna maleta y encima, o para corroborar su versión, empezó a quejarse de lo raro de mi comportamiento al no colaborar con él en un primer momento. Al Jefe las quejas de su matón le sonaron a algo de envidia, debido a la fama del frío y sanguinario asesino a sueldo.

¿A quién tenía que creer a un imberbe muchacho o a un afamado y caro asesino a sueldo? Estaba bien claro. Le llamó la atención y le exigió que no siguiera con sus quejas de niño malcriado. Aproveché para ponerlo en su sitio diciendo:

—Buen chaval el muchacho, pero se puso nervioso enseñándome su navaja. Tuve que ponerlo en su sitio gastándole una broma. Usé un farol haciéndole ver que tenía un arma dentro de mi bolsillo. El muy inocente picó de lleno y se achantó.

El mozalbete, algo mosqueado, exclamó:

—¡¡Que no llevas armas, Tiburón!!

Luego de reírse con sonoras carcajadas, el Jefe salió en mi defensa. No es que me apreciara, pero sí que defendía su inversión. No era plan que su caro asesino fuera perdiendo la maleta. Miró de forma fulminante a un empequeñecido Nene diciéndole, más bien reprochándole:

—¡¡Te das cuenta de que te hubiera podido liquidar en un santiamén!! El Tiburón es famoso por no necesitar armas, sus manos son suficientes para liquidarte, inútil, más que idiota.

Acto seguido, le propinó un tremendo puñetazo que le hizo tambalearse sin llegar a caerse. El mozalbete me dio lástima y en un arrebato de empatía salí en su defensa:

—Vamos, vamos, Jefe... el chico puso muy buena voluntad, le gasté una broma para que aprendiera, ¿verdad, Nene? —esperé un asentimiento por su parte. Estaba dolido en su orgullo, pero confirmó mi versión.

—Da gracias, patán, ahora desaparece de mi vista, ve a mi habitación y hazte con algo de ropa para mi invitado.

El susodicho, con el rabo entre las piernas, raudo se esfumó en pos de cumplir con las órdenes dadas.

La gatita se acercó, primero acarició a su padre, luego le susurró algo al oído, pareció disculparse, pero al llegar a mi altura, su movimiento de coquetería hizo que los pelos se me erizaran. Se acercó con descaro y me dijo en voz baja:

—Lo recordaré... te lo prometo —con un contoneo, digno de una modelo de pasarela, desapareció por la gran puerta.

El Jefe me guiñó un ojo en clara complicidad por la actuación de su hija.

—Creo que tienes porvenir con mi niña, Tiburón, y no creas que es fácil caerle bien, aunque te prevengo, puede que te quemes —se rió él solo de su ocurrencia. Para mí, únicamente era una complicación más, encima era la hija del mafioso, difícil papeleta la mía...

Esperó a que asimilara sus palabras, me observó y viendo que no me inmutaba, decidió cambiar de tema.

—La verdad, Tiburón, aprecio a este chaval. Ya sé que es algo nervioso y le falta mucho por aprender, pero qué quieres, me sale la vena paternal.

Mis pensamientos andaban entre lo ridículo y esperpéntico. ¡Un hampón sintiéndose padre a mamporros! ¡Lástima de niños si los tuviera! Aunque me moría de ganas de decirle cuatro cosas bien dichas, opté por hacerme el cobarde vivo:

—De verdad, Jefe, que vale la pena perder el tiempo con él. Es un diamante en bruto —decidme que le estaba haciendo la rosca, pensar lo que os venga en gana, pero mi vida estaba en juego y, como comprenderéis, aunque fuese el mismísimo diablo, le besaría el culo si fuera menester. Miró al techo sin fijar la vista en ningún sitio en concreto, empezó a evocar el momento en que conoció al imberbe aprendiz de asesino:

—Este chico hace un par de años se atrevió a atracarme en plena calle y no creas que voy solo. El muy loco, de repente, se me apareció al doblar una esquina. Me amenazó con una navaja exigiéndome que le diera mi cartera so pena de rajarme el gaznate. Me sorprendió lo joven que era, la ira y el odio en sus ojos azules e impasibles, mirándome como una pantera y su manejo del cuchillo, digno de los más curtidos asesinos. ¿Estaba loco o por el contrario estaba delante de una fiera por amaestrar? Me gustó y, aunque podía haber dejado que mis gorilas lo vapuleasen un rato, decidí adoptarlo, y no creas que salí perdiendo. El muchacho ha respondido a mis mejores expectativas, ahora de vez en cuando por mucho que me duela le tengo que aplicar algo de disciplina —"joder con la enseñanza, menudo puñetazo le ha arreado", pensaba para mis adentros—. Te pido disculpas, Tiburón, por su torpeza.

—Descuide, Jefe, no ha sido nada, me he divertido un rato —necesitaba hacerme el hermano mayor o algo parecido para aliarme en esa forma de educar propia de los animales.

—Me gusta tu actitud, Tiburón, un asesino tiene que tener sus reglas y saber cuándo aflojar la mano y cuándo apretar...

—Yo, por mi parte, estoy muy contento y honrado de trabajar para usted —¿demasiado meloso, verdad? Yo también pensaba que los hampones eran personas desalmadas y sin cultura, pero bueno, de momento estaba equivocado, ¿o no?

—Me alegro y me llena de satisfacción, Tiburón, ya me dijeron que eras algo especial, pero nunca imaginé tanto. A propósito, ¿cómo está el Rajao? —¿perdón?, me dije para mí mismo. Un pánico empezó a apoderarse de mis nervios, ya de por sí alterados y sujetos con un fino hilo de engañosa seguridad que se vino al traste enseguida. Tardé un par de segundos en contestar. ¿Sería una trampa, existiría el tal Rajao o de verdad me preguntaba por él? Tenía que contestar y rápido. Ese silencio, aunque fuera de un par de segundos, podría costarme la vida. Por mucho que pareciéramos ahora colegas, no dudaría en pegarme un tiro. Este hampón culturizado o en qué coño se le pueda encasillar. Decidí arriesgarme y con mucha familiaridad contesté algo que me pareció obvio entre gente de esta calaña:

—Ah, el bueno del Rajao. Sí, ya sabes, siempre quejándose de lo mismo, pero bien, la última vez que lo vi, andaba en un trabajito —le hice un gesto de complicidad, para darle más veracidad a mis palabras—. Bueno, ya sabes cómo van los negocios: unos días, mucho y otro días, menos.

—Así es, el viejo del Rajao no cambiará nunca, siempre quejándose, jamás estará contento. El caso es que siempre habla bien de ti: que si nadie te puede igualar, que siempre cumples tus tratos y que nunca te achantas ante nada. En esta vida siempre hay que hacer un promedio de todo e ir constantemente por el camino de en medio —¡joder con el hampón! Incluso me estaba cayendo bien, me salió filósofo. Estaba eufórico, mi contraataque me había salido perfecto, pero no quería cantar victoria, no fuera que me

estuviera tomando el pelo, así que seguí en guardia.

—Bueno, ya sabes siempre se tiende a exagerar y el viejo Rajao me aprecia mucho. ¡Hombre! No es que quiera echarme flores, pero cuando liquido a alguien se entera cuando está fiambre, je, je, je — ¡inaudito! Estaba riéndome de mis propias ocurrencias.

—No me seas modesto, Tiburón, confío plenamente en el viejo y te agradezco que vinieras, así sin más —el asunto se estaba poniendo al rojo vivo. El supuesto Tiburón había venido sin saber para qué. Asimismo, tenía que ser otro y no saber para qué venía. Tuve que contestar una parrafada:

—Bueno, Jefe, en cuanto me enteré de que me necesitaba lo dejé todo, y no crea que me costó, tenía varios trabajitos entre manos, pero por usted lo que haga falta.

No hay nada como apelar al ego ajeno, a lo que me contestó muy pomposo:

—No te arrepentirás, te lo prometo, es un asunto que recordarás mientras vivas —¿mientras viva? ¿Cuánto tiempo me quedaba? Mientras estaba contando los hipotéticos minutos de tiempo que pudiera ser que me quedaran, el hampón continuó hablando—. El mejor trabajo que te puedes echar a la cara, lo juro.

—Soy todo oídos, Jefe —hablaba sin creerme que era yo el idiota aspirante a marido del año, al que su mujer lo tenía por un idiota y mendigaba un poco de sexo en donde fuera, aunque tuviera que renunciar a su amor propio.

—Escucha bien, Tiburón, esto es grande, tan grande que no se parece a nada de lo que hayas podido oír en tu jodida vida.

—¿Tan importante es, Jefe?

—Y tanto, estamos hablado de un montón de pasta gansa...

CAPÍTULO V (NICOLE, LA HIJA DEL JEFE)

Sin avisar, entró de nuevo la hija del jefe. Mientras se paseaba, dejándome con la baba cayéndome de mi boca, pensé: "Ya que pudiera ser esta mi última noche vivo, por qué no intentar beneficiarme a la hembra". La rosa tenía espinas y de las que hacían pupa. Muy altanera pasó tan cerca de mí que su perfume me despistó de tal manera que no presté mucha atención a sus palabras, pero en un rebobinado posterior, vino a decirme lo siguiente:

—¡Cómo me suena tu cara! ¿Pero dónde demonios la he visto? —sus púas me rozaban, pero qué cojones, valía la pena, era un dolor incluso hasta agradable...

Me repuse y le contesté:

—Quizás en algún funeral. Cuando me cargo a alguien, me gusta asegurarme de que su viuda reciba mi pésame —hice de tripas corazón y me salió una frase muy lapidaria. Estuve a punto de gritarle: "¡¡Que no, no soy el Tiburón!! Y quiero que nos fuguemos los dos al fin del mundo en donde nadie nos encontraría jamás". ¡Ay! El amor te hace hacer cosas muy raras. De seguro que me devoraría, igual que la Mantis Religiosa lo mismo que a su macho después de la cópula, pero aún así me sacrificaría... Cordura, me dije yo mismo, mejor dicho me grité a mí mismo varias veces que casi se me escapa y lo digo en voz alta...

La voz de su padre me sacó de mi divagaciones amorosas, igual que el despertador cuando suena a las 5 de la madrugada.

—Tiburón, si te apetece, pasas la velada conmigo y mi hija. También si quieres, puedes unirme a los muchachos y apostar en los juegos. ¿Qué me dices, Tiburón?

Una fracción de segundo, os parecerá poco, pero para uno que tiene o que no tiene más remedio que pensar deprisa y también posee los sentidos embotados, puesto que piensa más con la bragueta que con la cabeza, es mucho. Ya que a la vez quisiera estar cabalgando encima de la potranca y pensaba en la manera de salir corriendo o aceptar la invitación del mafioso de salir a la antesala con los muchachos y aguantar al marica del Linternas hacerme conquistar por él y aprovechando un descuido, salir corriendo, atravesar a todo un cuerpo de gorilas y, por último, batiendo mi propio récord de salto de altura (que puedo decir que no llega a medio metro), saltar el muro y correr campo a través. Seguro que me pasaría algo mucho peor que pasar la velada con una supuesta gatita que en un momento dado pueda recordarme de algo y su padre, hampón metido a filósofo y artista. La verdad es que decidí pronto: me quedaría a ver qué pescaba...

Sonó el tintineo de un teléfono algo lejano. Lo busqué instintivamente, pero no estaba cerca. El mafioso se disculpó mascullando unas palabras, explicando la privacidad de la llamada, se fue en su busca, dejándome la oportunidad de empezar mi particular cacería.

Me acerqué, lo mismo que un gato acechando a un despistado ratón. Ella me esperaba con las uñas afiladas, pero dejando que el pavo real la cortejara.

—¿Qué tal, preciosa? —la verdad es que me resultaba difícil pensar en el sexo, pero qué queréis que os diga, morir fornicando no era mala idea después de todo...

—¡Huy, qué adulador! A este asesino se le pone dura como a cualquiera, ¡qué descubrimiento!

—Guarda tus uñas, preciosa, y déjate llevar, te aseguro que no te arrepentirás —mi repertorio no era muy amplio, pero era un matón o eso creía y los fríos y duros asesinos no se achantan ante nada, no me quedaba más remedio que seguir con este cortejo en el que sin duda corría mucho peligro, pero actué como el escorpión que ante el calor del fuego se pincha con su propio aguijón. Allá que iba.

La tomé por la cintura, le susurré alguna que otra guarrada, sentí cómo se rendía, pero nada más lejos de la realidad. Las espinas de la rosa me dieron en todas mis partes nobles, me arqueé y aguanté como un jabato el intenso dolor que me subía como una descarga eléctrica de alto voltaje.

Volvió el padre. Al advertir la escena, dijo muy socarrón:

—Tiburón, veo que le gustas. No a todos les deja acercarse tanto, je, je, je.

Ella se llevó el dedo a la boca en un gesto de nunca haber roto un plato, yo estaba dolido y no en mi orgullo, pero sí que me dolían las pelotas, maldita cría mimada.

—¿Quién era, Jefe? —intenté cambiar de tercio y de esa manera derivar la atención a otro punto y a su vez ignorar el dolor, que no era de muelas precisamente.

—Era el Rajao. Me preguntaba si llegaste bien —hubo un silencio en el que dudó si seguir hablando o callar. Los nervios hablaron por mí:

—¡Aquí estoy! Enterito —dije alzando los brazos para mostrar a todos lo íntegro que estaba.

—Ya te veo, Tiburón, pero hay algo más —sonaron todas las alarmas en mi interior, tuve que hacer un esfuerzo titánico para no salir corriendo. La hija agazapada detrás del padre, en espera de un desenlace, estaba a la expectativa. El Jefe me miró muy fijamente. ¡¡Ay, Dios!! Me llegó la hora—. Me advirtió que no te dejara beber ni liarte con faldas —respiré, el sudor que me recorría el cuerpo se evaporó, eso lo podía aguantar.

—Descuide, Jefe, el bueno del Rajao me aprecia tanto que tiende a parecerse a mi madre —me miró muy serio y lo mismo que un padre reprimiera a su hijo me dijo:

—¡¡Ni una gota!! ¿Me oyes? ¡¡Y no metas la polla donde la olla!! ¿Está claro?

—Clarito, Jefe —contesté sin perder la compostura.

A la hija le gustó que el supuesto hampón fuera un mujeriego. Le atrajo ese peligroso hombre mal encarado, feo, pero atractivo por el morbo que le despertaba y si el padre no lo aprobaba, mejor que mejor.

—Mañana por la noche es la fecha. Te quiero al 100%. ¿Enterado? Antes haremos alguna prueba.

—Ok. Jefe, estaré al 200/100 si hace falta, pero ahora ando algo cansado —le guiñé un ojo a la fémina, que de seguro sus bragas ya estarían húmedas o eso pensaba yo.

Mi fanfarronería estaba causando un efecto contrario debido al abuso de confianza. Advertí en el Jefe pérdida de respeto. Me repetí varias veces que aquello no iba bien y más valiera que cerrara la boca. La hija hizo un mohín de aburrimiento dando a entender que algo le urgía y quería irse, su padre advirtió el gesto de su hija.

—Espera, que mandaré al Nene para que te acompañe.

—Pero, papá. Estará cansado y los demás los tienes a todos ocupados, ya es tarde, y no encontrarás a nadie sobrio para llevarme.

Era verdad, no había que ser muy listo para adivinar que las mesas de juegos y apuestas estaban llenas de vasos de licor.

Ella me miró, movió sus pestañas, parecía un lenguaje tipo Morse. Yo vi una oportunidad de escapar. No sean mal pensados, que aprecio mi pellejo, y mucho... Raudo y antes que otro se me adelantara, tomé su abrigo y me la llevé en volandas hacia el supuesto transporte. Detrás de mí pude oír las protestas de su padre, que en tono paternalista me recordaba mi juramento de castidad.

El Nene recibió las órdenes muy claras, él es el que debería llevar a su hija. Tenía pocas opciones: la niña quería que fuera con ella, su padre no se fiaba de mi lujuriosa actitud hacia las mujeres y su lacayo estaba dispuesto a todo. ¿Qué hacer? Se me ocurrió que bien pudiera usar la fama del Tiburón para salir de esta incómoda situación.

Mi plan era bien sencillo, acompañar a la pantera y escapar. Simple, ¿verdad? Dada la situación en que el Nene avanzaba con órdenes claras de no dejarme ir, y menos con una fémina, tenía que actuar, y raudo. Opté de nuevo por tomarla de la cintura, me la acerqué y empecé a lamerle la oreja a la vez, qué

palabras obscenas salían de mi ardiente boca. Estavez me dio la sensación de que no armaba su pie. Incluso advertí lo acelerado de su corazón, pero ante la presencia de su padre y su gorila viniendo a su supuesto rescate empezó a forcejear conmigo como si fuera una damisela ultrajada. El Nene nos separó, rescató a la princesa y solo recibí una reprimenda de su padre, que aseveró que el Rajao tenía razón. Había que tener mucho cuidado conmigo, ya que, según el mismo, perdía la cabeza por el sexo contrario.

—Lo siento, Jefe, es superior a mí —hice un falso ademán de disculpas, pero sin rebajarme demasiado. Al mafioso no le pareció suficiente y con tal de tenerme controlado. No dio por buena la situación.

—¡Escúchame bien, Tiburón, déjate de monsergas, te quiero con todas tus aptitudes intactas, no me importa que intentes joder con mi hija, pero no me jodas a mí! ¿Está claro?

Ya no parecía mi padre, más bien un profesor iracundo con su mal alumno. Estuve a punto de perder la piel por hacerme el gracioso con la niña, pero qué caramba, el caso es que mi plan de fuga terminó antes de empezar. Ahora estaba en el mismo punto de partida, sin joder y jodido dentro de la piel de un asesino a sueldo al que me tenía que parecer e incluso mejorar su propio estilo, del que desconocía todo de él.

El mafioso, viendo que mi callada por respuesta era un acatamiento para él, decidió zanjar el asunto con algo para beber y fumar. Se excusó un momento, fue al mueble bar y reapareció con una bandeja de licores, refrescos y un par de cigarros. Obviamente, los licores para él y yo por lo que deduje un refresco de cola. Aprovechó la concordia para preguntarme por mi dolor en la entepierna y empezó a hablarme de su vena artística. Yo, como un buen chico, asentaba todas y cada una de sus palabras, elogiándole su gusto artístico por la alfarería, sobre todo, sus gustos por las mezclas de colores al decorar sus creaciones o más bien aberraciones contra cualquier gusto artístico.

De repente, sin venir a cuento, dejó a un lado sus creaciones artísticas y me espetó lo siguiente:

—A propósito de arte, ¿sabes a qué se dedica mi hija?

—Usted me perdonará, Jefe, pero su niña tiene muy mala leche y actúa a traición —mi respuesta no le vino muy bien, me miró con cierto reproche, no es que fuera por su hija, que para mí le importaban otras cosas más trascendentes para él.

—Tiburón, mi hija me asesora como si fuera mi maestra. No sabes los jodidos dineros que me costó untar a los remilgados profesores de la Universidad de Bellas Artes más famosos del país. Ella no lo sabe y está muy orgullosa de su comprada licenciatura. Todo es poco para mi Nicole —su tono era más bien entre resentido y paternalista. No parecía que se quejara del dinero gastado, más bien de las ventajas del mismo. Estaba más que claro que era un artista frustrado y que quería a toda costa que su retoño tuviera las oportunidades que él no tuvo en su juventud a golpe de talonario, claro—. Tiburón, todos piensan que la gente de nuestra calaña somos unos paletos, trogloditas y simplemente actuamos como los salvajes, pero conmigo se equivocan de largo. Nada de dejarse llevar por las emociones, hay que actuar siempre con la cabeza fría, por eso te contraté. El Rajao me ha contado maravillas de tu forma de actuar. Estoy harto de los chapuceros, de los que se ensañan con los encargos y quiero que sea un artista como tú el que realice este trabajo. Por eso me sorprende que te enfadaras con mi hija, tú que eres frío como el acero, ¿cómo que te enfadas por una chiquillada de Nicole? —tenía que andarme con cuidado, el tal Tiburón empezaba a escapárseme de las manos. Tenía que retomar ese papel de duro o de lo contrario acabaría con los pies metidos en un barril de hormigón viendo pasar los peces alrededor mío...

—No me enojó, Jefe, estuvo a punto de exasperarme, nada más —mi respuesta fue pausada, sin mover un solo músculo de mi cara y mirándole directamente, no con descaro, pero sí con mucho aplomo. Para terminar mi exposición seguí diciendo—. Estará usted conmigo, Jefe, que las partes nobles son sagradas para un hombre y no es plan de que te las pateen...

—Tienes toda la razón, Tiburón. No hay hombre que se precie que no se queje de sus delicadas partes.

¿Quieres más frescos, algo para picar? —con este ofrecimiento respiré tranquilo. La prueba estaba superada. Puso cara de interesante para seguir diciendo—. Te estoy comiendo la oreja, Tiburón, por lo siguiente: como comprenderás, tengo a decenas de tipos tan acreditados como tú para este trabajo, pero tu fama te precede y, como te he dicho antes, mi vena artística me pide a gritos un trabajo pulcro, rápido y discreto. Ya conoces al Linternas, bujarrón como él solo, pero muy efectivo en su trabajo, él quería este asunto —aunque estas palabras me llenaban de un comprometido orgullo, el peligro estaba a la vuelta de la esquina. Ahora entendía la animadversión del homosexual. Nada más peligroso que ir ganando enemigos dentro del nido de víboras en el que me encontraba. Así que se me ocurrió que bien podría beneficiarme de la competitividad por el trabajo, por consiguiente contesté:

—Jefe, no se moleste. Si tanto desea el trabajo el Linternas, pienso que está en su derecho. No me gustaría venir de fuera y quitarle el pan a un compañero. No sería ético entre nosotros.

—Tu contestación me llena de agradecimiento hacia ti, y no estoy equivocado en mi elección, pero el marica me pertenece y hará, aunque no le guste lo que le ordene. No insistas más, Tiburón, la decisión está tomada y no admito más dilaciones —está vez fue él quien me miró muy fijamente esperando algún tipo de protesta por mi persona. Aunque fuera de simple educación, por mi parte asentí, sosteniéndole la mirada.

Estuvimos los dos durante algunos segundos en ese juego de miradas, a ver cuál de los dos apartaba antes la suya. No era muy aconsejable ganar al que sin duda era tu actual jefe, pero ¿qué hubiera hecho el verdadero asesino? ¿Ganar, dejarse ganar so pena de perder la credibilidad?

En vista de que más vale que sobre a que falte, opté por ganar. Puse mi ensayada mueca de despiadado hijo de perra sanguinario y le sostuve la mirada hasta que el hampón la desvió, lo justo para indicarme que era yo el vencedor de este juego de egos.

Una media sonrisa se dibujó en la faz del jefe, a continuación, como el que no quiere la cosa, rompió el hielo, pasando de forma abrupta a otra cuestión, dando a entender que por lo menos el ritmo de la conversación lo seguía manteniendo él.

—Ahora voy a decirte el trabajo por la causa que estás aquí.

—Usted dirá, Jefe —contesté de forma deferente, de esta manera intentaba, sin que se notara demasiado, darle a entender que seguía siendo mi superior.

Aquello le complació y siguió hablando con renovado orgullo:

—Veinte millones de euros se llama este asunto.

—¿Qué pasa, que vas a asaltar el Banco Central? —le contesté muy ingenuo. No le hizo mucha gracia mi respuesta. A lo que con un gesto me indicó que callara...

—Tiburón, ese no es mi estilo: yo soy un artista del hampa, tengo imaginación y no soy un roba gallinas. Este asunto me reportará fama y la poli se rendirá a mis pies. Quiero dejar mi nombre escrito a fuego en los anales de la historia de la delincuencia. Como comprenderás, no solo de dinero vive el hombre, hay cosas que no se consiguen nada más que a base de machadas, y esta es una de las grandes.

—Esto que me dice es muy profundo, Jefe —estaba atónito con este individuo, tenía un ego tan grande que no cabía en la habitación. Me ahogaba tanta testosterona.

—Nada de eso, lo que pasa es que me dejo llevar por mi vena artística.

—De todas maneras, Jefe, es mucha pasta.

Alzando los brazos, intentado abarcar lo más posible entre ellos, dijo lo siguiente:

—A mí el dinero me la resbala. ¿Es que no ves que nado en la abundancia? —tuve que poner cara de asombro muy a pesar mío. Estaba más que claro que este tipo tenía unos aires de sicópata compulsivo al que más valía seguirle el juego.

—Le entiendo muy bien, Jefe. En todo hombre que se precie acaba sacando lo mejor de sí mismo, y usted tiene mucho que ofrecer al mundo. Su persona desborda talento a raudales. No prive al mundo de él

—muy meloso, pero qué queréis, estimaba mucho mi vida y no sé dónde leí que si alimentabas la vanidad de un loco, tu vida se alargaría.

Mientras digería mis aduladoras palabras, miró al vacío como si estuviera ensimismado. Luego de unos segundos de recopilar recuerdos, me dijo lo siguiente:

—¿Sabes, Tiburón? Ya no es como antes. Ahora si faltara, mi organización seguiría igual o mejor que si estuviera. No hay que hacer nada, todo funciona por inercia, todo está perfectamente engranado para moverse como un reloj. Recuerdo cuando empecé siendo el recadero del Padrino, mi protector y maestro. Poco a poco me abrí camino, dejándome la piel por la organización. No creas que fue fácil. La dura competencia entre los jóvenes criminales era despiadada, tuve que merecer el respeto de los demás cortando cabezas hasta llegar a la cumbre. Ahora estoy en la cima y no veo hasta dónde pueda llegar. Más allá en donde estoy no hay nada que me complazca. Por eso quiero hacer este trabajo, que me llevará a la cúspide de lo más granado de los hampones de toda la historia de la delincuencia. Estoy podrido de dinero, pero no encuentro aliciente alguno... —me miró como dándome a entender si lo había comprendido. Por lo visto, era muy importante para él que yo entendiera el motivo de dicho trabajo. Una cosa me sorprendía, que los criminales no se apartaban de la vida de los demás mortales. Si alguna vez yo o vosotros pensasteis que eran de otra pasta, están y estoy equivocado; si les pinchas, sangran; si están tristes, lloran y si están insatisfechos, intentan mejorar, pero claro dentro de su gremio, no como nosotros, simples peones, que lo único que pretendemos es sobrevivir a esta vida que nos ha tocado vivir.

No me quedó más remedio que dar señales de asombro y asentimiento. Él, haciendo un ademán para que atendiera con más interés, siguió hablando—. No te puedes ni imaginar el trabajo que tengo entre manos —dejó un silencio para que contestara. La verdad, este juego me exasperaba, pero tendría que contestar demostrando curiosidad. De lo contrario estaría en peligro. Empecé por enumerar atracos y hazañas dignas de un gran malhechor, pero fallaba en todas. Estaba aturdido. ¿Qué tenía en mente este desequilibrado instruido en el arte? El muy canalla se divertía a mis expensas, parecía el juego que de niños todos hemos jugado alguna vez: cuando fallaba, "frío" era su contestación. Cuando al parecer me acercaba, "caliente" era su respuesta. Lo disfrutaba con esa risita de niño malo que solo pensaba en pasarlo bien a costa de su compañero de juegos. La situación era ridícula, al final me rendí. Ante mi fingida derrota (qué me importaba a mí ese trabajo), él pareció disfrutar como un niño grande. Me dejó en lo que él pensaba, que me moría de ganas de saber esa hazaña que lo llevaría al estrellato.

CAPÍTULO VI (EL PLAN)

Luego de darme una palmada paternal en la espalda e inflarse como un pavo real, decidió que ya estaba bien de jugar al gato y al ratón:

—¡Vale, Tiburón! Voy a soltártelo —me lo largó, tal cual, con ese aire de suficiencia de quien está en posesión de la divina verdad—. ¡¡Secuestraremos al Cacao famoso futbolista!! —estaba convencido, más lo firmaría en donde fuera. Este personaje estaba peor que una cabra.

¿A quién se le ocurriría semejante barbaridad? ¿Quién en su sano juicio se atrevería, ni siquiera pensaría en semejante desacato a la inteligencia?

Desde luego había que admitirlo, si le saliera bien, ya pondría su nombre en todos los titulares y también en los libros de historia, de eso no hay duda. Siguiéndole el juego, no se me ocurrió nada más que preguntarle lo siguiente:

—¿Quién pagaría tanto dinero por él, Jefe? —mi pregunta me sonó hasta pueril para mi gusto, pero intentaba de algún modo establecer algo de cordura, aunque fuera peligroso. Verme en tan descabellado plan y encima tener que fingir que era otro, que por supuesto no le llegaba en aptitudes, ni siquiera a la altura de la suela de sus zapatos. ¿Cómo iba a salir vivo de esta situación?

—Mira bien, Tiburón —para darle un marchamo a sus palabras, propias de un dictador bananero, se levantó y señaló directamente al escudo de su club de fútbol. Semejante emblema estaba allí en lo alto de la chimenea. Flanqueado por dos banderas deportivas de escritorio con sus peanas de madera de color caoba.

Se puso al lado del mismo, supongo que intentando que opinara sobre su supuesta rivalidad. Hasta ahora no me había fijado. Ni en mi más calenturienta imaginación pensaría que un delincuente tuviera tanta rivalidad, que intentara secuestrar a la estrella del equipo contrario.

Me estaba mirando de reojo y mal encarado, supuse que estaba esperando una adulación por mi parte o una felicitación por su plan. Rebusqué en el fondo de mi cerebro algo dulce que decir, pero que no se pasara de empalagoso. Al final mis neuronas se pusieron de acuerdo y me transmitieron lo siguiente:

—Jefe, me parece una idea digna de un amante y entendido del arte: se denota su finura en su elaborado plan, que nada más que una mente privilegiada como la suya es capaz de hilvanar. Que ni siquiera el mismísimo rehén se quejaría del secuestro, más creo que para que lo secuestre otro, prefería sin dudarle que fuera usted. Que por supuesto le reportará notoriedad. En todo el mundo sonará, junto al suyo, el nombre del secuestrado y por afinidad el nombre del club de fútbol rival —callé unos instantes, la reacción era buena, levantó su vaso y brindó mi ocurrencia. Necesitaba rematar la faena, y allá que voy directamente a probar suerte—. Estoy con usted, Jefe. Al secuestrar al tal Cacao, aparte de ganar dinero, fama y prestigio, ganaremos el campeonato, no lo dude...

Aquello fue el remate, creo que se corrió mentalmente. Pareció que hizo un amago de abrazarme, pero dudó, por lo visto a un asesino a sueldo cuanto menos demostraciones de debilidad, mejor...

Después del éxtasis, se sentó y dejó su vaso. A través de los cubitos de hielo a medio derretir, pude ver la imagen distorsionada de un psicópata criminal henchido de vanidad y a reventar de puro egocentrismo...

¿Empatizaba con él o era simplemente Síndrome de Estocolmo?

—Tiburón, va siendo hora de que te presente a los demás.

Mientras estaba recorriendo el pasillo hacia la gran sala de juegos, miré mi reloj, era muy extraño que

me fijara en la hora. Aparentemente no tenía utilidad ninguna, qué más daba una hora o otra. La sensación de adelantar el acontecimiento de conocer al resto de la banda no me dejaba pensar con claridad. No lo duden, si algo aprendí aquella noche era que el presente hay que vivirlo como se debe, apurando la copa de las emociones y no aventurar desgracias venideras que lo único que hacen es atenazarle a uno.

En el momento que crucé el umbral del gran salón, todos quedaron mudos. No se oía ningún alboroto ni nada que dijera que momentos antes apostando y jugando a las cartas a cada uno les fuera la vida en ello. Me rodearon como a una atracción de feria. Allí estaban los seis de la banda, a cuál de ellos más siniestros y mal encarados. Dos ya los conocía: el Bufón y el Linternas. A los demás de seguro que me los presentaría. Hice como si no conociera a nadie.

El Jefe me presentó como una celebridad. De pronto, noté cómo sus miradas querían ver más allá de mi persona, escudriñando mi semblante. Intentaban ver algo que no se viera a simple vista, lo mismo que si quisieran una radiografía de mis pensamientos. No me dejé intimidar y devolví la mirada a todo hijo de perra que osara mirarme con desconfianza.

Me correspondieron con leves movimientos de cabeza y algunos carraspearon palabras de bienvenida. Para ser unos criminales, no podía esperar mucho más. Por lo visto cuanto más duro seas, menos educado te vuelves. Decidí corresponder con varias muecas y a mi vez hacerme entender con varios gruñidos imperceptibles, pero en su lenguaje eran más que suficientes como presentación.

Por lo visto, el Jefe, que aspiraba a maleante educado, no dio por bueno este primer contacto y empezó a exhibirlos lo mismo que si fueran una familia de bichos raros, pero intentando hacerlos pasar por unos familiares de lo más corrientes y sencillos:

—Te presento al Ruedas. Este hijo de mala madre, abandonado a su suerte desde su tierna infancia, empezó a robar tapacubos, posteriormente fueron los neumáticos y terminó haciéndose con coches para luego desguazarlos. Era de lo peor que te puedas echar a la cara: asesino, alcohólico, drogadicto y asaltador de gasolineras. Lo conocí dentro de un coche, allí estaba viviendo dentro de él, aferrado al volante, medio beodo, haciendo con la boca el ruido del motor lo mismo que un niño. Lo miré, algo me dijo que este elemento sería un diamante en bruto. Desde que lo educara para mi provecho, no ha pasado un solo día en la trena. ¿Verdad, amigo? —el Jefe le dirigió una fulgurante mirada que no admitía una respuesta, a lo que el interpelado lo entendió a la perfección, dando por toda respuesta una leve inclinación de cabeza a modo de asentimiento. Vestía de oscuro, perfecto camuflaje nocturno. Me imaginé que le serviría para facilitar su labor de sustraer los autos que luego usaría la banda para cometer sus fechorías. Una gorra con unas ridículas gafas redondas de esas que suelen llevar los motoristas adornaban su frente. Parecía el loco de la carretera—. Que no te confunda su atuendo, Tiburón, allí donde lo ves, desde que este hijo de mala madre está con nosotros, ningún poli nos ha alcanzado jamás. Es capaz de recorrer las calles a velocidades endiabladas y, lo más importante, siempre con tal calidad, que nunca a atropellado a nadie y jamás chocó con otro auto, un verdadero as del volante.

El curriculum del muchacho era apabullante. No me inmuté lo más mínimo y tendiéndole la mano, con un tono socarrón, le espeté:

—Venga esos cinco, campeón —¡qué asco! El apretón fue muy soso. Sentí una mano fría y sudorosa. En mi mente me vino el recuerdo de alguien que alguna vez me dijo que se conocen las personas por el apretón de manos. Desde luego que este no presagiaba nada bueno.

El Jefe me sacó de mis pensamientos presentándome a otro:

—Tiburón, aquí tienes al Músculos. Buen elemento, toda fuerza y poco cerebro: robaba a los borrachos, a los ancianos, participaba en combates de boxeo clandestinos y si lo necesitabas para darle una paliza a tu enemigo. No había color, este auténtico Hércules, por un módico precio, te lo mandaba al hospital. Justamente, el día que necesité a alguno que ajustara las tuercas a más de uno que me debía dinero fue cuando lo conocí, ya le precedía su fama, pero insistió en hacerme una demostración de fuerza al doblar una barra de acero con sus propias manos. Le puedes mandar, le puedes golpear, pero lo mismo

que un perro siempre acabara lamiéndote la mano. No lo dudé un segundo, tenía que ser mío —en efecto, ese grandullón sin sesos estaba delante de mí. Me sobrepasaba más de una cabeza, parecía un auténtico armario ropero. Vestía una camiseta blanca sin mangas en donde emergía el tronco de un gran cuello. Su cabeza rapada, sus pequeños ojos sin raciocinio, ese gran mentón que sobresalía de su ancha cara formaban la estampa de un tipo sin cerebro, pero con una gran fuerza bruta. Sus brazos estaban adornados de diversos tatuajes, referidos a mujeres ligeras de ropa. Me tendió la mano, mejor dicho parecía una zarpa. Con mucho cuidado se la apreté, la verdad que me esperaba que me la machacara, pero sorpresa, la apretó lo justo para no quedar como una damisela. Estaba claro, que si para su jefe yo era bienvenido, lo mismo que un perro fiel, a mí también me respetaba.

Le llegó el turno al Bufón, que desde hacía rato estaba muy nervioso, no parando de moverse de aquí para allá. Me lo presentó como a una rareza digna de estar en un museo de cera del crimen. Se limitó a recitarme algunos de los establecimientos para locos de remate, en donde siempre, en contra de su voluntad, pasó una temporada en cada uno de ellos. Elogió sus artes para eliminar a personas *non gratas*, ya que no tenía escrúpulos ni ningún sentimiento ni remordimiento alguno que turbara su digamos trabajo. A simple vista, no era una amenaza. Su atuendo de bufón no despertaba sospechas. Hacía que actuara con una inusitada ventaja frente a los demás. Las víctimas, siempre confiadas, nunca sospechaban del payaso que lo único que hacía era tocar la bocina, pero cuando se daban cuenta de su error, todos tenían los ojos vidriosos y muy abiertos. Al Jefe aquello le agradaba, pero sus tácticas eran algo molestas y muy escandalosas, ya que al Bufón le gustaba martirizar a sus víctimas antes de darles el golpe de gracia. Solo lo utilizaba para eliminar a quién merecía una muerte con sufrimiento.

No hubo ningún contacto, imposible acercarse a semejante individuo. Con dos toques de bocina y una pirueta digna de un saltimbanqui fueron las únicas muestras de que se daba por enterado. El Jefe lo dio por bueno y pasó al último de sus secuaces.

Me llegaban las oleadas de odio del Linternas. Estaba resentido en su amor propio, se sentía todo un artista del crimen. Era su peculiar naturaleza la que le dio un gusto exquisito en la forma de asesinar. Por eso no entendió que su jefe eligiera a otro por muy artista y fama que le precediera. Estaba de uñas, rabioso y desde luego dispuesto a pisarme si fuera necesario. En el momento en que el Jefe con una media sonrisa me lo presentó el Linternas disparó por esa boca:

—Tienes una cara, amigo, que me recuerda a un hijo de perra al que le pateé el trasero.

El Jefe sabía del odio que me tenía. Pareció disfrutar con ello, por eso le dejó que hablara con licencia para ir más allá de una simple y educada presentación.

—Ahora que te veo bien de cerca, sí, le das un aire... Juraría que te he visto antes...

No sé si hablaba su odio o bien me había visto, cosa poco probable a menos que tuviera un doble del que no tenía noticias y como eso era poco probable, me incliné por el resentimiento que me profesaba.

Puse cara de que aquello me resbalaba, sin darle mayor importancia que a un malentendido y con gesto impasible le contesté:

—Imposible que me pateases el trasero. Al Tiburón en absoluto nadie le fue por detrás, jamás alguno vivió para contralo y por lo que puedo comprobar, estás vivo. Ahora, por respeto al Jefe, va a ser que hoy es tu día de suerte —mis palabras sonaron fuertes y diáfanas. No me quedaba otra. O eso o la muerte y como no tenía nada que perder, me levanté con claro signos en mi faz de toro bravo dispuesto a todo. El Jefe, viendo que la cosa se le iba de las manos, le hizo una señal al Linternas, que se achantó, volviéndose a sentar como un buen muchacho.

Todos quedaron impresionados, hasta el Jefe se quedó quieto, esperando por mi parte una violenta y determinante reacción. En cuanto aprecié que mi actuación dio resultado, resolví no abusar de mi suerte, actuando como un perdonavidas, hice un ademán de retirada sin dejar de darle la cara.

El ofendido, como un niño castigado, estaba asentado, comiéndose la uñas y agitando los pies en movimientos compulsivos. Con su miraba furibunda, denotaba que hacía verdaderos esfuerzos para no

saltar como una pantera. El Jefe se percató y dirigiéndose a él le espetó:

—¡¡No quiero disputas entre mis hombres!! —hasta allí se acabó el trato paternal del Jefe, ahora las venas de su cuello se hincharon, mostrando un color azul oscuro, su cara enrojeció y su frente tenía una marcadas arrugas que se movían como las olas del mar.

¿Qué se podía esperar de semejante banda de desechos de la sociedad reclutados por un hombre que debería estar encerrado en un psiquiátrico?

Debía actuar y rápido, pudiera ser que el sarasa los tuviera bien puestos y desoyendo las directrices de su jefe, saltara sobre mí y os puedo asegurar que no tengo ni idea de cómo repeler su supuesta agresión. Por consiguiente, tuve que agudizar mi ingenio, que por cierto desconocía hasta la fecha que lo tuviera.

Me adelanté, y demostrando la galantería de un caballero, le tendí mi mano. Pero el Linternas me hizo un desaire y en lugar de seguir mi gesto, optó por escupir al suelo. Todos me miraron, esperando una respuesta digna de un criminal. La verdad, de mí no sé qué pudieran esperar, pero del Tiburón mucho. Encontré un término medio, así que mientras me puse muy cerca, a la altura del sarasa, le dije lo siguiente:

—Jefe, no quiero manchar sus estupendas y caras alfombras con la sangre de este mequetrefe.

El susodicho ya no pudo aguantar más, se alzó dispuesto a saltar sobre mí. El Jefe en un autoritario movimiento, le hizo una señal al Músculos que, rauda, de un mamporro lo dejó K.O.

—¡¡Lo repito!! No quiero sangre entre compañeros, sois como hermanos, no lo olvidéis —la verdad creo que me lo hice en los calzoncillos, os lo puedo certificar. Estaba convencido de que me llegaba la hora. Si no llega a ser por el Jefe, ahora mismo estaría criando malvas—. Lo siento, Tiburón, agradezco tu paciencia —qué importante era su criminal a sueldo para que el mismísimo Hampón se disculpara por la torpeza de un subordinado. Mientras el Linternas estaba noqueado, yo aunque vivo, mientras sea valioso a los ojos del jefe, se me ocurrió decir una chorrada muy de oídas en películas de artistas refinados:

—La paciencia es la madre de todas las ciencias, Jefe.

—No me equivoqué contigo, Tiburón, así me gusta, además de criminal, eres ilustrado, me encanta esta combinación —el Jefe estaba orgulloso de su adquisición y lo proclamaba con total sinceridad. Si supiera la verdad...—. Músculos —se dirigió al grandote con voz autoritaria—, espabila al sarasa —dicho y hecho, tomó una cubitera de hielo y se la tiró en toda la cara. Aquel, lo mismo que si despertará de una pesadilla, se levantó articulando palabras incoherentes y maldiciones por lo bajini. Miró a su Jefe, enseguida sabía lo que tenía que hacer. A la vez que me dedicó una mirada de puro odio, avanzó con la mano tendida, esta vez fue un apretón en toda regla, lo justo para sellar una falsa y obligada amistad—. Así me gusta, pero los hermanos se abrazan. ¡¡Daros un abrazo!! —recuerdo perfectamente la colonia barata combinada con el sudoroso cuerpo del Linternas. Fue un abrazo frío y forzado, las palmadas de las que iban acompañadas las sentí en mi espalda no como unas cariñosas palmadas, el muy cabrón se cobró una pequeña venganza al sacudirme con disimulo. Aguanté como un jabato las ganas de toser y seguí con mi eterna mueca de impasible criminal.

CAPÍTULO VII (EL ENSAYO)

El Jefe quedó satisfecho, pidió que le siguiéramos y nos condujo a todos a un apartado de la casona. Salimos al fresco de la noche por un sendero de gravilla rodeado de parterres. Nos acompañaban los sonidos de las chicharras, que hartas de tanto calor, movían frenéticamente sus alas. La resonancia de nuestras pisadas, junto con el olor a hierba fresca, el canto de los búhos y el ruido que hacían las ramas movidas por la brisa me hicieron recordar las lejanas reminiscencias de una infancia pasada en mi pueblo natal. Era curioso cómo la mente te evadía de una realidad en la que no quería estar, pero irremediabilmente estaba en ella. Bajábamos unas escalinatas que terminaban en una gran puerta de dos hojas recubiertas de repujado cuero. El Jefe mandó abrirla. Se adelantó el Músculos y, no sin dificultad, consiguió franquearla.

El ruido de los goznes dio paso a una gran sala repleta de butacas. Al final, un escenario con una decoración que imitaba una gran sala estaba adornada por muebles modernos, caros y estratégicamente puestos a comodidad de su dueño. Se veían máquinas de juegos, aptas para jóvenes con fama y dinero, un escudo del equipo rival, y fotos de gran tamaño, mostraban a motos, coches deportivos y chicas ligeras de ropa. Todo ello conformaba lo que me sospechaba, que era la imitación de la casa de un joven y afamado deportista.

El Jefe se detuvo delante de todos, alzó los brazos, mostrando la totalidad del escenario y a modo del pregonero de alguna fiesta, anunció su acertada idea de montar exactamente las dependencias del secuestrado. La verdad, no conocía la casa del deportista, pero sí que percibí lo elaborado del plan al acometer tan gran espectáculo.

—Me encanta que los planes salgan bien —estaba eufórico y encantado de conocerse. Me tenía anonadado, tuve mucha dificultad en disimular mi asombro.

El panorama era de lo más ridículo: dirigiendo el ensayo, el Jefe ponía a cada hombre en su lugar. Lo mismo que si fuera un lunático y caprichoso director continuamente gritaba órdenes. No contento con las actuaciones, incesablemente arreglaba situaciones que a su modo de ver, harían fracasar el secuestro. Repetía los ensayos sin cesar, gesticulaba, arengaba a unos y a otros. A los más inútiles les propinaba puntapiés y palmadas en la espalda a los que se portaban según sus indicaciones. Aturdido por todo aquello, me preguntaba en qué parte del plan encajaba yo. Ya que viendo la febril actividad a la que sometía a los cuatro hombres, yo seguía junto a él, pareciendo el hijo tonto de la familia.

En pequeños intervalos en los que parecía que la representación iba a gusto del Jefe, aproveché para preguntarle mis dudas.

—¿Jefe, qué pinto yo en todo esto? —me miró como advirtiéndome por primera vez.

—Lo siento, Tiburón, me he dejado llevar por mi vena artística. Verás, tendrás que liquidar a dos gorilas que hacen de agentes de seguridad.

—¿A dos seguratas nada más, Jefe? —estaba ya tan metido en mi papel que aquello me desilusionó. Inicié una interpelación con mi conciencia que en absoluto estaba conforme con mi estúpida pregunta:

«¡¡Pero qué te pasa, muchacho, eres tonto o te has fumado algo!! ¿Por qué no te callas, qué necesidad tienes de preguntar tal cosa, es que tú te dedicas a matar a gente?».»

Mientras me estaba fustigando por mi torpeza, el Jefe me contestó:

—Tiburón, si fuera tan sencillo, sería el Linternas y no tú el elegido. Te lo vuelvo a repetir, quiero el trabajo de un artista, de un sigiloso, sin armas, sin ruido. En definitiva, discreción absoluta y aquí entras tú... —esperó a que tuviera una reacción. Al ver que seguía amordazado por mi conciencia de supervivencia, siguió hablando—. Escúchame bien, mañana tendrá lugar la entrega del Balón de Oro al

as de mi equipo rival. El famoso futbolista obsequiará a la concurrencia con un ágape. Nosotros nos aprovecharemos de esta circunstancia y nos haremos con el abastecimiento del convite. Tengo estudiado todo el plan para hacernos con el camión de reparto. Todo tiene que estar sincronizado, la captura del camión, el poner las mesas, el discurso del As, el momento en que el Linternas le pone el arma en el costado y el Bufón con disimulo se acercará a él con la bandeja de entremeses y entre los dos con mucho tacto y disimulo lo sacarán fuera, en donde un transporte conducido por el Ruedas lo llevará raudo lejos del acontecimiento. No quiero alertar a nadie más, por eso te encargarás de los dos guardaespaldas que protegen al deportista. De ese modo, nos darás tiempo para salir pitando con el auto del Ruedas, que nos estará esperando. Llegaremos a una casita de madera que tengo camuflada en medio del bosque. Allí, en cuanto lleguemos con el paquete, iniciaremos las negociaciones.

—¿Y de qué modo cobrarás el rescate, Jefe? —desde luego ya no me conocía ni a mí mismo. ¿De verdad era yo el que hablaba o me lo creía tanto, que el Tiburón se estaba apoderando de mi personalidad?

—Tú, tranquilo, Tiburón, en cuanto termines con el trabajito, cobras, desapareces y ya puedes sentirte orgulloso de haber trabajado para el mejor.

—Vale, Jefe. Si he entendido bien, me cargo estos dos tipos, cobro y me largo... —¡¡Pero qué estoy diciendo, madre de Dios, si soy incapaz de matar a una mosca!!

—Pero recuerda, tiene que ser un trabajo limpio —el Jefe recalcó la última palabra con un contundente movimiento con la mano.

—Tú ocúpate del secuestro y déjame a mí la limpieza... —definitiva o inconscientemente, estaba poseído por la locura o bien en realidad me encontraba muy a gusto en el papel de criminal. Por muy descabellado que me pareciera, me consideraba importante, aceptado y respetado, aunque fuera entre delincuentes. Había algo en mi interior que me decía que esta hubiera sido mi vida de no ser por dejarme encasillar dentro de unos patrones aceptados por esta sociedad.

La atención del Jefe se desvió al escenario, en donde algo le fastidiaba, así que aproveché para pensar en mi cercano ensayo. Estaba más que claro que yo no sabía matar, y menos sigilosamente. El Jefe era un buen observador y de seguro se daría cuenta, si saliera vivo de esta, mucha gente tendría que cambiar su actitud hacia mi persona. De momento, exigiría más respeto y luego ya veríamos qué se me ocurriría. En esos pensamientos estaba cuando una susurrante voz me sacó de mis futuros problemas:

—Te he observado sin que te dieras cuenta, nadie te ha dicho que te pareces al matarife del puerto —me giré en busca de tan sensual voz. Era Nicole, que sigilosamente se puso a mi lado. Su embriagador perfume, sus labios carnosos y sus curvas peligrosas me nublaron el sentido. Ya no tenía dudas de que estaba en el paraíso, en donde nada ni nadie pudieran hacerme daño. Los problemas se esfumaron como si no hubieran existido jamás. Con un movimiento de pestañas, esperando que de mi boca abierta articulara alguna palabra. Me fue imposible hablar, ¡señores y señoras! Me quedé mudo y el único movimiento provenía de mi entrepierna. Puse mis manos para disimular ese crecimiento muy inoportuno que todo varón teme, pero ella se dio cuenta y pareció disfrutar del efecto causado, siguió hablando—. Eres feo con ganas, tanto que me recuerdas al mal encarado matarife del puerto, me atraes tanto que se me mojan las bragas. El morbo que despiertas en mí puede más que mil Adonis. A los guapos los tengo cuando quiero, a los machos peludos y mal encarados como tú, los consigo a base de mordisquearle las orejas. ¿En qué lado estás, Tiburón? —la gatita había vuelto o no se había ido nunca. Me pregunté por el Nene. No me gustaba perder de vista a tan peligroso sicópata, mejor tenerlo cerca.

—¿Querida, en busca de qué has vuelto, y tu chofer? —a mi tono le impuse algo de fastidio por verla de nuevo, cosa que le puso más caliente si cabe, a lo que me contestó:

—Tu fea y dura cara me atrae de tal manera que una noche sola me parecería tan larga que retozaría entre mis sábanas de seda llorando por la falta de tu presencia —no hablaba sin acompañar sus palabras con gestos tan insinuantes que habría que ser tonto para no caer en sus redes trenzadas con esmerada

paciencia. Me entregué hasta en el punto en que mi raciocino de supervivencia me permitía.

—Muérdeme, preciosa, te abro las puertas de mi corazón. Soy todo tuyo.

—Dime, Tiburón, te gusto... —hablaba mientras jugueteaba con mi oreja, su lengua experta y juguetona repasaba todo los pliegues de la misma. Junto con su aliento caliente y sensual me estaba poniendo a punto de ebullición.

Entre lametazos y palpitaciones aceleradas de mi pobre y aturdido corazón, pude responderle:

—Gustarme es poco, hermosa. Por ti sería capaz de traerte la luna si tú me la pidieras.

—Eres un enamoradizo hablando, Tiburón... Veremos qué tal te portas en la cama, tigre mío...

—No es mi hora de dormir, preciosa —ironicé. La verdad es que me moría de ganas de retozar con esta gatita, ¡pero qué cojones! Todavía tenía la sensatez, aunque poca, para adivinar que no era el momento adecuado. De todos los figurantes, el Ruedas me miraba con cierto recelo. No lo advertí hasta ese momento, yo pensaba que solo el Linternas me tenía grima, pero no. Conforme más se arrimaba la pantera, más cara de circunstancias ponía. Lo advertí tan claramente que le pregunté a la fémina.

—¿Qué le pasa al Ruedas?

—Qué le va a pasar, bombón, que soy su esposa. Nada más...

—¿Cómo? —contesté estupefacto, razón de más para no aceptar la invitación.

—Pero no te preocupes, mi Romeo, que somos una pareja libre y además nunca se atrevería a contrariar a su jefe. Soy tu trofeo, tómame, mi Adán.

Sus labios ardientes y sugerentes se acercaron a los míos. Sus pechos se adelantaron a todo su cuerpo. Noté de inmediato como sus erectos pezones me rozaban con suavidad, ya no podía aguantar mucho más. La lucha interior entre mi deseo de supervivencia y el ardor de mi entrepierna se resolvió en favor de la vida. Por consiguiente, me zafé de la gatita que, fogosa, refunfuñó diciendo:

—Pero tú sabes, monstruito mío, el porqué de mi exigencia a que compartas mi cama.

—No te puedes resistir a mi feo y rudo rostro, a que sí —estaba exultante, ya no me importaba nada de lo que me pudiera ocurrir. Vivía el presente, no más.

—Algo así, pinchón, soy insaciable... —la verdad, amigos, que mi situación era un verdadero infierno. Por una vez en mi vida tenía delante a una pantera que no le dolía la cabeza, estando dispuesta a todo. Tan cerca tenía a ese caramelo que tuve, a pesar mío, que declinar los embistes de la ninfómana, mujer del Ruedas que, aunque ella dijera que eran una pareja libre, ya me curaría en salud de averiguarlo por mí mismo... Le lancé un dardo envenenado a ver qué tal contestaba:

—Ya, ¿y qué dicen tu padre y tu marido al respecto?

—No lo entienden, solo se hacen a la idea... —lo remató con una mirada picarona, como diciendo que no tenían elección...

—Pues cuando lo capten acudiré a tus brazos, mientras tanto, llévate solo un recuerdo de mi persona —me acerqué y la besé en ambas mejillas, aquella gracia pareció gustarle.

El padre, al advertir que su hija había vuelto o no se había ido, con disgusto la despachó al ver que la temperatura subía entre nosotros dos. Preguntó por el Nene, a lo que su hija le contestó que estaba como siempre camuflado entre las sombras del escenario dispuesto a salir en cuanto el momento lo precisara. Refunfuñando como una niña malcriada, se esfumó tan sigilosamente como vino, no sin dedicarme movimientos exuberantes, mostrándome todo lo que me estaba perdiendo y os puedo asegurar que era mucho más de lo que todos ustedes se puedan imaginar.

Muy enfadado por la inesperada vuelta de su hija. El Jefe buscó al culpable en la penumbra del local. Aquel, agazapado para pasar desapercibido, temiéndose lo peor pensó que quizás se librara de la bronca de su jefe. El mismo, con el olfato de un lobo, no le costó nada dar con él, propinándole un tremendo puñetazo. El infeliz, aturdido, puso cara de tonto, no sabiendo por dónde le venían las tortas.

—¿Sabes por qué recibes, mentecato? —le espetó con desmedido desprecio.

—Pues, Jefe... yo... —el Nene no sabía qué decir, pudiera ser que recibiera otro mamporro. Me apiadé

de él y, adelantándome al Jefe, que ya estaba armando de nuevo el puño, le dije:

—No escarmentarás, pimpollo. El Jefe te sacudió por obligarle a usar la fuerza contigo. Seguro que a él le duele más que a ti. ¿No es así, Jefe? —el mismo se mostró magnánimo, optando por dejarlo por esta vez. Lo mismo que un perro agradecido, fue a refugiarse detrás de mí. El Jefe al ver que pudiera ser que perdiera su influencia sobre el Nene le llamó en repetidas ocasiones con esa voz melosa que usan las madres para atraer la atención de sus cachorros. En cuanto perdió el miedo, se acercó. El Jefe hizo un movimiento de perdonavidas y abrazó al asustadizo muchacho, mientras le dedicaba palabras de consolación y palmadas paternas.

Al hampón después de todo, aquello le vino bien. Le faltaba uno para completar la pareja de guardias, así que le ordenó al Nene que dejara de lamerse sus heridas, se pusiera el uniforme de vigilante y actuara para el ensayo.

Después de emplazar al sicópata y de dar las oportunas indicaciones para cambiar los elementos decorativos, quedó libre, situándose a mi lado. Con una mirada de complicidad quiso darme a entender que había obrado con mucha inteligencia, estando a su mismo nivel. Por eso me respetaba hasta tal punto que me sentí de momento a salvo. Por toda contestación asentí con la cabeza. Las palabras sobraban entre inteligentes caballeros.

—Amigo, ya va siendo hora de que entres en acción —dijo el Jefe—, he mandado a los chicos que cambien de decorado para que puedas escenificar la liquidación de los agentes de seguridad.

No faltaba ningún detalle, o eso me pareció, que debía de ser la entrada a la mansión del famoso deportista. Puse cara de extrañado, no lo veía claro, dos guardaespaldas dentro de una garita era harto complicado hasta para el afamado Tiburón. El Jefe, al verme la cara contrariada, dijo lo siguiente:

—No te preocupes, que te vamos a facilitar las cosas. Nosotros nos las arreglaremos para que uno de los dos, entre en la casa. Tú, aprovechando la ventaja, le darás pasaporte y a la carrera entrarás en la casa para liquidar al siguiente —el Jefe hizo una pausa de un par de segundos y mirándome muy fijamente continuó puntualizando—. Ten en cuenta que tenemos que estar todos sincronizados para no estorbar los siguientes pasos a seguir, cualquiera de nosotros que retrase o se quede des-sincronizado, dará con el plan al traste.

—Jefe, la duda ofende, para mí un trabajito de nada —contesté con falsa autosuficiencia. Al hampón aquella vacilada le pareció fuera de lugar. Él, que se tomaba el secuestro como un trabajo de relojero suizo, contestó muy serio:

—De trabajillo nada de nada. Este secuestro será el acto por antonomasia y será estudiado, si las hubiere, en las escuelas de delincuencia. ¡¡Bueno, dejémonos ya de palabrerías!! —dirigiéndose a mi persona, siguió diciendo—. Tiburón, te llegó el turno. ¿Ya has pensado cómo vas a eliminar al guardia?

—Se enterará cuando esté fiambre, Jefe —respondí como quien mata gente todos los días. Debía de encontrar una solución, no tenía ni idea de cómo matar a nadie. Puse cara de afligido y se me ocurrió decir lo siguiente—. Pero, Jefe, no me fío ni de mí mismo. La verdad es que le he tomado cariño al Nene.

—¿Cómo que no te fías de ti mismo? ¿Es que se te está reblandeciendo la sesera? —la cara del mafioso reflejaba su miedo. El plan estaba pensado al milímetro y si ahora le fallaba su pieza clave estaba todo perdido. Al ver la cara de pánico del Jefe, pensé en aclarar el malentendido que, por supuesto, me beneficiaba.

—Jefe, lo que le vengo a decir es que tengo miedo de cargarme al Nene en mi ímpetu. No me creo capaz de medir mis fuerzas. Me dejo llevar y luego no sé parar... —se lo expresé con un movimiento con los brazos, como dando a entender que eran ellos quienes tenían la potencia y no yo, lo mismo que si mis miembros no me pertenecieran. Pareció que mi explicación le convenció, a lo que contestó más tranquilo:

—Descuida, amigo, es prescindible, pero no me gustaría que te pasaras con él, por eso, procura no sacar las manos de los bolsillos. Imitas tus movimientos y lo más importante, calcula el tiempo que te

supondrá eliminar a los dos.

El Jefe, al terminar sus indicaciones, hizo una señal al Linternas, que, armado con una metralleta, se puso detrás de mí, dejando una prudente distancia. En el momento que vi al sarasa armado, me temí lo peor.

¿Qué coño hacía a mis espaldas? ¿Es que me iba a liquidar después de mi turno?

Mi turbación no pasó desapercibida para el Jefe:

—Tranquilo, fiero, solo es por seguridad, por si metes la pata... Este terminará la faena por ti —al oír aquello, no pude menos que ofenderme por esa muestra de desconfianza. Yo, que era el mejor de entre los mejores matarifes del hampa, no podía tolerar semejante ofensa. Diciendo lo siguiente:

—¡¡Yo, el Tiburón, jamás la ha cagado!! —puse todo mi falso énfasis en que pareciera muy ofendido en mi honor. Aunque hizo su efecto, mis quejas al Jefe no le inmutaron, dejando bien claro que era una empresa muy costosa y no quería riesgos innecesarios. Por lo que con un movimiento de mano muy autoritaria, dio a entender que el asunto estaba zanjado, dando paso a la comedia.

Nos quedamos los dos agazapados: mi pistolero y yo. El Ruedas y el Bufón, que hacían de camareros, estaban simulando secuestrar al famoso deportista, que no era otro que el Jefe. El Nene y el Músculos hacían de guardias de seguridad. Estaban esperando en una hipotética garrita, en la que a uno de los dos y luego al otro, les tenía que dar pasaporte para el otro barrio.

—¡¡Acción!! —gritó el Jefe imitando los gestos de algún excéntrico director de cine. El Bufón (de 1º camarero) dejó al Jefe (de secuestrado) con el Ruedas (de 2º camarero) corriendo a avisar a los guardias (el Músculos y el Nene) con el falso recado de que el famoso deportista necesitaba a uno de los dos. El Músculos se fue raudo, limitándose a correr para no pasarse del tiempo establecido, quedándose el Nene, al que supuestamente tenía que simular su digamos eliminación silenciosa.

¿Cómo iba a salir de esta situación, se preguntarán ustedes? La verdad es que ni yo mismo lo sabía. Había intentado persuadir al Jefe, que quizás por accidente pereciera el Nene, y ni por esas. Empecé por ponerme en situación. Con las manos en los bolsillos me encaminé hacia el infeliz.

No sé, pero debe de ser el instinto de supervivencia lo que me hizo reaccionar. La adrenalina empezó a inundar mis venas. Mi corazón bombeaba grandes cantidades de sangre que se acumulaban en mis músculos, prestos a cualquier fuerza que yo pudiera necesitar. Mi respiración agitada causaba que mis pulmones trabajaran a destajo. Ni yo mismo me creía que fuera yo aquel que hacía unas pocas horas estaba en su casa razonablemente seguro y tranquilo. Ahora estaba a punto de demostrarles a los demás cuán feroz asesino era. Hice algo de paripé emulando el acercamiento, lo mismo que si fuera una pantera. Poco a poco con sigilo y mirando en ambos lados y con mucho cuidado de no despertar sospecha alguna. Lo rodeé y le atacé por donde menos se lo esperaba, aunque más bien él colaboró haciéndose el despistado.

Mis manos, como zarpas de acero, se aferraron al cuello del desdichado. Tenía esa mirada de pollo degollado, implorando clemencia, que asombrado ante mi actitud de despiadado asesino retrocedió cayendo al suelo. Apreté sin piedad, quise ver en su rostro todas las desgracias sufridas durante mi vida. Todas las caras se reflejaron en su angustiada faz: desde los abusos del colegio, pasando por la autoritaria y reprimida educación recibida por unos padres pobres y sin cultura, la terrible pubertad en donde los engaños amorosos estaban a la orden del día, mis despiadados y abusos jefes que no dudaron ni un momento en aplicar su poder en favor suyo, las caras de mis familiares, hartos de mirarse en el espejo de su sociedad, que me tomaban por idiota, la cara de mi mujer, educada en una reprimida escuela religiosa, negándome el sexo... Por su culpa me encontraba en esta situación y lo peor, por lo que al final seguía apretando con más saña sí cabe. Todo mi odio se trasladó a mis manos pensando en esta sociedad, amaestrada por dirigentes incompetentes, que nosotros mismos con nuestro voto, los pusimos al frente, para decidir de qué forma nos pueden hacer la vida imposible.

Por suerte para el Nene, a la orden de un asustado Jefe, el Músculos me despegó de mi presa.

—Tiburón, te confieso que hasta mí me has dado miedo —una de las pocas veces que pienso que dijo la verdad. En su faz se adivinaba su turbación por lo anteriormente acontecido. Los demás me miraron con más respeto si cabe. Temerosos, procuraban guardar una prudente distancia de seguridad. Al Nene lo tuvieron que ayudar para incorporarlo y entre dos se lo llevaron lejos de mi mal temperamento. Yo aún estaba muy nervioso, la adrenalina todavía circulaba por mis venas. Me costó mucho bajar mis pulsaciones y retornar a un estado normal. Entre resoplidos, farfullé palabras de disculpa:

—Lo siento, Jefe... No me he podido aguantar... En cuanto he visto el uniforme de guardia, algo muy fuerte dentro de mí se ha apoderado de mi persona... —pura comedia de supervivencia. Si hubieran sabido la verdad, puede que no les gustara...

—Tranquilo, fiero... se le pasará, no te preocupes, está acostumbrado a recibir —al terminar sus palabras me sentí observado, como si fuera la primera vez que me viera. Parecía muy orgulloso de su adquisición. Su perro de presa era tan fiero como le habían dicho, y para él eso era lo que importaba. Decidió que por esta noche ya había tenido bastante ensayo. Después de lo ocurrido entendió que necesitaba descansar, así que me invitó a retirarme antes que los demás en pos de un merecido descanso. Los restantes y él mismo optaron por alargar la velada con el juego y las señoritas interrumpidos por mi llegada.

CAPÍTULO VIII (SEXO, DROGAS Y ROCK AND ROLL)

Me había dado una relajante ducha. Estaba envuelto en un albornoz de color rojo de fina seda con estampados chinos. Debajo del mismo no llevaba nada, dejé que la tela acariciara mi cansado cuerpo. Estaba a mis anchas encima de una gran cama de matrimonio con dosel coronado por un escudo de armas. Disponía de un colchón que se hundía lo justo para sujetar mi cuerpo, una almohada de plumón, que se acomodaba con suavidad a mi nuca, haciendo que mi cabeza se sujetara en su justa medida. La misma estaba apoyada sobre un cabezal rebujado de cuero rojo, que ocupaba todo el ancho de la gran cama. Sendas mesitas al puro estilo neoclásico franqueaban la cama. Encima de los mismos, dos lámparas con sus tulipas de tela de color blanco con cuerpo de cerámica decoradas con motivos chinescos difuminaban una tenue luz, que junto con las pesadas cortinas de terciopelo, que casi en su totalidad tapaban el gran ventanal, le daban un ambiente en donde los juegos de sombras hacían que la media luz bailara en el gran dormitorio.

Al frente, un hogar de mármol blanco decorado con relieves paneles y escudos. Dos esculturas soportaban la repisa de la misma, representando a sendas mujeres desnudas que delimitaban la chimenea. En donde la repisa estaba llena de fotos con sus caballetes y algún que otro jarrón que contenía imitaciones de flores silvestres. El suelo estaba cubierto por una alfombra que sin duda necesitaría un año de mi sueldo para pagarla. No pensaba en nada, solo miraba al techo. El ambiente era agradable. Al mi lado por el lateral de la pared, una brisa de aire frío combatía la temperatura soporífera del exterior, creando un agradable microclima interior.

Encima de la mesita descansaba un vaso medio lleno de un agradable refresco. En el mismo, agonizaban dos cubitos de hielo que le daban el toque perfecto a mi relajante situación.

Después de los acontecimientos, no salí mal parado. Otra cosa sería el día de mañana, pero estaba dispuesto a vivir el momento. Disipé cualquier y desagradable temor y poco a poco entré en un sopor.

Cuando mejor está uno, siempre se dice qué verás cómo llega alguien y lo estropea. En este caso, que era el mío, la suerte me dio la espalda. Al que menos me esperaba apareció, así sin más. Menos mal que soy una persona de mente abierta y la aparición me molestó más que me asustó. Por así decirlo fue el verdadero Tiburón quien decidió aparecer delante de mí en el momento más inoportuno.

¿Para qué?, se preguntarán ustedes. ¿Es que no estaba bien allá de donde viniera? ¿No fue hacia la luz? ¿Buscaba venganza?

Con todas esas preguntas, junto con la cara de estupor así fue, como recibí al susodicho asesino. Claro que sí, estaba allí, en donde sus piernas no tocaban el suelo y la habitación se quedó más fría que un depósito de cadáveres. No había que ser muy listo para deducir que era una visita de ultratumba. Me incorporé de mala gana, estaba antes en éxtasis disfrutando de esta vida de lujos ante mi segura ejecución cuando el alma en pena del asesino decidió molestarme, pero no piensen ustedes que estaba arrepentido de su vida anterior y se me apareció en pos de ser perdonado o algo por el estilo. El muy canalla seguía tan hijo de perra de cuando estaba vivo. Uno cuando se muere debe de tener la delicadeza de dejar en paz a los vivos. Este, en particular, no solo estaba dispuesto a meterme el dedo en el ojo, sino que luego de una acalorada discusión, en donde no paró de burlarse de mi actuación y reprenderme, refiriéndose que era la vergüenza de la profesión, aunque no fuera de la misma, pero para él aquello no admitía excusa alguna, repitiéndome varias veces que él no era como yo lo representaba. Mis excusas no sirvieron de nada, por mucho que le insistí en que era un desgraciado que se vio envuelto en unas serie de fatalidades, él siguió insultándome con saña y subrayó que encima yo tenía suerte, ya que materialmente, no podía

hacerme daño alguno, pero mirad por donde mi vida corría más peligro que antes y el tiempo marchaba en mi contra, me explico: según el Tiburón, él murió de un ataque al corazón. Le sobrevino en la habitación de su hotel. Conforme fue relatando, sus risas y carcajadas me dejaron helado, ya que cuando descubrieran el cadáver informarían a sus camaradas de profesión. El tal Rajao no tardaría en preguntarse quién era el otro Tiburón. Pero aún tenía algo de ventaja, el asesino a sueldo dejó pagado un par de noches y con buen criterio para suerte mía, ordenó que no se le molestara bajo ningún concepto. Así que me quedaba todavía una noche por delante antes de que lo extrañaran. Le pedí, no, le supliqué me dijera el nombre del hotel y el nº de habitación. Por toda respuesta se partió de risa...

Lo tenía cada vez peor, no solo tenía que hacer de asesino a sueldo, ahora también, debía de encontrar su cadáver antes de que otros lo hicieran...

—Me ha dicho un pajarito que se acerca la ninfómana —fue su sarcasmo lo que más me asustó. Indudablemente aquello representaba un problema. ¿De qué forma torearía a esta mujer?

—¿Y tú cómo lo sabes? Engendro —me lo imaginaba, pero quería darme tiempo para afrontar el problema que se me avecinaba.

—No seas imbécil —resopló muy enfadado—. Desde mi situación, puedo ver cosas que ni siquiera tú comprenderías.

Me volví en espera de que apareciese Nicole. Por la puerta asomó una pierna, luego poco a poco, como representando a una fulana barata, apareció toda ella, tal cual la trajeron al mundo. Por toda vestimenta, alrededor de su talle lucía un enorme cinturón que le servía a modo de súper minifalda. Sus carnes firmes y turgentes, se balanceaban a ritmo del chachachá. Con esta cadencia se acercó apretándose tanto que parecía que quisiera fundirse con mi cuerpo. Tenía los sentidos nublados, sintiendo ese cuerpo de hembra ardorosa pegado al mío. Su perfume desprendía las feromonas de una mona en celo. Su aliento cálido y extremadamente sensual me dejó anestesiado.

—¿Te gusta mi cinturón, pichón? —¿que si me gustaba? Estaba deseoso de quitárselo, aunque fuera a mordiscos. Flaqueaba tanto que hacía aguas por todas partes. Si hubiera estado en un naufragio, tened por seguro que me hundiría irremediabilmente. Le contesté, más bien conseguí balbucear...

—Puede que sea el cinturón más caro de la historia —puede que me costara la vida, quién sabe. Se llevó el dedo a la boca y succionándolo con inocente aire de colegiala me dijo:

—¿Qué ves aparte del cinturón? —amigos, había que estar ciego o tonto o ser homosexual, contesté:

—Veo a la Eva de mis sueños hecha realidad —mis empalagosas palabras causaron el efecto deseado, fue como echarle gasolina al fuego. Me tomó de la camisa, me atrajo con ardor animal y me tumbó en la gran cama que, presurosa, aceptó de buen talante el peso de los dos. ¿Qué puedo decir? Que no os sonroja de envidia tantos años de reprimido matrimonio de apagar las luces, de si los niños, de si los vecinos, de si tengo la regla, de si te has lavado, que me haces daño, que por aquí no, que por allá tampoco, que me duele la cabeza y un sinfín de excusas que dan por resultado, que las rotondas estén llenas de chicas de vida alegre. Todos esos inconvenientes quedaron amortizados y con creces por esos momentos de lujuria desenfrenada.

Había un gran espejo en el que hasta ahora no me había fijado. Estaba en el techo a modo de capricho para poderse ver uno mientras retozaba en la cama. En un momento que la hembra me dio un respiro, pude ver el reflejo de una persona de cara de pocos amigos que nos estaba observando con fuego en los ojos. Lo vi reflejado por el espejo de la cómoda, que me devolvió la imagen al gran espejo del techo, como si fuera una gran pantalla de televisión. Tuve que interrumpir mi alocada cabalgadura sobre la grupa de mi ardiente hembra. Me puse el albornoz rojo chillón con motivos chinos y expedito fui en pos de semejante intruso.

El susodicho mirón se metió raudo en el gran salón. Cuando entré en el mismo, en donde el Jefe y los

demás estaban deleitándose con el alcohol y la compañía de las señoritas. El marido de Nicole le estaba susurrando al oído y, aunque no le oía, pero se me antojaba que sería este el *voyeur* que minutos atrás nos sorprendiera en el arte animal de la cópula. Con el dedo acusador de quien no admite dilación, el jefe malhumorado, me indico que me acercara.

—¿Qué te dije, Tiburón, al respeto de no meter la polla en donde la olla? —su cara era la misma que un marido engañado—. Ya te lo dije, que te folles a mi hija, vale, pero que le pongas los cuernos al Ruedas por ahí no paso. No quiero malos rollos entre los míos. ¿Entiendes?

—Bueno... Jefe... uno no es de piedra y la hembra pedía guerra...

—Ya lo sé, Tiburón, que junto al alcohol, las mujeres son tu punto débil, pero esta tiene dueño —su voz era más paternalista, pero no sin ser tajante. Tenía que estar a la altura de un hijo de perra, así que: a lo hecho, pecho. Respondí con tono chulesco, dirigiéndome al Ruedas.

—Amigo, el culo de tu hembra pasa hambre. Lo único que hice fue darle de comer. —lo miré directamente a los ojos y él no lo soportó, bajando la mirada—. ¿Alguna pregunta? —estaba pletórico, luego del revolcón me sentía invencible. No os podías ni imaginar lo que el sexo bien disfrutado puede hacer por un hombre. Lo renueva, así literalmente.

Bien mirado, creo que me pasé, pero el órdago estaba echado, así que a correr con las consecuencias.

El Ruedas y el Jefe iniciaron una acalorada discusión. Sus gestos entre aspavientos y gritos derivaron en una disputa de carreteros, indigna de la supuesta categoría que el hampón quería darse. Muy enfadado consigo mismo por dicha discusión me dijo lo siguiente:

—¡¡Tiburón!! El Ruedas te exige una explicación, esperando una disculpa para poder refinar sus palabras, que desde luego no son ni remotamente parecidas. No quiero herir tu sensibilidad de artista, pero debes disculparte como mínimo... —las palabras del Jefe sonaban casi a súplica, no quería perder a su flamante y cara adquisición, pero tampoco quería dejar sin una adecuada satisfacción a uno de sus mejores hombres. El criminal, en cuanto terminara su trabajo, desaparecería, pero su hombre estaría siempre a su lado y no era plan de tener a un hombre tan descontento, y menos por una mujer.

Le di vueltas al asunto, tantas que me jugaba la vida. Si el Tiburón era quien decían ser, creo que nunca jamás se disculparía, y menos con un mequetrefe que no sabía cuidar de su mujer. Si me disculpaba, perdería toda mi reputación. Si seguía en mis trece, pudiera ser que este cornudo me matara. En ambos casos lo tenía crudo hiciera lo que hiciera.

Yo era el Tiburón y lo tenía en el cuerpo y mente, así que decidí mantener su pabellón bien alto. No me disculpé y encima lo desafié.

Una locura, ¿verdad?

El sabor del peligro en el que nunca fui educado a soportar me estaba entrando tan hondo en mi cuerpo que mis miembros estaban repletos del acre sabor del miedo y el peligro, ahora eran mis aliados. Lo mismo que en una batalla, un soldado corre en pos del enemigo sin impórtale las consecuencias. De esos héroes estaban llenas las guerras. Yo era uno de esos soldados, valientes o locos, juzguen ustedes. Sí, vosotros; si me lo permiten, que las únicas emociones fuertes que les esperan en esta vida son las derrotas inesperadas de nuestros respectivos equipos de fútbol. Decidme, ¿cuándo fue la última vez que la adrenalina corrió por vuestros cuerpos?

En estas estaba yo cuando al Jefe se le iluminó la cara. Tenía una idea para que todos saliéramos lo mejor parados de esta digamos embarazosa situación.

Despidió a las chicas, ordenó correr las cortinas y apagar las luces. Mandó a todos fuera del salón, diciendo lo siguiente.

—Vosotros dos —nos señaló—, os meteréis dentro los dos solos, sin armas, a oscuras y solo uno saldrá vivo. Si dentro de diez minutos, abro la puerta y veo que seguís los dos vivos por lo más sagrado que os mando matar a los dos —nunca vi al Jefe hablar tan en serio, para él era muy doloroso acabara

como acabara el duelo, perdería un hombre, pero era mucho mejor zanjar el asunto de una vez por todas.

A grandes males, grandes remedios, y este era un gran mal, peor que un cáncer que debía extirpar con diligencia.

Al Linternas aquello le agradó de tal manera que dijo:

—Jefe, ¿podríamos facilitarles alguna arma blanca, algún martillo o maza o mejor, una motosierra? ¿Usted se imagina la carnicería a la manera de los gladiadores de la antigua Roma? —mientras hablaba se frotaba las manos pensando en un hipotético futuro en donde la sangre saldría por debajo de la puerta del gran salón.

Todos (menos yo) murmuraban aprobando sus ideas sanguinarias. El Jefe, muy enfadado y mirándoles por encima del hombro, como quien hablara a unas insignificantes cucarachas dijo lo siguiente:

—¿Es que no habéis aprendido nada? —sin esperar respuesta, prosiguió—. ¡¡Inútiles, imbéciles, pandilla de monos salvajes!! —me miró directamente, esperando mi aprobación—. Tiburón, explícales a estos desgraciados el porqué de mi cólera —antes de contestar, dejé un par de segundos. Quería ganar algo de tiempo para poder aclarar mis ideas.

El Jefe esperaba, los demás de seguro se preguntarían en dónde metieron la pata. Lo tenía claro, conociendo los aires de grandeza y apelando a su esnobismo dije lo siguiente:

—¡Sangre, mancharlo todo de asquerosa y pegajosa sangre! ¿Cuándo habéis visto que al Jefe le guste la sangre? Pensaréis que es un vampiro. A nuestro amado líder le gusta la moderación, la calma, la delicadeza, la inteligencia, el saber hacer y lo más importante, el arte del duelo entre dos caballeros. Como antaño con sus padrinos y toda su parafernalia —acerté, incluso sobrepasé sus expectativas, se hinchó tanto que temí que reventara de satisfacción.

—La verdad es que lo siento, Tiburón, eres como el hijo que nunca tuve, pero como tú has dicho tenéis que arreglar este malentendido como auténticos caballeros, por lo menos tú —miró desdeñosamente al Ruedas—. Aprende de un auténtico *gentleman* —el susodicho, rojo de rabia, solo quería acabar, y cuanto antes mejor. Lanzó un gruñido por toda respuesta, seguido de una mirada llena de odio que dirigió a mi persona.

El Jefe no quiso más dilación, nos mandó a los dos dentro del salón, decidió cerrar las puertas con llave y ordenó a los demás silencio absoluto.

CAPÍTULO IX (EL DUELO)

Por la boca muere el pez. Este era mi estado: por ser un bocazas estaba en la total oscuridad, por toda vestimenta me cubría por un estúpido y ridículo albornoz tan rojo como la sangre que no tardaría en derramar. De esa manera iba a acabar mis días, vestido lo mismo que un sarasa a merced de un auténtico asesino. No yo, que era de pacotilla. Conforme me movía, tropezaba con todo. Era tal el ruido que las risas de mi adversario no tardaron en oírse triunfante. Me lo imaginé saboreando una rápida solución a su maltrecha honra. Tardé un rato en acostumbrarme a la oscuridad. Por muy bien que estuvieran las cortinas corridas, unos tenues rayos de luz consiguieron hacerse paso entre el pesado terciopelo. Mi sentido del oído se agudizó de tal manera que yo mismo me sorprendí. Calculé que lo tenía bastante cerca. El pánico, en lugar de embotarme los sentidos, los agudizó. Parecía mentira, pero ni yo mismo me reconocí. Mi pecho subía y bajaba a un frenético ritmo, lo mismo que si me faltara el aire. La adrenalina que fluía por mis arterias era como un potente combustible que hacía que mi corazón bombeara sangre a toda máquina. El ruido del mismo se oía dentro de mi cabeza como si fuera un redoble de tambor. Las sienes se me movían como si tuvieran vida propia. Se me ocurrió tirarme al suelo y reptar a la manera de una serpiente, buscando un refugio que bien pudiera ser una mesa o algo en donde pudiera introducirme lo mismo que una rata huyendo de un gato juguetero.

Al fin conseguí meterme debajo de lo que parecía ser una sólida mesa. El pesado mantel de encaje, que llegaba hasta el suelo a modo de mesa camilla, me proporcionaba algo de protección. De repente noté un aire gélido, se me erizó el cabello temiéndome lo peor. Parecía que estuviera acompañado por algo, que aunque no tenía apariencia física, sí que ocupaba su espacio. Por decirlo de alguna manera, había una sombra acompañándome adentro de mi ratonera. Interiormente en mi cabeza, resonaron unas palabras. No oí voz alguna, pero sabía quién era.

Estaba muy enfadado conmigo mismo por mi torpeza y encima empezaba a añorar mi triste, segura y monótona vida. Una maldición se me escapó en voz alta:

—¡¡Maldita seas, Tiburón, no es este el momento de tocarme los huevos!!

—Serás idiota —dijo muy condescendiente—, no ves que vas a delatar tu posición, maldito imbécil, asesino de pacotilla. ¿Es que quieres morir? —era verdad. El Ruedas, al oírme, dijo muy sarcástico:

—Sigue hablando, pichón. Es como te llamaba mi mujer, ¿verdad? —sin esperar respuesta siguió hablando—. Como me caes bien, te prometo que no sufrirás. Será rápido e indoloro...

—Ni se te ocurra, imbécil —me dijo el verdadero asesino.

—Pero qué cojones haces. Sí, tú también me quieres ver muerto —le respondí con susurro apenas inaudible hacia donde me pensaba que se encontraba.

El Ruedas, viendo que no iba a rendirme, empezó a evocar su niñez, que por una de aquellas, a su modo de ver, se parecía de algún modo a esta situación:

—Recuerdo cuando mi madre, enfadada, me perseguía para darme una azotaina, recuerdo muy bien lo que me decía, para que me rindiera. "No corras que es peor". Eso por lo menos me decía mi madre y entonces, me tumbaba en el suelo esperando el castigo. Amigo, estate quieto y esto acabara pronto, te lo prometo —la verdad es que la oferta era tentadora, estaba cansado de todos y de todo, tenía un fantasma que me insultaba y se mofaba de mí, y a poca distancia un rufián de la peor calaña y fuera esperando a toda una banda de asesinos. Cuando estaba sopesando los pros y los contras. El verdadero Tiburón me hizo saber lo siguiente:

—Escúchame, panoli, yo te puedo sacar de este embrollo —¿era una luz al final del túnel o era un ardid para conseguir algo de mí? Nadie da nada a cambio de nada, y creo que un muerto menos. Pero no

estaba en posesión de hacerle asco a nada, por supuesto que acepté su ayuda.

—Te lo vuelvo a repetir: ¿a santo de qué me vas a ayudar? —una pregunta sencilla, incluso para un muerto.

—No sé... igual y quiero salvarme de alguna manera. Verás, las cosas desde aquí se ven diferente, no necesito nada de lo que en vida tenía. En ninguno de los conceptos, pero sí preciso blanquear de alguna manera mis actos en vida y la verdad me aburro... aquí todo es paz, no hay dolor físico, no hay hambre, no hay nada por lo que ambicionar ni siquiera puedo echar un buen trago y fumarme un puro. Y no hablemos de sexo, aquí no existe. No hay nada que ver, ni tocar. En conclusión, un asco. Cuando me enteré de que me suplantabas, hallé un motivo para revivirlo todo, a través tuyo, por eso me interesa mantenerte vivo, si mueres, muero yo definitivamente contigo... —bueno, hasta mí me pareció lógico. ¿O quería oír lo que me interesaba?

—Conforme. ¿De qué manera me va a ayudar si tú mismo me dijisteis que físicamente no puedes hacer nada?

—¿Recuerdas? Desde mi posición advierto lo que tú jamás percibirías a menos que te murieras, je, je, je —se rió de su propia jactancia, ya que yo maldita gracia la que me hacía.

El Ruedas se movía bastante bien, pero mi escondite de momento era bueno. Le intuí las piernas que pasaron muy cerca de mí, a la altura de mi cara. Agazapado en mi escondite, con mover un poco el mantel podía husmear a mi antojo. Sería cuestión de tiempo, al no encontrarme, pensaría en buscarme a ras del suelo.

—Rápido, Tiburón, se me acaba el tiempo. ¿Qué hago? ¿Cómo lo hago sin que me mate?

Mis palabras fueron susurradas con tal angustia que su gélida risa se metió muy hondo en mi mente. Me respondió:

—Tranquilo, no desesperes, quítate el calzado y sigue mis instrucciones sin rechistar. —luego de una pausa, siguió diciendo—. Ahora sales de tu madriguera y sigues recto, a los cuatro pasos te encontrarás con el cordón de la cortina. Es muy gordo y resistente, con cuidado lo descuelgas del adorno que le sirve de gancho, con mucho sigilo, que el otro no es tonto —así fue, descalzo y guiado por él, fui directo hacia la pesada cortina. En un lateral, como adorno estaba el gancho en el que atado estaba el cordón. Como había dicho era muy resistente—. Ahora es tu oportunidad, lo tienes de espaldas a dos pasos de ti. Le pasas con suavidad el cordón alrededor del cuello y aprietas, como si te fuera la vida en ello y no aflojes hasta que se quede inerte en el suelo.

Me puse en situación, ordené a mis manos máxima potencia, respiré hondo y conforme avanzaba, con sumo cuidado, me exoneré de cualquier culpabilidad por matar a un ser humano, era él o yo, me repetía incesantemente.

—Así es, pichón. Eres tú o él. Descuida, que el Todopoderoso lo comprenderá —terminó con su estridente risa digna de un barítono. Mi cabeza era una jaula de grillos entre la supervivencia y racionalizar el crimen.

Siempre pasa cuando piensas en lo difícil que es cualquier empresa, va y resulta que no es para tanto. En cuanto le pasé la soga al cuello, apretando con firme decisión y sin piedad alguna, solo tardé unos segundos en enviar al Ruedas al otro barrio. Yacía inerte en el suelo. Lo adiviné gracias a sus últimos estertores y al aviso del verdadero Tiburón, que una vez que divisó a su ennegrecida alma, me advirtió del final de mi eliminación.

Estuve unos segundos parado mirando estupefacto el cadáver. Unas horas antes estaba lleno de vida, bebiendo y disfrutando de las chicas y ahora su cara lívida con los ojos muy abiertos miraba a un punto indeterminado del techo. Dentro de mí, le mandé un mensaje de disculpas. Sentí lástima por él, pensé que quizás tuviera algún familiar o algún hijo o un perro o gato que dependieran de él.

—¿Qué te pasa, atronado? Sigue perdiendo el tiempo y verás lo que te pasa —al verdadero asesino le reconcomía mi sentimentalismo. Siguió diciéndome—. ¡Espabila! Llevas demasiado tiempo, si no sales

pronto, perderás lo ganado por haber matado a este tipo.

Me recompuse volviéndome a decirme que bien pudiera yo estar en su lugar. Decidido, fui hacia la gran puerta y la abrí de par en par. Con chulería, apareciendo sobrado y encantado de conocerme, hice una reverencia diciendo:

—Eh voilà, messieurs.

Mi público, rendido a mis pies, empezó a aplaudirme. Todos sin excepción me dieron las consabidas palmadas en la espalda. Un renovado respeto se adivinaba en sus semblantes de tipos duros y aguerridos asesinos. En especial el Jefe que, orgulloso de su adquisición, me exhibía presuntuoso, como si fuera su caballo pura sangre que acababa de ganar el El Grand Prix.

Al momento, el Jefe recordó algo que le hizo mucha gracia, dirigiéndose a mi persona me dijo:

—Sabes, Tiburón, me has hecho ganar algo de dinero y la satisfacción de reírme un rato de los pringaos, del Linterna, del Músculos, del Nene y del Bufón. Todos apostaron en tu contra y yo les acepté las apuestas.

El Jefe me pasó un brazo por los hombros, como si fuéramos camaradas de toda la vida y me confesó que no dudó un momento de mi victoria. Acto seguido, dirigiéndose a todos, mandó hacer desaparecer el cadáver y con un par de sonoras palmadas, dio por terminada la velada, invitando a todos a retirarse.

—Mañana, antes del mediodía, habrá ensayo general y por la tarde será el momento decisivo. Os quiero a todos al 100 . ¿Entendido? —su autoritaria voz no dejó resquicio alguno para cualquier duda o protesta. Por toda contestación, todos contestaron con algún gruñido de aceptación o bien con un movimiento afirmativo con la cabeza.

CAPÍTULO X (TIBURÓN)

Estaba muy cansado, ya era bastante tarde y quedaban largas horas para el ensayo general del día siguiente, así que pasé el cerrojo de la puerta para evitar cualquier intromisión de vivos, ya que de muertos no estaba en mis manos. Un bendito sopor se apoderó de mis sentidos. No tardé en rendirme en los brazos de Morfeo, que me acogió en su seno lo mismo que una madraza. Me dormí profundamente, tanto que no me molestó siquiera el fantasma del verdadero Tiburón, que como siempre andaba de aquí para allá fastidiando con sus bromas.

En un momento del sueño que no pude precisar, tuve una fantasía o una pesadilla, según como se mire, pudiera ser en un momento de duermevela, pero lo viví de forma muy real.

Iba como surcando el aire a una pereza velocidad, desde mi altura observaba las inmundas y sucias callejas de un barrio de mi ciudad. Mi visión, si así se puede decir, era algo borrosa. Una neblina me obligaba a agudizar la vista o eso pensaba yo que debería hacer. No es que fuera una zona que yo frecuentara, pero la conocía por la mala fama que le precedía: calles mal iluminadas, basuras, gente de mal vivir, manchas de orines y maullidos de gatos riñendo por las hembras en celo.

Planeando con parsimonia, dejándome mecer como una hoja llevada por la brisa, llegué delante de lo que parecía ser un establecimiento. Agudicé la vista, me esforcé todo lo que pude y entre manchas, pude deletrear el rótulo de neón que anunciaba el nombre del local. Era el de un hostel. La humedad resbalaba por sus paredes de pintura desconchada y viejos anuncios de papel que se despegaban, como si fueran lenguas largas y burlonas. Todo su aspecto denotaba el estado de decrepitud en el que estaba sumido.

Entré flotando por una gran puerta de madera y cristaleras, que tuvieron su época dorada hacía mucho tiempo. Un desvencijado mostrador en el que descansaba una especie de recepcionista con los brazos apoyados, con signos evidentes de estar dormido. El individuo que, roncando a placer, solo se le veía la calva rodeada por unos brazos llenos de tatuajes trasnochados, que hacían juego con la decadencia de la decoración del establecimiento. Sus bufidos movían el libro de registro al que las hojas parecían tener vida propia. Directamente como movido por un imán, fui flotando con pereza hasta el segundo piso. Me paré delante de una puerta, el número estaba pintado con trazos grotescos que apenas pude distinguir: "18" rezaba, en un color negro que destacaba encima del color blanco envejecido de la puerta. Me pregunté cuál sería la causa de venir hasta este punto y si pudiera traspasar la puerta. El caso es que fue pensado y hecho. La atravesé tan fácilmente que dudé de que hubiera existido de verdad, pero lo que sí era evidente, una vez dentro tumbado tal largo era, estaba un tipo corpulento vuelto de espaldas con las manos crispadas en un vano intento de aferrarse a algo inexistente.

No estaba solo. No lo advertí al entrar, pero fue una sorpresa. Al lado del cadáver estaba el Ruedas con su dedo índice extendido señalando al muerto. Sin ninguna palabra ni expresión en su rostro inexpresivo como un muñeco de cera.

Me desperté sudado, desorientado. Acudí rápidamente al cuarto de baño, oriné como nunca jamás lo hubiera hecho. Abrí el grifo del lavabo, con ambas manos recogí agua fría y me la eché en la cara. Tomé la toalla, rugosa por la falta de suavizante. Con ella me sequé y me restregué con vigor los ojos en un intento de espabilar. Me miré al espejo. En un primer momento no me reconocí. Ese que me estaba mirando no era yo: yo era una persona normal, del montón, luchando e intentando vivir moderadamente bien. Odié a ese tipo que me miraba con esa cara sin afeitarse, con esos pelos alborotados, unas enorme ojeras marcaban sus ojos, unas arrugas surcaba su despejada frente y lo peor es que se me parecía demasiado. Cuando discurrí que seguía siendo yo y nadie más me vino a la mente la pesadilla. Sabía en dónde se encontraba ese antro de mala muerte, pero tenía que salir de este agujero.

¿Cómo pensaba salir?

Me sosegué, respiré más despacio, intenté aclarar mis ideas, pero una sarcástica risa me sacó de mis cavilaciones.

—De veras, sabrás cómo salir de aquí —allí estaba el hijo de perra, aunque muerto no dejaba de pensar como un vivo y actuaba como tal.

—Por supuesto —le contesté más seguro de mí mismo—. E indirectamente tú me vas a ayudar.

—¿Cómo? —me preguntó extrañado.

—Muy sencillo, siendo tú o mejor dicho, siendo mucho mejor que tú —me salió de carrerilla poniéndole voz de sabelotodo de la clase.

No tenía un plan preconcebido ni nada por el estilo, pero sí que sabía que tenía que echarle redaños si quería salir de aquí.

Salí de mi habitación con el mayor sigilo que pude. El cabronazo del verdadero Tiburón me acompañaba burlón en un intento de desmoralizarme. Ni puñetero caso, estaba muerto y, además, ahora sabía dónde estaba su cadáver. Aquello le ponía de los nervios. ¡Claro, ustedes se preguntarán! ¿Los muertos tienen nervios? Este parecía que sí, no paraba de echar pestes y bufidos de protesta.

—¡¡No pienso ayudarte ni lo más mínimo!! —me repetía muy altanero.

Necesitaba un vehículo y sabía dónde buscar. En el semisótano de fácil acceso desde la casa guardaban los transportes y como sospechaba, las llaves de los mismos estaban al alcance de cualquiera. Era tanta la confianza que tenían dentro de sus dominios que nunca pensarían que les fueran a robar alguno de los autos.

Las llaves son de las antiguas, de las que necesitas meter en la cerradura de la magnífica berlina, nada de modernidad, pero sí de una gran funcionalidad. El potente motor rugió con potencia. De momento, respondió con algo de nerviosismo debido a mi completa ignorancia para conducir semejante carruaje. En cuanto me acerqué a la puerta de salida del estacionamiento, automáticamente el portón se abrió. Mucha comodidad, pensé. A la altura de la categoría del lugar, me contesté a mí mismo.

Salí del garaje despacio, pero sin pausa para no hacer nada más que el ruido necesario. El sonido de los neumáticos en contacto con la gravilla del camino sonaba estridente a mis acongojados oídos. Cuando divisé la garita del guardia, sabía muy bien que estaría armado hasta los dientes. La única forma de salir de aquel lugar tenía que ser por la puerta. No había otra, así de sencillo, pero, claro, el guardia tendría que colaborar dejándome salir.

¿Cómo convencerlo?

He aquí la segunda parte de mi plan. Ni puta idea, me contesté. Improvisaría o tendría que ser una versión mejorada del mismísimo Tiburón. Lo segundo mejor. ¿No os parece?

A mí desde luego me convencía mucho más, así que allá fui. Me preparé mentalmente y puse la cara de despiadado asesino.

Al llegar a su altura, pude comprobar que era el Músculos el que estaba de guardia. Un punto a mi favor. Tenía la esperanza de que su fuerza desentonaría con su inteligencia, así que probé suerte.

Estaba medio dormido, en cuanto se dio cuenta de que era yo, se puso más tieso que si fuera su comandante jefe. Se disculpó, pero en cuanto se repuso se debió de preguntar qué hacía aquí y a dónde iba tan tarde. No le dejé opción a que me preguntara. Opté por un ataque, que es la mejor de las defensas. Me puse serio y mirándole directamente a los ojos, le expliqué muy fríamente que necesitaba salir para un asunto urgente que no admitía demora. En un primer momento pareció que lo convencí, pero mirad por dónde me salió suspicaz. No lo tenía claro, a lo que me dijo que tenía órdenes muy estrictas de no dejar salir a nadie y a mí, debido a mi fama de mujeriego y alcohólico, menos todavía.

—Tengo que salir es un asunto muy importante —le repetí algo angustiado.

—Me la juego, Tiburón —me contestó muy decidido. Me di cuenta de que en su cerebro,

aparentemente de mosquito, empezaba a fraguarse una idea que de seguro le estaba reconcomiendo desde hacía algún tiempo. Parece ser que para él, estaba bien, pudiera ser una oportunidad—. ¿Qué gano yo con todo esto, Tiburón? —lo calé y deduje que de alguna manera me admiraba.

—Si me dejas salir, en cuanto pueda te enseño de qué manera eliminé al Ruedas —era una buena oferta. La verdad, no corría muchos riesgos. Si todo iba bien, nadie tendría que enterarse y estaba el premio: saber la técnica de un afamado asesino sería para él de mucho valor, y lo más importante, que aparte de mí, sería el único que lo supiese, ya que muchos me lo preguntaron y a nadie se lo dije, entre otras cosas porque no tenía ni puñetera idea, je, je, je. Se rascó el gran y duro mentón, como para darse algo de importancia, fingiendo pensar lo que ya tenía decidido. No dijo nada más, me guiñó un ojo en un claro signo de complicidad, apretó un botón y se abrió la puerta.

Otra dificultad a añadir a las demás. No sé cómo me las apañaría para enseñarle a este gorila nada que no fuera echar a correr... Bueno, me dije, un problema detrás de otro. Todos a la vez no...

Al que no advirtió fue al verdadero asesino, que, presto y sin invitación, se coló en el asiento del acompañante. En todo el viaje, no me dejó escuchar la radio, incluso, por lo visto tenía el poder de interferir en las onda hertzianas. De esa manera se dejaba oír por todo el habitáculo del vehículo.

Dejé el campo y me adentré en la ciudad. Enseguida el olor de la contaminación me anunció la llegada a la supuesta civilización. El contraste fue algo molesto, acostumbrado por unas horas al aire de la campiña, fresco y limpio. Aunque era de madrugada el buen tiempo acompañaba al deambular por sus calles. Mi coche llamaba la atención, su lujo junto a su antigüedad hacía que los animados transeúntes miraran con curiosidad el grácil paso del auto. Estaba henchido de orgullo, quien me viera ahora hecho un hampón famoso y con semejante vehículo, sería la envidia de propios y extraños.

Alejé todos esos elogios hacia mi persona, procurando centrarme en mi misión, que no era otra que deshacerme del cadáver antes de que otro lo encontrara. ¿Cómo? Ni puta idea. Sobre la marcha y apelando a la suerte de los tontos, me dije en una clara forma de darme ánimos.

Conforme las calles se volvían más estrechas, sabía bien que mi objetivo estaba cerca. Luego de dar un par de giros y evitar a unos transeúntes con evidentes signos de embriaguez, conseguí llegar a mi destino. Era tal y como en mi premonición, quizás más decadente. Subí los cuatro escalones de la entrada. La mortecina luz que daban unas desvencijadas farolas flanqueado la entrada, combinada con los olores de la boca de alcantarilla cercana, el calor, las moscas que, como andanadas de cazas japoneses, atacaban con denodada saña, le daban al lugar un aspecto tan deplorable, que me pregunté cómo un asesino de tanta calidad se alojaba en semejante antro.

A mi derecha estaba el recepcionista, en frente las escaleras que me llevarían al segundo piso. Ya vislumbraba en mi mente la puerta y el número de habitación cuando a mis espaldas una voz me sacó de mis pensamientos.

—¿A dónde se cree usted que va? —el recepcionista, al que me creía que seguía durmiendo, se levantó como si fuera una ágil gacela y con solo dos pasos se puso a mi altura. Era de cara cuadrada, ojos turbios, nariz puntiaguda, calvo, con cuatro pelos ridículos en lo alto de su cráneo, de brazos cortos, pero bien fornidos. Deduje de un rápido vistazo que antaño debió de ser un boxeador venido a menos. Parecía increíble que todavía poseyera esa ligereza. Estaba allí delante de mí desafiante, dispuesto a darme un mamporro si fuera necesario. Busqué en mi mente alguna excusa, algo para salir del paso.

—Soy el Rajao —se lo espeté de forma que quedara claro que no me acojonaba, aunque por dentro estaba cagado de miedo. Me miró de arriba abajo, lo mismo que un escáner. Resopló, arqueó las cejas, arrugó la frente y finalmente, esbozó una media sonrisa.

—Sí, recuerdo ese nombre, hablamos usted y yo hace unos días. ¿Qué se le ofrece? —aunque dulcificó su talante, estaba en guardia. Realmente nunca me había visto y supongo que dedujo que más valía

preguntar antes de atizar. Menos mal que su discurrir fue cauto, no quiero ni pensar un puñetazo suyo partiéndome la boca.

—Tengo una cuenta pendiente con mi hombre —le puse el tono adecuado para dar a entender que debía ajustar la conducta de mi subordinado. Pareció comprender, ya que me hizo un claro signo de que siguiera mi camino, pero todo tiene un precio y ese servicio no entraba en el precio de la habitación. Comprendí que su discreción no era gratis, rebusqué en mis bolsillos y como siempre no disponía de una cantidad decente, no era plan de insultar a semejante individuo, así que de nuevo se me amontonaban los problemas. Claro, no iba a preguntar si admitían tarjetas de crédito... Ridículo, ¿verdad?

El antiguo boxeador se estaba impacientando, claramente pude sentir sus resoplidos, parecía un toro bravo a punto de embestir. Entonces como siempre pasa, la necesidad es más importante que el ingenio. Una musa vino a darme la solución, fue como un chispazo de inteligencia, una idea venida del apuro. Puse mi cara muy cerca de la suya, advirtiéndole sus asquerosos granos, casi le escupí mientras hablaba. De momento, la sorpresa lo acojonó un poco, retrocediendo hasta tocar la pared. Le dije lo siguiente:

—¡¡Me manda el Jefe!! —se quedó como atontado, en su cerebro de mosquito empezó a germinar el miedo que le dio ese nombre—. ¡¡Sí, ese Jefe, dueño de todo lo que ves, ese mismo que cuando llegue a sus oídos de que me estorbas en mi misión, desaparecerás de la faz de la tierra!!

—Pero... Señor Rajao haber empezado por allí, por favor, siga su camino y con sus asuntos, nada me hará más feliz que verle contento. Disculpe a este viejo y desconfiado boxeador. De tantos mamporros que ha recibo no le llega la sangre al cerebro —acto seguido, fue al mostrador y me tendió la llave maestra, sin que se la tuviera que pedir. Con una reverencia de lo más ridícula me cedió el paso. Tengo que confesarlo, lo de la llave lo pensó por mí. Otra vez la suerte me ayudaba.

¿O era el miedo que me tenía? ¡¡En fin, no te engañes, idiota!! ¡¡De buena te has librado!! Me dije a mí mismo. Conforme subía los escalones, le di vueltas a mi situación. Fue una gran suerte que este hombre tuviera negocios con el Jefe. Con esto me di cuenta de lo peligroso que era y, por supuesto, mi vida estaba en manos de la providencia, nunca mejor dicho.

¿Por qué no escapaba? ¡¡Estaba fuera de la gran casona, tenía vehículo!! ¿A qué esperaba?

Como he dicho antes, en este momento era alguien. Ahora bien, el precio pudiera ser que fuera muy elevado, pero por una vez en mi vida me sentía vivo. De los años vividos atrás, ninguno tenía la calidad de las últimas horas.

Subía a grandes zancadas, seguro de mí mismo, henchido de amor propio. En dos palabras, me comía el mundo. Ante eso, estaba protegido con la armadura del amor propio. La más potente de todas, que ni las balas ni las desgracias conseguirían traspasar.

Abrí la puerta. La destartada habitación hacía conjunto con el estilo decadente de esta pensión de mala muerte: un armario con la portezuela medio abierta mostraba una hilera de ropa de dudosa calidad colgada en percheros de plástico. Acompañaban el conjunto una mesita de dos cajones. Encima de ella, una lamparilla con la tulipa de un amarillo chillón que todavía estaba encendida, al lado, la cama de 90 cm. con las mantas y sábanas tiradas en el suelo, como si su ocupante hubiera salido de la misma a rastras. En el suelo encima de la alfombra, el cadáver del Tiburón como en mi ensoñación: vuelto de espaldas, solo con la ropa interior. Deduje que le sobrevino el ataque en la cama y en un acto desesperado por pedir ayuda se dejó caer de la misma, arrastrándose y acabando su vida encima de la alfombra. Alrededor del cuerpo una gran mancha de humedad amarillenta sobresalía de debajo del despojo. El olor acre del orín me reveló que sus esfínteres se relajaron al morir. El cuerpo ya empezaba a oler. La lividez cadavérica junto con el rigor mortis lo tenía más tieso que la mojama. Sus manos estaban crispadas en un último intento de aferrarse a la vida, parecían las raíces de algún árbol muerto.

—¿Te ayudo? —repuso burlón el verdadero Tiburón.

—¿Por qué no te vas al infierno? —contesté muy cabreado mientras intentaba enrollar el cuerpo con la alfombra. Por toda respuesta su risa sonaba en mis oídos como si fuera un taladro.

—Peso, ¿verdad? —sí que pesaba el hijo puta. Siguió martirizándome—. Ahora me alegra más que nunca de no haber guardado nunca la línea. ¡Ja, ja, ja! —Qué bien se lo pasaba a mi costa.

Entre maldiciones y bufidos por el esfuerzo, me lo puse al hombro. Fue peor que llevar una barra de hielo, estaba más tieso que una barra de hielo y pesaba como un muerto, nunca mejor dicho y olía... ¡Señor! Cómo apestaba el condenado.

—¿Qué vas a hacer con mi cuerpo, sabiondo? —encima de cargar con el muerto, tenía que aguantar a su gracioso fantasma.

—No sé, dame tú una idea —le contesté entre resoplidos por el titánico esfuerzo.

—Quiero un entierro digno, aunque no lo creas, tomé la 1ª comunión...

—¡¡Vamos, no me jodas!! Que tú, un famoso criminal, creas en estas cosas.

—Por supuesto y te diré más, pensaba retirarme después del trabajito, así que me debes una.

—Pues no va a ser posible, señor mío. Te pondré algo de peso y acabarás en el fondo del lago, dando de comer a los peces. Je, je, je... —me salió ni que bordado.

Para el antiguo boxeador, ver a una persona cargado con una alfombra, jadeando por el esfuerzo y encima hablando solo. Aquello no podía ser normal (dentro de la anormalidad de este antro, claro), pero era tal el respeto o más bien el temor al Jefe de los hampones que decidió mirar para otra parte. No sin antes dedicarme una sonrisa de falso anfitrión.

Salí por la puerta principal: sudoroso, maldiciendo entre dientes y soportando el peso muerto del cadáver del Tiburón enrollado, lo mismo que si fuera un rollo de primavera dentro de la chillona alfombra de horrible imitación oriental. Por suerte, las calles estaban desiertas y si por casualidad apareciera alguno, estoy seguro de que seguiría con sus asuntos. Lo tenía muy claro en este barrio. Era indudable que había una ley no escrita al respecto.

Abrí el maletero de la berlina y descargué el fardo. Tuve que masajearme los entumecidos músculos de los brazos, que se estaban poniendo morados por la falta de riego sanguíneo.

CAPÍTULO XI (¡¡QUIERO UN ENTIERRO DECENTE!!)

Arranqué el motor, que ronroneó como un gatito satisfecho. Busqué en la radio una emisora de sosegada música clásica. Necesitaba al amigo Beethoven, algo tranquilizante que me susurrara al oído. Cuando estaba fascinado, escuchando las primeras notas del *Moonlight Sonata*, un grito estridente empañó la magnífica música, con una frase repetida con metódica frecuencia. Era el fantasma del verdadero asesino que, aprovechando el poder interferir en las ondas de radio, no paraba de repetir que quería un entierro decente, bajo amenaza de seguir hasta mi agotamiento.

La verdad, como le dije antes, pensé en ponerle peso y tirarlo al lago. Luego los peces harían el resto. Asunto concluido, jamás lo encontrarían. Ahora, el martirio al que me estaba machacando era de lo más infernal. Estaba sopesando los pros y los contras y desde luego, no era plan de no escuchar nunca una radio so pena de oír los lamentos del fantasma...

¡¡Qué demonios!! Me contesté a mí mismo. Le debía una, si no llega a ser por él, no hubiera vencido al Ruedas.

El cementerio municipal no andaba lejos. Puse rumbo al mismo y en un par de minutos estaba delante de la gran puerta de hierro forjado. Eran dos hojas majestuosas que llegaban a medir una barbaridad para poder sortearlas.

Allí estaba yo como un pasmarote observando a ver de qué manera conseguiría abrirlas cuando el fantasma me dio la solución:

—¡¡Atontado!! Mira en el maletero, igual y hay alguna herramienta que te sirva o algo por el estilo.

—Vale, vale, no me metas presión que el sitio acojona. ¿A ti no?

—Pero si estoy muerto, imbécil.

El aire gélido de la madrugada, junto con los ruidos de animales y otros que mi imaginación ponía de propina, me ponían los pelos de punta.

—Además, no estamos solos —insistió misterioso.

—¿Cómo dices? —pregunté cada vez más aterrado.

—Tú no los ves, pero yo sí: allí están todos esperando la visita de familiares, esperando a que alguno los recuerde, dándole tiempo al tiempo...

—¡¡Tiburón, vale ya de acojonarme!! ¿Quieres o no quieres un entierro decente?

—Está bien, cobarde —me contestó con voz aflautada.

Mientras miraba a todas partes forzando la vista por si veía algo entre las sombras de las lápidas que se divisaban entre los barrotes de la verja, me dirigí al maletero de la berlina. Efectivamente, entre varias cosas, había una gran ganzúa de metal apropiada para forzar el candado de la puerta. No se resistió mucho, en un buen movimiento rompí la cerradura. El chirriar de la puerta al abrirse me hizo rechinar los dientes, poniéndole todavía más terror a la situación.

—¿No pretenderás que te cave una tumba con semejante artilugio, verdad? —le pregunté muy azorado.

—¿Por quién me tomas, cerebro de mosquito? Con la ganzúa puedes profanar la entrada a cualquier panteón. ¿Qué te pensabas? Uno tiene su categoría.

Había varias hileras de nichos y en el medio, entre los cipreses de rigor y varias losas, había algún que otro sepulcro.

La estampa era de lo más esperpéntica, yo cargado con la alfombra al hombro y en la otra mano sostenía el hierro. Menos mal que nadie me vio, de seguro que hubiera muerto de risa. A duras penas caminaba por el sendero de cipreses. La luna en todo su esplendor nos alumbraba lo justo para no tropezar. El juego de las sombras de los árboles formaba un ejército de juguetonas manchas que hacían

que mi imaginación se desbocara, percibiendo lo que mi mente en su febril angustia me hacía ver. Con unas ganas terribles de salir corriendo, apremiaba al asesino en abreviar y elegir de una vez por todas en dónde quería que sus huesos descansaran por toda la eternidad.

Por fin, un ángel de mármol blanco en lo alto del mausoleo decidió el gusto del Tiburón. Quedó satisfecho y me ordenó que forzara la puerta. Dentro, como si fueran estantes de una tienda de ultramarinos, estaban los nichos. Las lápidas de los mismos estaban atornilladas a la pared. Eligió el primero, en donde la casualidad quiso que su inquilino tuviera su mismo nombre de pila. Con la ayuda de la ganzúa, le di la vuelta a los tornillos que eran del tipo palomitas. La condenada lápida pesaba lo suyo y no sin un tremendo esfuerzo la conseguí descargar en el suelo. Menos mal que era el primero y su altura respecto al piso era de pocos centímetros, que si llega a ser el sexto, que se hallaba a casi dos metros, lo hubiera tenido crudo.

El inquilino del nicho no estaba para muchos trotes. Su aspecto delataba que ya hacía bastante tiempo que abandonó este mundo de penurias. En cuanto descargué al nuevo ocupante, junto con la alfombra y las ganas de no volver a llevar peso en mi vida. Era tan delicado su estado de conservación, que el peso del nuevo cadáver lo aplastó de tal manera, que una nube de polvo se esparció por todo el recinto, haciéndome toser y lagrimear de asco y repulsión.

¿A qué saben los restos de despojos? Se me revuelve el estómago nada más que recordarlo.

Luego de las toses y escupitajos, intentando quitarme ese mal sabor de boca, atornillé de nuevo la losa.

—¿Dirás unas pocas palabras, no? —me preguntó el asesino muy fanfarrón.

—¿De qué vas, Tiburón? ¿No he hecho ya bastante? —le contesté muy aireado.

—Hombre... la situación lo requiere. ¿No? —me contestó con voz inocente.

—¿Y qué coño quieres que diga? —le respondí cada vez más molesto.

—Cuándo uno muere y lo entierran, siempre se dice lo buena persona que era. ¿No?

—¡¡Qué cojones quieres que diga de ti si no te conozco, aparte de que eres el más grande hijo de perra que me he echado jamás a la cara!! —ya gritaba exasperado.

—¡Ja, ja, ja! Tienes toda la razón, atontado, así es como quiero que me recuerden —estuve un buen rato oyendo las carcajadas, que la verdad hasta a mí me contagiaron, así que acabamos los dos riéndonos de la situación. No sé si había algún guardia vigilando el cementerio, pero os puedo asegurar que de haber habido alguno, oyendo las risas y carajadas saliendo del mausoleo, quiero pensar que hubiera puesto tierra de por medio.

Luego de secarme las lágrimas de tanto reír, entre hipos y risas ahogadas, le dije lo siguiente:

—Bueno... ahora que tienes lo que querías, me dejarás en paz. ¿No?

—¿Rezarás por mí, encargarás alguna misa? —sus palabras me sonaban a pura sorna. Aunque deduje que en realidad su petición estaba disfrazada y que escondía una gran preocupación por el futuro desconocido que le esperaba.

—Me imagino que vendrá algún familiar a recibirte —le contesté a modo de tranquilizarlo.

—¿Familia? No creo, me los cargué a todos. Je, je, je —su sarcasmo iba en aumento, ya me daba miedo preguntar. Pero alguno tenía que haber que lo apreciara, vamos, digo yo...

De repente, luego de cavilar la forma de librarme de semejante problema, incluso había pensado en ver a un sacerdote para que lo echara a los infiernos o donde fuera. Su voz, que ahora era apasionada e ilusionada, me sacó de mis cavilaciones:

—¡Veo una luz! —me dijo muy exaltado—, brillante como mil soles, pero no me quema, es acogedora y me atrae con mucha fuerza.

—¡¡Ve a la luz, ve!! —le dije de forma apremiante y rezando en mi interior para que no se desviara de su camino.

Por fin me libré del Tiburón, engorroso asunto del que me felicitaba por mi buen hacer. Dentro de mi

interior le guardé un pequeño lugar en mi corazón, después de todo me salvó la vida, aunque fuera para divertirse, o eso fue lo que quiso darme a entender. No es que su vida hubiera sido un modelo a seguir, de seguro que los había peores que él. Estaba contento, miré al cielo y descubrí que el crepúsculo matutino estaba próximo. Lo mismo que si fuera un vampiro, me entraron las prisas por largarme de allí. Fui raudo al auto y como alma que lleva el diablo me presenté delante de la puerta de la mansión.

El Músculos estaba en su puesto, más o menos despierto. En cuanto se dio cuenta de que era yo me abrió la verja. Me saludó guiñándome un ojo a modo de complicidad. Le devolví el saludo y me pregunté de qué forma compensaría su digamos colaboración más o menos voluntaria.

Tuve bastantes aventuras por aquella noche, sigilosamente subí a mi habitación, me quedaban unas pocas horas para el desayuno... Me dormí, fue tan profundo que no recuerdo haber soñado...

Nos levantamos bastante tarde, estábamos todos menos el Jefe y su hija, pregunté por ellos. Me miraron de forma muy extraña, como si la pregunta estuviera fuera de lugar. Al fin, y debido a mi insistencia y mi cara de incredulidad, me contestaron que al Jefe y su hija jamás se les veían de día. Las órdenes eran tajantes, bajo ningún concepto se les podían molestar. El Bufón fue muy explícito, mirándome tan amenazador que sus palabras adquirieron un marchamo de absoluta ley inviolable.

Luego manifestó más órdenes a los demás de seguir ensayando con el proyecto hasta su perfecta sincronización. Estuvimos examinando de nuevo todo el plan una y otra vez hasta que el Bufón se dio por satisfecho.

Pasado el mediodía, comimos con mucho apetito. El comedor estaba lleno de señoritas que, alegres como mariposas, alternaban de uno a otro. Las chicas, con sus exuberantes figuras y sus escandalosos trajes (eso sí, de color negro) casi transparentes, se contoneaban de aquí para ya. Eran las únicas que guardaban un cierto decoro al difunto (vamos, si se le puede llamar así, ya que os puedo asegurar que levantarían el ánimo al más pintado de los muertos). Al pobre Ruedas lo eliminaron de la faz de la tierra y de sus memorias con el práctico y definitivo método del ácido sulfúrico, y todo lo relacionado con él desapareció en una gran caldera que ni los nazis soñarían poseer. A las enlutadas se les podrían llamar de todo menos afligidas. En la comida me tocó una a cada lado. Las viandas y la bebida corrían generosamente. Las demás chicas se repartieron entre los hampones, dándoles de comer como si fueran madres solícitas. Todo hay que decirlo y el ambiente de lujuria y de gula corría a sus anchas en esta mansión.

¿Quién es el guapo que se resistiría a semejante bacanal?

Lo confieso, la carne es débil y me entregué en cuerpo y alma a todos los placeres que la ocasión me brindaba. Estaba claro que los hombres del Jefe estaban bien atendidos ante una misión tan importante.

Las enlutadas, presas de las calenturas y viendo que las demás disfrutaban de mi presencia, no paraban de competir entre ellas. Ya que yo era una presa especial y debido a mi ganada fama de asesino, despertaba todavía más sus instintos animales. Lo de haberse acostado la noche anterior con la hija del Jefe no tenía ni punto de comparación con lo que ellas querían en este momento.

Después de la comida, el Bufón, siempre siguiendo las disposiciones dadas con anterioridad por el Jefe, ordenó sin replicaciones que la siesta era sagrada y de obligado cumplimiento. Tendríamos que salir sobre las 21 horas. La recepción del afamado deportista sería sobre las 22 horas. A las 20 horas todo lo más, todos deberían presentarse en el salón para ultimar los detalles.

Me encerré en mi habitación, tuve mucho cuidado en asegurarme de haber pasado el cerrojo. No quería visitas inoportunas. Estaba tan saciado y extasiado que la visita de otra fémina acabaría con mi exigua salud...

A solas, repasé todo lo acontecido hasta ese momento y me imaginé lo demás. Una enorme congoja se apoderó de mí, unas tremendas ganas de vomitar acudieron desde mi repleto estómago, queriendo salir

con urgencia desmedida. Fui corriendo al baño, levanté la tapa, me vino muy justo un chorro de bilis junto con la comida a medio digerir, salió de mis entrañas a una increíble velocidad. Después de varias arcadas, estaba sudando. Un acre olor de ácidos estomacales me dio en las narices. De nuevo me entraron ganas de vomitar, pero ya no tenía nada, y era peor si cabe. En cuanto me repuse un poco, libré una lucha interior entre mi sensatez y mi delirante mente. Dentro de mí, una risa burlona y sarcástica acompañaba mis arcadas. «Me decepcionas, mentecato. ¿No eras tú el famoso y cruel asesino?».

Mis propias carcajadas me atronaron el sentido. Entre la vomitera y el dolor de cabeza producido por mis miedos e inseguridades, me dispuse a tumbarme en la cama en pos de una reparadora siesta. Debido al cansancio, los acontecimientos de la noche y las ganas de evadirme de todo entré en un sopor. Más que dormir, descansé.

CAPITULO XII (EL SECUESTRO)

Eran las 19 horas, me levanté con parsimonia, acudí raudo al cuarto de baño, me asee y oriné de un color y olor bastantes fuertes. Fuera de lo normal, cavilé. Estuve durante unos segundos meditabundo, quizás aquello fuera debido a todo el trajín de las horas anteriores. Puede que el alcohol ingerido en abundancia o las drogas a las que no estaba acostumbrado.

¡No quiero ni especular con una enfermedad venérea! ¿Las chicas estaban en condiciones?

Bueno, me dije a mí mismo, puede que esta noche no salga de esta vivo... Que me quiten lo bailado, me contesté. Por la gran ventana de mi cuarto observé cómo el día perecía, mostrando una gama de colores entre marrones y rojizos. Los rayos agonizantes del sol luchaban entre las nubes preñadas por hacerse ver en una disputa de auténtica supervivencia por hacer durar el día más de lo debido. Pronto pensé que las tinieblas ganarían la batalla y todo sería pasto del pasado. Una nueva noche lo envolvería todo con su negro manto.

Bajé y allí estaba el Jefe y su hija, repartiendo mamporros a diestro y siniestro. Algo no les gustaba y desde luego yo no tenía la culpa (bueno, la verdad, algo sí tenía que ver). Sus órdenes no fueron cumplidas a rajatabla y lo que vio le disgustó tanto que su tez normalmente pálida adquirió un tono rojizo de pura ira. Su hija asentía sus palabras a la vez que miradas de auténtico reproche dedicó a mi persona, de seguro que le contaron mis andanzas a la hora de la comida... y qué comida, literalmente, me lo comieron todo...

—¡¡No habéis aprendido nada!! —repetía sin cesar.

Por lo que deduje era que los ensayos de la tarde no fueron satisfactorios, ya que la mayoría se levantó de la siesta medio beodos.

En cuanto me vio, me puso de ejemplo a seguir. Lo que no sabía era que yo estaba peor que los demás, pero la vomitera de alguna manera me desintoxicó de toda la porquería tomada antes.

Nos metimos todos en el auto. Entre que no estaba el Ruedas, que era el conductor oficial, y que tampoco se fiaba de los demás y a mí me reservaba para lo más importante, decidió conducir él mismo.

El ruido de gravilla y el ronroneo sutil del auto fue acercándose a la garita. En la misma, el Músculos dormitaba. Yo pensaba que el Jefe perdería los nervios al ver semejante indisciplina, pero no, se sonrió.

—Lo ves, Tiburón, como estoy rodeado de una pandilla de inútiles —lo dijo riéndose entre dientes.

—Lo espabilo, Jefe —habló el Nene.

—Sí, pero con suavidad, que después de perder al Ruedas me faltan hombres.

El Nene estaba de buen humor, rodeó la garita, dándole un buen susto al Músculos, que se cayó de la silla con tal estrépito que la risa se apoderó del grupo. El Jefe dio por buena la cómica situación y mandó al Músculos que subiera. Cabizbajo y abochornado se situó detrás, junto al Bufón, al Linternas y a la ninfómana, que decidió acompañarnos a falta de su marido. El Nene activó la apertura de la verja y salimos. Paramos y lo esperamos, en cuanto se acomodó, junto a los demás, le dije al Jefe algo extrañado:

—La guarida se queda vacía, Jefe.

—No te preocupes, Tiburón, el Nene ya se ha encargado. ¿Verdad, pimpollo? —dejó caer la pregunta para que la recogiera su subordinado.

—Así es, Jefe, la corriente está conectada. Cualquiera que toque la valla o la verja quedará frito al instante.

Todos y cada uno asintieron satisfechos de su impenetrable fortaleza.

La verdad, me pregunté, qué pasaba cuando la garita estaba ocupada y no conectaban la corriente. Se fiaba el Jefe de sus hombres o bien se entregaba a su fama, que le precedía allá donde fuera.

El plan estaba bastante claro, tendríamos que ir en busca del camión que traería el catering y cócteles de la fiesta. El Jefe sabía de buena tinta que en la furgoneta iban, aparte del conductor, un par de camareros. Secuestraríamos el transporte, maniataríamos a sus ocupantes y el Jefe, junto con el Linternas y el Bufón, se disfrazarían con sus ropas y ocuparían sus puestos. El Jefe se encargaría de conducir la furgoneta. Una vez dentro de la casa del famoso, los falsos camareros se acercarían al deportista y bajo una sutil y disimulada amenaza lo acompañarían a la salida, pero había dos guardias en la garita de entrada de la residencia. Allí es donde entraba yo. Uno de los falsos camareros iría con el cuento de que el famoso lo necesitaba y de esa manera solo quedaba uno en la garita. Ese es al primero que tendría que liquidar y con sigilo para que nadie se enterara. Luego, raudo y antes de que el segundo, al que llamaron anteriormente, entrara en la casa en busca de su patrón. Lo tenía también que matar con el mismo sigilo o quizás más todavía, ya que estaría más cerca de la casa y por eso habría que ir con mucho más cuidado. A una prudente distancia y escondidos detrás de mí, estarían el Nene y el Músculos prestos a cualquier dificultad, para ametrallar si fuera necesario a los guardianes, en el caso que yo, por lo que fuera, no los liquidara a tiempo. Era crucial para la operación, que cuando saliera el secuestrado junto a los falsos camareros estuvieran los guardias eliminados. De lo contrario, el factor sorpresa del secuestro fracasaría. Nicole se encargaría de la berlina, que nos esperaría fuera de la mansión del famoso. Si todo salía bien, nos conduciría a todos a un lugar seguro en donde pediríamos un rescate por el famoso deportista.

Mientras mentalmente estaba repasando el plan, nos paramos en un semáforo. Mientras los interminables segundos del obligado color rojo nos indicaban que fuéramos buenos chicos y esperáramos al esperanzado color verde. A nuestra altura estaba un coche patrulla de la policía, dentro sus ocupantes con caras soñolientas y aburridas escuchaban las continuas consignas ladradas por la radio. Al tener las ventanillas bajadas, se escuchaban con toda nitidez. Un sinfín de códigos, de números de calles y petición de datos por parte de la voz de una mujer, que supuse provenían de la Comisaría Central. Los hampones estaban todos quietos sin decir palabra, procurando pasar desapercibidos y lo más naturales posibles, pero todos con una mano en el bolsillo acariciando su arma. Me di cuenta de que aunque pareciéramos un grupo de amigos dando una vuelta sabía perfectamente que la vida de los polis corría un grave peligro. Estaban tensos y dispuestos, si el momento lo requería, sacarían la artillería. A mí se me pasaron una infinidad de maneras de llamarles la atención. Pudiera ser esta mi ocasión de librarme de todos estos criminales, pero me pareció que una vocecilla me vino a decir que estaba de mierda hasta el cuello y que más valía que me callara y ensayara mentalmente la manera de hacer el trabajo por el que se me contrató. Tenía el papel tan metido en el cuerpo que ya mi vida anterior me pareció tan lejana que me llegué a preguntar por mí mismo como si fuera otra persona a la que me era totalmente desconocida. Muy curioso, la verdad. Igual y me repito, pero mi persona en pocas horas experimentó un cambio tan brusco de personalidad, obligado por las circunstancias o no. ¡Vamos! Voy a ser honesto conmigo mismo, no pudiendo negar que me gustaba esta nueva faceta de mi vida desconocida para mí. No buscaba una justificación a mis actos, sino disfrutar de ellos. Por consiguiente, saqué la bestia que todos llevábamos dentro y salió rugiendo venganza por todos estos años de reprimida actividad.

Llegamos a un polígono industrial, según las consignas del Jefe, no tardaría en aparecer la furgoneta de reparto. Bajo la luz de una farola, con las ventanillas bajadas y saliendo humo por ellas, como si fuera la chimenea de una locomotora, estuvimos esperando unos diez minutos. El ruido de un motor diesel nos puso alerta y rápidamente callamos, nos pusimos tensos y tiramos los cigarrillos. A los pocos segundos,

pasó por delante de nosotros el transporte. El Jefe arrancó y se puso detrás del mismo a una prudente distancia para no despertar sospechas. Así seguimos un buen trecho.

Cuando ya dejábamos la ciudad, saliendo de la carretera principal, nos adentramos en una carretera comarcal poco transitada. En una maniobra digna de un piloto de Fórmula 1, adelantó al camión, frenó y se quedó atravesado, ocupando toda la calzada. El conductor de la furgoneta, sorprendido, frenó bruscamente, tanto que sus dos camareros que le acompañaban dieron con sus narices en el parabrisas, quedando de momento aturcidos. Raudos, el Nene y el Músculos a toda prisa se apearon del auto con sendas metralletas, amenazando a los ocupantes. Los condujeron a la parte de atrás de la furgoneta y allí entre bandejas de comida, aperitivos, cajas de refrescos, barriles de cerveza a presión, diversos tipos de platos y vasos de plástico, rollos de manteles de papel, mesas y sillas plegables los inmovilizaron: maniatándolos de pies y manos, con una gran cinta adhesiva que solo les dejó lo justo para respirar. Al final, aparte de inmovilizarlos, los aturcidos empleados quedaron convenientemente amordazados, pero el Jefe les dejó los ojos destapados. No antes de desnudarlos, dejándoles solo la ropa interior. El Nene era partidario de eliminarlos, para no dejar testigos, pero al Jefe aquella idea le pareció chabacana y sin clase. No quería que lo recordaran por un baño de sangre, además innecesario. Cuánto más testigos mejor, de esa manera los asustados empleados hablarían a la prensa contando de primera mano su gran hazaña.

—¡¡Mientras no sea necesario para salvar el pellejo, no habrá sangre!! —esa fue la consigna que repartió entre sus hombres—. ¡Para eso he contratado al Tiburón, sigilo y profesionalidad! —repitió bien fuerte para que no hubiera ninguna duda.

Todos dentro del furgón iniciamos el viaje hacia lo que se podría considerar el último para mí. Menos Nicole, que se quedó con la berlina a la espera de que regresáramos con el paquete.

Después de varios kilómetros por una carretera comarcal zigzagueante y estrecha, llegamos a una gran tapia de aproximadamente 3 metros de altura, rematada por una valla de medio metro de simple torsión, se podría decir, que el famoso era muy celoso de su intimidad. Anteriormente, según nos comentó el Jefe, había mucho fans que, llevados por su fanatismo, llegaron incluso a agredirle. La tapia estaba iluminada por focos, equipadas por bombillas tipo Led equidistantes entre sí, que no dejaban un solo resquicio de sombras. El portón de entrada, a diferencia de la mansión del Jefe, era todo de aluminio blanco que no dejaba pasar la mirada de los curiosos. Arriba, en un estratégico sitio, una cámara de seguridad disponía de una excelente panorámica, enviando imágenes las 24 horas del día. Era tal la seguridad que nunca pasaba nada, ya que las medidas disuasorias acojonaban al más pintado, así que los guardias, aburridos, languidecían en su cubículo.

La cámara se movió, como si tuviera vida propia, y a los pocos segundos el portón de apertura corrediza se deslizó por la guía de metal disimulada en el suelo.

Entramos y nos paramos a la altura de la garita, que estaba nada más cruzar la entrada. El Jefe, desde su puesto de conductor, ataviado con el uniforme de la compañía de servicios, inició una conversación con los guardias. Con su habitual jerga, estuvo un rato hablando. Estos, animados por la novedad que les sacaban de su rutinario trabajo, gustosamente se brindaron a charlar de temas banales. Ni siquiera hicieron muchas preguntas, ya que la llegada de la furgoneta estaba prevista. Aunque recalcaron que la fiesta estaba a punto de comenzar y que los invitados estaban casi en su totalidad dentro de la residencia, en espera de acudir al jardín de la piscina, que era donde tendría lugar el ágape.

Ante la urgencia, dimos por terminada la amistosa charla, de los que en un futuro muy cercanos serían historia. Tuve una rara sensación de ser una especie de Dios, ya que sabía que esos dos deberían morir para que yo viviera. No quise mirarlos, ni siquiera hablé con ellos y dentro de mí me repetí varias veces a mí mismo que eran ellos o yo.

El Jefe arrancó, no sin antes despedirse con una falsa camaradería entre currantes, que al fin al cabo

éramos todos de la clase trabajadora. Con una sutil diferencia, unos vivían honradamente de su trabajo y nosotros nos dedicábamos al crimen organizado. Qué mal suena eso de "organizado", ¿verdad?

Ante nosotros se apreció un gran parterre, iluminado por luces bajas diseminadas aquí y allá no guardando ninguna asimetría entre los puntos de luz, pareciendo las estrellas diseminadas por la bóveda celeste. Dentro del mismo césped, como si fueran islas, había distintos tipos de rosales que embriagaban el ambiente con su dulce aroma.

Al final, una casa moderna de una sola planta. La música se escapaba por las ventanas abiertas, probablemente de una banda de músicos trasnochados amenizando la velada, tocando las oportunas baladas de rigor en donde las notas musicales se mezclaban con la algarabía de los invitados.

Seguimos las indicaciones de los guardias y aparcamos al lado del recinto que servía de bar improvisado.

La piscina estaba rodeada en su perímetro de azulejos imitando a la piedra. Dos focos de luz empotrados en la misma le daban un ambiente cálido al agua, que hacía que el mosaico del fondo representando a un delfín adquiriera vida propia. El jardín adscrito a la misma estaba compuesto de unas mesas redondas con el soporte de cristal, armazón de bambú y con sus seis sillas plegables, también de caña de bambú. Las mesas estaban protegidas de un hipotético sol, por medio de sombrillas de brezo. Para iluminar esta postal había unas antorchas de metro y medio de altura diseminadas por todo el jardín, alumbrando lo justo para dar ambiente. El crepitar de las llamas de aceite ondulaba conforme la brisa nocturna las hacía bailar. Todo el conjunto pretendía imitar el jardín en un paraíso tropical. Estuve algo embelesado, era un detalle genial para fiestas, pero había venido a matar. No era conveniente tomarle cariño al lugar.

El jefe apremió a sus peones y ordenó que descargáramos todo lo del furgón. Salimos todos, los verdaderos camareros estaban haciéndose cruces para salir vivos de esta. No había nada más que verles las caras de puro terror en donde solo sobresalían sus asustados ojos en un movimiento de percatarse de todo. No sabían si al final los eliminaríamos o no. La incertidumbre era peor que la realidad. No tuve más que lástima para estos desgraciados que estaban en el peor momento de sus vidas.

Entre todos montamos el tinglado a una vertiginosa velocidad, cualquiera diría que nos dedicábamos a esto de la restauración. Se acercó un sirviente de la residencia, se puso a hablar con el Jefe. Este, a su vez, le indicó que estaba todo dispuesto para la fiesta. El mayordomo echó un vasto vistazo, por su actitud, supuse que quedó satisfecho. Se fue, no sin antes dar algunas instrucciones referentes al ágape.

Aproximadamente, a los diez minutos empezaron a aparecer los invitados. El famoso estaba rodeado de varios aduladores que le celebraban el trofeo entregado minutos antes, el cuál le acreditaba como el mejor futbolista del año.

A la media hora, ya estaban todos alegres y alguno que otro se tiró a la piscina. Las féminas, gozosas y desinhibidas, se quitaron los vestidos de noche y en ropa interior se zambulleron en las aguas previamente templadas de una piscina abarrotada de beodos.

El Jefe, junto con los otros, se dedicó a repartir toda clase de bebidas y canapés. En un momento dado, ordenó al Linternas que fuera a la garita para, con la excusa de que su jefe lo necesitaba, atraerse uno de los guardias. Me hizo una seña, sabía que pronto sería mi turno. En cuanto el Linternas estuvo de vuelta con uno de los guardias. Yo, el Músculos y el Nene con disimulo fuimos en busca del otro guardia. Ellos con metralletas disimuladas bajo el uniforme de camarero. Yo, sin nada y con los calzoncillos para cambiar. Conforme fuimos andando, ellos se escondieron detrás de unos setos que delimitaban el amplio césped y el puesto de control. Había como un espacio de 30 metros hasta la garita. Los dos se quedaron agazapados con una muy buena vista de la entrada. Yo sigilosamente fui directo a por mi víctima, que estaba en una típica pose de todos los guardias, con las manos cruzadas a la espalda.

Conforme me acerqué, recé todo lo que sabía y lo que intuía para que no se girara inesperadamente. A mis espaldas tenía a los dos matones dispuestos a rematar lo que yo dejara sin terminar. Aunque protesté varias veces al Jefe, mostrándome ofendido por su falta de confianza, al dedicar a estos dos como un remedio para mi hipotético fallo, no valió de nada y ahora estaba de nuevo entre la espada y la pared. Tendría que liquidarlo lo mismo que al Ruedas. Nada más terminar con mis dudas, se giró y lo único que vio fue a un camarero con una bandeja que le llevaba una botella de licor con un vaso y una cubitera de hielo. Se relajó, su cara esbozó una amplia sonrisa, ya que alguien se acordó de su persona. Para él en su fuero interno fue una sorpresa, estaba agradecido por esa muestra de generosidad y aunque pensara que no hubiera salido de mí, ya que yo era un mandado, se lo agradeció mentalmente al famoso. A su altura, le ofrecí la bebida, le llené el vaso con dos cubitos de hielo y fui generoso con el dorado líquido, que pronto hizo bailar el hielo. Él, agradecido, se lo echó al gatzate de un solo trago. Vi esa joven nuez en su garganta, moverse conforme pasaba el licor. No lo pensé y encomendándome al santo de los criminales (si es que había alguno) con la mano a modo de kung fu de una mala película de chinos, le di un tremendo golpe en toda la garganta. Balbuceó, el licor que aún le quedaba en el conducto sobresalía por su boca. Sus ojos se engrandaron y se tornaron vidriosos, un pasmo de sorpresa apareció en su semblante, que se tornó de un azul intenso, se estaba ahogando. Cayó redondo en el suelo sus últimos estertores le retorcieron en una terrible congoja, sus manos crispadas intentaron alcanzarme, pero la agonía lo paralizó. En 10 segundos, quedó inmóvil. Lo miré algo meditabundo, pensé en su familia, su mascota (si la tenía), su vida hasta la fecha, su lucha diaria por el sustento, pero estábamos en la selva y la ley del más fuerte mandaba.

Los otros dos me hicieron señas para que espabilara y fuera en busca del siguiente. Me despedí de mi nuevo cadáver y, rauda, fui hacia la fiesta.

Nadie me hacía el menor caso, entre borrachos y las damas medio desnudas esnifando coca. Con un desparpajo que me molestó, maldije esta sociedad que cuánto más tenía, más carencias poseía para seguir viviendo.

¿Es que no sabían que estaba matando para seguir viviendo? Por toda respuesta a mi pregunta veía a todos estos que se mataban para poder soportar el seguir viviendo. Tremenda contrariedad que me dio tanto asco y repugnancia que los aparté a codazos sin ningún miramiento. Encima, los muy idiotas lo tomaron a guasa e incluso me invitaron a un trago.

¿No veían que era un camarero, asesino y sin escrúpulos que con un sutil movimiento les podría partir el cuello o se pensaban que estaban en una fiesta de disfraces?

Me encontré al segundo guardia regresando malhumorado y molesto, ya que su jefe se enojó al repetirle por segunda vez que no le había llamado en absoluto. Cuando llegué a su altura, me preguntó por el camarero chistoso que le hizo hacer el ridículo ante su jefe. Le dije que sabía quién era y dónde estaba. Le repliqué que me acompañara hasta la furgoneta, que de seguro estaría tomándose un descanso. Abrí el portón trasero del vehículo. De un empujón lo metí dentro. Aproveché el momento y tomé una enorme llave inglesa, que causalmente estaba en la caja de herramientas del furgón. El factor sorpresa actuó en mi favor. En cuanto vio a los verdaderos camareros maniatados y convulsionándose, en un vano intento de indicarle el peligro que corría, se quedó algo confuso y aturdido. Entonces, no le dejé que se volviera. Fue cuando alcé mi brazo armado con la herramienta, dibujando un arco en el aire, le aticé un golpe duro y certero en la cabeza. Cayó a plomo cuál grande era. Quedó bocabajo, inerte, un movimiento incontrolado y repetitivo le hacía mover las piernas. Con mi dedo le busqué la carótida del cuello, tomándole el pulso. Nada, le di la vuelta. La sangre que le salía por la boca y las narices me advirtió de una hemorragia interna que corroboró la falta de pulso. Los gemidos y movimientos espasmódicos de los maniatados fueron en aumento. Les hice una señal amenazándoles con la herramienta, haciéndoles ver que pararan con sus quejas. Fue un bálsamo. Todos quietos con los ojos desorbitados, la respiración agitada, pero sometidos a su suerte, que era lo que importaba.

Terminé con mi trabajo, una sensación de vacío interior se apoderó de mi ser que, lleno de prejuicios, luchaba por digerir lo ocurrido. Todavía no era del todo un asesino. Los buenos profesionales, matan y punto. Me prometí a mí mismo que mejoraría. Todo a su debido tiempo, me repetí con fervor. Fui en busca del Jefe, lo mismo que un perro busca las felicitaciones de su amo. Ardía en deseos de que alguien se sintiera orgulloso de mí, del buen trabajo realizado. En medio del maremágnum de la fiesta estaban los tres: el Jefe, el Bufón y el Linternas rodeando al famoso. El recibimiento fue frío y distante, me metieron prisa para que les ayudara con el secuestrado. Nada de palmaditas en la espalda, ni siquiera preguntarme cómo había ido.

Tuvimos suerte: los guardias eliminados, los invitados y los músicos estaban borrachos y drogados. Nadie se percató del incidente, ni siquiera el mismísimo famoso era consciente de lo que le pasaba, lo tomaba como una especie de broma que perteneciera a la propia fiesta, así que se dejó llevar, imitando las quejas de una damisela en apuros. Lo llevamos a la furgoneta. Cuando vio a los demás, le hizo tanta gracia que les preguntó si eran familia de alguna momia escapada de su sarcófago, incluso él mismo en su intoxicación nos ayudó a maniatarlo.

El Jefe dio orden de que nos desprendiéramos de los inmovilizados. Los bajamos sin contemplaciones. Los dejamos en tierra, así, conforme estaban, todos maniatados. Con la cinta de embalaje rodeándoles manos y piernas parecían unos gusanos retorciéndose en el suelo.

Metimos al mareado famoso y todos nos felicitamos por un trabajo bien hecho. Las miradas se posaron sobre mí, había una ley entre los criminales o eso era lo que me figuraba. A nadie le gustaba matar, era parte del trabajo. No estaba contento conmigo mismo, me respetaron y el resto del viaje hacia la berlina, me dejaron tranquilo con mis pensamientos.

Yo ya me había juzgado varias veces y sentenciado. Era lo que había y nada cambiaría lo acontecido. Yo mismo ya no me llamaba por mi verdadero nombre, ahora atendía a mi nueva personalidad, era el Tiburón, famoso criminal frío y sin escrúpulos al que hasta sus mismos compañeros le temían como a la muerte. En cuanto el Jefe se enteró de mi trabajo, incluso él, despiadado criminal, le pareció demasiado cruel. Lo noté en su mirada, cuando me felicitó personalmente, deduje en su semblante una pequeña desilusión. Según él, era un artista del crimen, y aunque cumplí con mi trabajo con creces, había unos pocos peros que no se atrevió a decírmelo claramente, pero lo noté y con eso me bastó para incluirlo en mi lista de posibles enemigos. Si no le gustaba mi trabajo, podía irse a la mierda, me repetía incansablemente.

El trasvase del personal a la berlina transcurrió con toda normalidad. Nicole estaba en su puesto esperándonos. No preguntó, en cuanto vio al famoso y advirtió que estábamos todos, dedujo que todo había salido bien. Al deportista, que ya se estaba volviendo muy pesado por la intoxicación etílica con mezcla de drogas, estaba organizando una escandalera nada aconsejable, ordenó aplicarle un calmante, que no era otra cosa que un mamporro, aplicado con fuerza contenida por el Músculos. Una vez calmado, lo instalaron en la parte de atrás, entre el Músculos y el Nene. El Jefe los acompañó y yo, junto al Bufón el Linternas y Nicole, en la delantera.

Coches como este ya no se hacían, pensé, espaciosos y potentes. Aunque también pensé que un auto de estas características no pasaría desapercibido. El Jefe pareció leerme el pensamiento, a lo que me dijo:

—Tranquilo, Tiburón, por estas carretas de segundo orden y a estas horas, como si no existiéramos. Está todo estudiado.

—Oído, Jefe. ¿A dónde vamos? —pregunté muy intrigado.

—Tengo un amigo que me debe un favor —lo dejó de momento así, dándome pie a preguntar de nuevo.

—¿Un favor, Jefe?

—Sí, y vale más que el dinero, nunca lo olvides, Tiburón —parecía una advertencia encubierta.

—Espero que sea muy amigo suyo, el asunto lo requiere, Jefe —le contesté algo desafiante.

—Más que amigo, un hermano para mí, en cuanto lleguemos al lugar lo entenderás.

A todos les hizo mucha gracia, claro como sabían adonde nos dirigíamos, estaban jugando conmigo y por lo visto les divertía que de alguna manera este despiadado asesino no lo supiera todo.

CAPÍTULO XIII (EL SANATORIO)

Luego de un par de horas viajando por carreteras angostas de la red comarcal, escuchando la aburrida música de orquestas ya desaparecidas, padeciendo las explicaciones y razonamientos del Jefe, dándose las de erudito y aguantando los chistes malos del Bufón y por si fuera poco el sufrimiento de fondo, se escuchaban los ronquidos del famoso, que más de un fan se sorprendería del ruido que hacía durmiendo su idolatrado deportista.

Faltaba poco para el amanecer, entre nubes, iluminado por el reflejo de la luna llena henchida en todo su esplendor. Apareció un edificio de dos plantas, con un techo a dos aguas, de teja negra. Las ventanas en dos hileras, una debajo de la otra, guardando una exacta simetría con el conjunto. Era un edificio, funcional, sin adornos que pudieran darle un toque de personalidad. Parecía hecho en serie, perteneciente a un modelo único de construcción.

Llegamos a una gran verja de hierro forjado, pintada con el austero color negro. Había dos farolas de color blanco de una época remota, en contraste con el tono del portón. Encima de la entrada un gran letrero de letras de hierro, ennegrecidas por el tiempo. Aún se podía leer: "Sanatorio Mental Vista Alegre".

Quedé anonadado por el estupendo escondite del Jefe. ¡Qué mejor que un sanatorio mental para escondernos! Él advirtió mi admiración, no dijo nada, se quedó satisfecho por mi actitud.

Nos paramos a la distancia de un interfono. Sacó su cabeza por la ventanilla y profirió alguna frase. A los pocos segundos, automáticamente la verja se deslizó, permitiéndonos la entrada.

Entramos en un gran jardín pavimentado por un césped bien cuidado, repletos de árboles ornamentales y estatuas diseminadas aquí y allá, imitando a las de la antigua Roma. Entre la hierba había un sendero de piedra que llevaba a los viandantes a los distintos bancos de hierro forjado, pintados de color blanco y alguna que otra fuente para calmar la sed.

Antes del edificio, había una enorme rotonda que servía para estacionar los vehículos de las visitas. Pasamos por delante del inmueble, iniciando un giro hacia la parte trasera del edificio.

Estacionamos ante lo que parecía el almacén del sanatorio, ya que había una furgoneta de reparto y varios embalajes encima del andén de descarga.

Encima del muelle entre la penumbra y el solitario foco, que apenas alumbraba lo justo, había un personaje esperándonos. Primero bajó el Jefe, nos ordenó que esperáramos dentro del auto. Estuvo dialogando unos breves minutos con él. Cuando se situó debajo del foco, lo pude observar con más determinación: era de una edad indeterminada, cara chupada, frente inteligente, ojos intensos, nariz aguileña, los cabellos de color pálido y lacios. Su físico era tan delgado que le daba un aspecto enclenque. Vestía un uniforme típico de médico de un blanco impoluto.

Cuando el Jefe volvió, el personaje ya había desaparecido en la oscuridad de la noche. Pude distinguir como una mancha blanca que, conforme se alejaba, fue absorbida por la negrura del recinto mal iluminado hasta que desapareció por completo.

Quise preguntar por tal elemento, pero el Jefe no me prestó atención, ordenando que nos dirigiéramos a los sótanos del sanatorio, en donde estaríamos a buen recaudo.

La entrada de la bodega estaba guardada por una gran puerta de metal, algo descolorida y con un toque de óxido que revelaba la antigüedad de la misma. Luego de bajar por unos cuantos escalones nos encontramos con otra puerta, también de metal y tan antigua como la anterior. Entramos en un recinto amplio, en los laterales había unas estrechas ventanas de entresuelo que dejaban pasar la luz de la luna.

La iluminación de la estancia se completaba por tubos fluorescentes que colgaban del techo. Olía a humedad y excrementos de rata. Era un lugar confinado como almacén, se podía observar todo el mobiliario viejo e inservible que acababa en este subsuelo. Al fondo del mismo, otra puerta de madera de ínfima calidad que dejaba paso a un cubículo. Supuse que sería el retrete.

El Jefe dio las oportunas indicaciones para que maniatáramos al desgraciado y procuráramos acomodarnos lo mejor posible. Nos enseñó unas cajas en donde había alimento y agua para unos días. Lo necesario, recalcó, hasta el pago del rescate. Para evitar problemas nos advirtió que bajo ningún concepto saliéramos de allí. Se quedó pensativo y luego de mirarme algo preocupado, me dijo:

—Tiburón, sé que te prometí que una vez terminaras tu trabajo, cobrarías y podrías marcharte —dejó unos puntos suspensivos, dándome la oportunidad de responder antes que volviera a proseguir.

—Lo recuerdo, Jefe, pero no me corre ninguna prisa. No me espera ningún trabajo y el Rajao de seguro que no me echa en falta, así que por un tiempo no tengo nada que hacer —«Salvo esperar a que regrese mi familia de las vacaciones», me dije a mí mismo, pensando en una familia que cada vez me parecía más lejana. También tengo que reconocerlo, quería saber en qué quedaba todo esto.

Acomodamos unas cuantas camas con sus raidos colchones y juntamos algunas mesas de escritorio a modo de mesa comedor. Faltaba muy poco para el amanecer. El Jefe y Nicole se ausentaron con la excusa de que se debían a su anfitrión. Antes de irse se volvió muy serio mirándonos a los ojos diciéndonos:

—¡¡No intentéis dar conmigo bajo ningún concepto!! ¡¡Tengo asuntos que tratar con el dueño en el que vosotros nos estáis incluidos y tampoco pretendáis negociar el rescate sin mí!! Cuando llegue el ocaso, los dos nos reuniremos para retomar la empresa.

La verdad que nos pareció raro. ¿Qué asuntos eran esos que fueran más importantes que el secuestro? ¡Había mucho dinero en juego!, me dije para mis adentros, y por la cara de los demás deduje el interrogante en cada uno de ellos. Entre el agotamiento y que ya estábamos acostumbrados a las rarezas del Jefe, dimos por buena la excusa, dando a entender que acatábamos las órdenes y nos dispusimos a descansar.

Luego de irse el padre y la hija, al poco amaneció. Todos poco a poco, debido al cansancio fuimos sucumbiendo al Dios del sueño. Yo, aunque los colchones tenían manchas de orines y sangre de hacía mucho tiempo, era tal el agotamiento que no tardé en conciliar el bendito sueño. El secuestrado, todavía con los efectos del alcohol y el mamporro proporcionado por el Músculos hacía rato que dormía como un niño, ajeno a su delicada situación. Pienso que cuando despertara, no le iba a gustar lo que sus ojos le mostrarían. Habrá que ver su reacción, me dije a mí mismo.

Un grito nos sacudió. El famoso deportista despertó, ya se le había pasado la borrachera. Desorientado, intentó levantarse, pero maniatado como estaba, cayó de nuevo, no entendiendo nada de lo que le pasaba. Sus ojos expresaban desazón y desconcierto. Maldito futbolista, que no sé cómo, pero consiguió desembarazarse de la mordaza. Al darnos cuenta de su despertar, nos acercamos a él.

—Linternas, de la forma más suave posible, pon al corriente a nuestro invitado —ordené, nadie me dijo que hiciera de Jefe, pero tomé la delantera a todos y actué con celeridad y aplomo. En un primer momento, todos me miraron, intentando ver más allá de mí. Les devolví esa mirada dura y fría que tantos éxitos me habían dado y junto con mi ganada fama, ninguno se atrevió a cuestionar mi orden. Tenía el camino abierto a la jefatura y desde luego, allí es donde estaría más a salvo. El susodicho, con exagerado contoneo, arrancó las risas de su improvisado público. Se acercó al reo: le quitó las ataduras, le pasó los dedos por su boca y le explicó su situación con mucha delicadeza. La broma acabó con una hilarante reverencia hacia los demás. Le estuvimos agradecidos por ese momento de distendida distracción al Linternas. El reo, muy extrañado, se quedó muy parado sin reaccionar. Entre la situación de no entender lo que le pasaba y que estaba rodeado de locos lo prudente, pensaría, fue no moverse so peligro de su vida. Había que vernos: cuatro tipos de los más duros y aguerridos hampones, armados hasta los dientes,

riéndose de las payasadas del Linternas. Aquello le superó. Él, que hacía poco estaba rodeado de rubias despampanantes recibiendo un trofeo, pasó así de repente de un estado de gracia a ser desgraciado, demasiado si nos planteamos la delicada vida que llevaba un deportista de élite, que estaba cuidado entre algodones.

De esa manera pasamos el día: descansando, jugando a los naipes, haciéndole caras al deportista, contando chistes verdes y machistas e intentando impresionar a los demás, exagerando alguna anécdota. Poco a poco fue el día muriendo. El Jefe y Nicole sin aparecer. Entre nosotros se estableció dos bandos, los seguidores de ir a buscarles para recibir instrucciones y los partidarios de obedecer a rajatabla las órdenes dadas. Vencieron los que estábamos por la labor de esperar. Si el Jefe tardaba, sus razones tendría. En eso nos agarramos para contentarnos de alguna manera.

Pudimos observar por los ventanucos del entresuelo que afuera era ya noche cerrada. Ocurrió lo increíble: los acontecimientos pasaron de un tranquilo y fácil secuestro a algo que nunca jamás se me hubiera pasado por la cabeza, que alguna vez en mi calenturienta mente pudiera ocurrirme. La vida me estaba esperando con una maza para darme en toda la cabeza. ¿Algo más que contar a mis nietos? No lo sé ni siquiera si alguna vez tendría o llegaría a tener nietos. Los acontecimientos se desarrollaron muy deprisa sin siquiera preguntarme, si era un castigo o una experiencia más que añadir a mi desgraciada vida.

Unos fuertes golpes nos sacaron de nuestros quehaceres. Nos miramos con incredulidad, no dábamos crédito a nuestros oídos. ¿Quién pudiera atreverse a molestarnos? ¿No sabían que éramos una banda de criminales armados hasta los dientes y que no dudaríamos un solo momento en freír a tiros a cualquier insensato que se atreviera a molestarnos?

Todos me dirigieron sus miradas en busca de una explicación. Yo me encogí de hombros en un claro signo de no entender nada. Hice un ademán al Músculos, que raudo reaccionó. De un empujón abrió la primera puerta, decidido a machacar a quien estuviera en la otra parte.

—Nada, Tiburón, aquí no es —dijo muy seguro, pero los golpes siguieron en aumento. En tropel, subimos todos los escalones hacia la segunda puerta. Nos quedamos expectantes, en guardia, dispuestos a repeler cualquier agresión. Todos preparados con nuestras armas a machacar al idiota o idiotas que se atrevieron a dar esos golpes. Al momento, otra vez los porrazos, pero esta vez iban acompañados de lamentos, chillidos y arañazos que hacían que nos rechinaran los dientes. Entonces, yo grité preguntando quiénes eran y amenazándoles con descargar una andanada de plomo. El efecto fue todo lo contrario. Los que estuvieran fuera hicieron más ruido y arañaron con más fuerza que antes.

El ruido y los chillidos se duplicaron, ahora también provenían de los ventanucos del entresuelo. Nos acercamos temerosos y curiosos, no podíamos imaginarnos qué o quiénes producían esos horribles sonidos. El mismo tropel que fue hacia la puerta, ahora se dirigió hacia las ventanas. No salimos de nuestro estupor, observamos horrorizados a una multitud de seres que se peleaban entre ellos en un afán paranoico por arañar y golpear los cristales. En su locura se les veía sedientos de sangre, gritando y abriendo sus horrendas bocas, en donde se apreciaban unos grandes y afilados colmillos. Con actitud enfermiza, armados con sus largas uñas arañaban el cristal, parecían murciélagos gigantes, negros como el carbón, con las orejas puntiagudas y la faz pálida, blancuzca, con resplandecientes ojos inyectados en sangre.

Nos retiramos asustados sin saber qué hacer. Estos hombres estaban preparados para matar si fuera necesario, pero en un mundo en donde fuera todo normal, no contra seres sacados de una mente enfermiza. Nos miramos unos a otros, preguntándonos con la mirada qué hacer en estas circunstancias.

El Nene, en un alarde de falsa valentía y pocos sesos, como era habitual en él, sacó la artillería y sin pensarlo dos veces descargó una ráfaga de su metralleta. Al momento, todos los cristales saltaron por los aires, tuvimos que protegernos la cara de los miles de fragmentos de vidrio que saltaban como si fueran

palomitas de maíz. Menos mal que los ventanucos estaban provistos de barrotes de hierro, que si no, los seres diabólicos hubieran dado buena cuenta de nosotros. Con desesperación, chillando e intentando por todos los medios colarse entre los barrotes, alargaban sus zarpas en un vano intento de alcanzarnos de alguna manera. Nos cuidamos muy mucho de no acercarnos a los endemoniados.

Retrocedimos de las ventanas todo lo que pudimos. Ahora éramos todos los que disparábamos. No servía para nada, cuando recibían los impactos, era como disparar a muñecos de gelatina. Las balas eran absorbidas por los cuerpos de estos demonios, que seguían con su empeño por entrar.

Así pasamos toda la noche: disparando, haciéndonos mil y una preguntas, discutiendo entre nosotros, buscando algún culpable a esta extraña situación.

Por fin llegó el alba y como por arte de magia los seres desaparecieron. La luz del sol vino a traer la paz en esta locura nocturna.

Al llegar la calma, todos se dirigieron a mí en busca de alguna explicación. Fui el primero extrañado. Ahora era yo el Jefe y todos querían que les sacara de este embrollo. Tenía que pensar rápido o de lo contrario estaría perdido. Un Jefe siempre tiene que cuidar de sus subordinados si quiere que confíen en él.

—Por lo visto, estos seres solo aparecen de noche —dije esperando que alguno me diera alguna idea, pero viendo que esperaban algo más no me quedó más remedio que continuar—. Tenemos que actuar con la luz del día, buscar al Jefe y a Nicole, es posible que estos demonios los hayan matado o estén escondidos esperando que los rescatemos.

Todos, impacientes, esperaban las oportunas órdenes. El Músculos parecía el más decidido, diciendo: —Está bien, Tiburón, estamos todos contigo, ¿verdad, muchachos? —los cuatro juntos asintieron como una piña. Era momento de estar todos unidos ante lo que se nos venía encima. Juntos se tocaban, hablaban y entre exclamaciones intentaban espantar sus miedos. Así que se eligió él mismo como mi lugarteniente. Me pareció bien, la verdad que todavía le debía un favor.

La vida hay que tomarla conforme viene y mi situación, lejos de ser normal, ahora distaba mucho de un hombre casado con hijos y subordinado a los horarios de los demás mortales. Los miré, allí estaba mi cuadrilla de secuaces dispuestos a buscar los bichos. Salimos con mucha cautela por la parte trasera del edificio, con claro signos de abandono. Ahora pudimos darnos cuenta de nuestra situación. Todos los indicios fueron indicando el deterioro del lugar. Suciedad y escombros eran lo único que nos encontrábamos a nuestro paso. Todos iban detrás de mí, yo el primero con el reo atado por una cadena que le rodeaba el cuello, lo mismo que un perro. Aprovechando que no tenía ni voz ni voto y que ya el secuestro nos importaba muy poco, ya que lo único que nos interesaba era rescatar a nuestro jefe y poner tierra de por medio entre nosotros y los bichos sedientos de sangre.

Así, que decidimos ponerlo delante a modo de cebo. Luego cerraba la comitiva el Músculos y los otros tres, metralleta en ristre. Dedicábamos el mayor tiempo posible recorriendo el edificio en ruinas. Nos movíamos de un lado a otro, en un intento de abarcar el mayor campo de visión posible, buscando al Jefe y a su hija. Lo rebuscamos todo, removimos cielo y tierra. Abrimos todas las puertas y miramos por todos los recovecos posibles. Nada ni rastro de ellos ni de los demonios, suponíamos que eran como los vampiros que de día se escondían. Debían de ser unos buenos escondites, ya que por mucho que buscáramos, era todo en vano.

El día fue dando sus últimos coletazos, decidimos resguardarnos en nuestro sótano, para el día siguiente y sintiéndolo mucho, no nos quedaría más remedio que irnos sin el Jefe y su hija, que ya dábamos por muertos.

La noche cayó de repente, como si tuviera prisa. Nosotros la verdad esperábamos lo peor, pero no pasó nada fuera de lo normal. Afuera como un desgarró en el aire se oyeron lobos aullando a la luna,

bichos nocturnos que salían en busca de su comida, sonidos nocturnos que antes pasaran desapercibidos y ahora estábamos todos expectantes sin dormir. Teníamos que descansar, así que decidí que la primera guardia la hicieran el Nene y el Músculos. La otra mitad de la noche la harían el Bufón y el Linternas. Nadie se extrañó que no participara en la guardia, era el Jefe y yo decidía, no actuaba. Mandé apagar las luces y ordené que se hiciera el menor ruido posible, de esa manera pensaba que los demonios no sabrían de nosotros.

La claridad de la luna se filtraba entre los cristales rotos. La brisa movía los árboles que prodigaban sus sombras en una danza siniestra. Me aseguré de que mis instrucciones se cumplieran. Al momento que todo estaba bajo control, me acomodé encima de un viejo colchón dispuesto a dormir, aunque en modo de mantener un ojo abierto. Nunca se sabe, me repetía constantemente.

Durante toda la noche tuve constantes pesadillas, no dormía tranquilo, continuamente me despertaban la cantidad de ruidos nocturnos que habitualmente no prestaba la más mínima atención. Eran más o menos las cuatro de la madrugada cuando me despertó el cambio de guardia, fue de lo peor, en el que el Linternas y el Bufón que iban a revelar a los otros dos se limitaron a darles un buen susto. Ocurrencias de catetos, pensé yo. Luego de dar un par de reprimendas a los graciosos, todo volvió a la calma.

El nuevo día nos descubrió una escena dantesca, el pobre Bufón y el Linternas, abrazados los dos, como si fueran a protegerse el uno al otro. Estaban blancos, pálidos, las bocas abiertas, los ojos vidriosos, grandes como platos y en el cuello mostraban dos puntos diminutos parecidos a los que hacen las agujas hipodérmicas. Los toqué, me transmitieron un frío tan helado que me estremecí. Sus dos compañeros, acostumbrados a ver toda clase de atrocidades, estaban aturcidos.

Los desperté de su estupor enfundándoles valor con un socorrido discurso de que debíamos de vengar las muertes de nuestros compañeros, buscando a los demonios en sus guaridas y acabar con ellos.

¿Cómo? Ni idea, eran ellos o nosotros. Por suerte, tenía a los dos más aguerridos y valientes de la banda.

Fuimos como el día anterior, pateándonos todo el recinto. Las inútiles protestas del reo sonaban ridículas a nuestros oídos. Por toda respuesta le aplicábamos de vez en cuando algún que otro puntapié, seguido por las burlas e insultos que le dedicábamos, por las envidias suscitadas por su vida frívola y desahogada.

Luego de llevar toda la mañana buscando entre las ruinas del sanatorio estábamos sudorosos, abatidos y hambrientos. Ya se nos estaba enfriando el odio que nos pudiera agujonear o darnos el suficiente valor para seguir con la caza de los demonios. El cansancio y abatimiento se apoderó de nuestras ansias de vengar a nuestros compañeros. Ni siquiera meternos con el reo nos distaría, al contrario, las lamentaciones y lloriqueos del mismo nos ponían peor de los nervios. Incluso alguno llegó a recriminarle que era un gafe, que desde que le secuestramos todo había salido mal y una sarta de estupideces, que al oírlas no pude menos que defenderle. Nos paramos exhaustos y decaídos moralmente. La verdad no sé si era un gafe o no, pero que te secuestren y encima te echan la culpa de que todo salió mal eso sí que es ser un desgraciado. Algo de lástima me dio, pero ahora ya no era nuestro reo, era nuestra carnaza...

CAPÍTULO XIV (LOS BICHOS)

Entramos en una gran nave con varias camas destartaladas a ambos lados de la pared, las mismas estaban llenas de grafitis, mostrando horrendas escenas de terror de alguna mente enfermiza. Había muchos ojos penetrantes mirándonos, pintados con horribles muecas que parecían que se burlaban de nosotros. En la misma pared junto a las horrendas pinturas descubrimos un altar de ritual satánico. El escenario estaba adornado con cruces invertidas, salpicadas de sangre, una cabeza de conejo, patas de pollo, una maqueta imitando las tumbas de un cementerio y varios muñecos atravesados con estacas por todos los orificios de su cuerpo. Arriba del altar predominando la pared, un pentagrama invertido. El suelo estaba lleno de papeles, manchas de orines y jeringuillas, denotaban que aquel lugar, aparte de drogas y maleantes, estaba asociado a ceremonias de brujería y magia negra.

Nos sentamos encima de taquillas a modo de asiento, que estaban tumbadas con las puertas abiertas mostrando el interior oxidado lleno de telarañas. Hablé con los dos, dispuesto a debatir sobre la situación, era la cabeza visible de esta empresa y me encontraba en la obligación de velar por mis subordinados.

Me miraron muy atentamente, ya no era el asesino a sueldo, ahora era su jefe, su sostén, el que presuntamente los sacaría de esta dura situación. Mientras pensaba la mejor forma de ayudarles, el deportista me dio a entender que necesitaba vaciar la vejiga.

—Aquí mismo puedes —le dije de forma abrupta. No contestó, todos lo miraron y viendo que tenía vergüenza de orinar allí mismo delante de todos, a punto estuvieron de arrancarle los pantalones. Intervine a su favor. Sé que algunos necesitamos algo de intimidad, para realizar las funciones propias de la naturaleza.

—¡¡Vamos, muchachos, dejadlo mear tranquilo!! —me hicieron caso, y entre burlas e insultos a su hombría, lo dejaron en paz.

Como la correa medía un par de metros, le indiqué que podía meterse detrás de unos destartalados biombos, que antaño ponían algo de intimidad entre las camas. Mientras el deportista se situaba detrás del parapeto para aliviarse, me dispuse a reanudar la charla. Cuando de repente un fuerte ruido de escombros nos sacó de nuestra conversación, no tuve tiempo de pensar en lo que pasaba. Después, siguió un fuerte tirón, que me hizo caer al suelo, desplazando la mampara, acabé delante de las mismas narices del deportista, que se quejaba con agudos gritos de dolor. Al momento, las risas del Nene y el Músculos sonaron estridentes a mis espaldas. La escena era de lo más ridícula, el secuestrado con medio cuerpo metido en un agujero, gesticulaba y gritaba pidiendo ayuda desesperadamente. Yo, debido a que lo tenía apesado con la correa, cuando se quedó atrapado en el agujero del suelo, me arrastró de tal manera que casi estaba encima de él en una actitud poco varonil.

Luego de divertirse a mi costa, los dos hampones me levantaron, cortaron la correa y me libraron de mi lastre. Los tres nos quedamos unos segundos mirando al desgraciado, que gesticulaba con las manos en un vano intento de salir del socavón. Analicé la situación, antes de dar cualquier orden al respecto. El asunto pintaba mal para el deportista. Estaba como embutido en un agujero del suelo debido a la podredumbre del hormigón, este a su peso debió de romperse. Le tranquilicé lo mejor que pude, pero no creo que pudiéramos sacarlo. A regañadientes, el Nene y el Músculos intentaron sacarlo del aprieto, pero cuanto más tiraban de él, más chillaba de dolor. Me fijé bien y pude comprobar que el armazón de acero del hormigón estaba al descubierto y un par de varillas de hierro le atravesaban el costado, produciéndole una herida que supuraba sangre.

Por las desventajadas ventanas, el atardecer estaba ganando terreno a la mañana. El cielo encapotado por nubes hincadas y grises anunciaba tormenta. Un olor a azufre inundaba el ambiente, la humedad se nos calaba en los huesos. Truenos lejanos avisaban de que ya faltaba poco para que el aguacero nos alcanzara.

Nos miramos los tres, estaba claro que la noche estaba próxima y debido a la tormenta, las nubes aceleraban su llegada. El desgraciado ya viendo que no le íbamos a poder ayudar, estaba en la fase de los insultos. ¿Qué podía perder? Se explayó y soltó todo lo que llevaba dentro de odio y rencor.

—¡Oigo unas pisadas, aquí dentro, debajo de mí!—su cara de pánico denotaba su angustia.

Puse la oreja en el suelo, advirtiendo que tenía razón, una multitud de pisadas, producidas probablemente por varios bichos, se acercaban al incauto.

—¡¡La sangre, la sangre!! —gritó con desesperación— ¡¡Mi sangre les ha despertado antes de tiempo!! —siguió exclamando con espanto.

Siguieron unos gritos desesperados, sus ojos lagrimeaban de dolor, apretaba los dientes en un intento de mitigar el insoportable dolor. Sus ojos se abrieron desmesuradamente. Su cara adquirió un tono rojizo, las ramificaciones de su cuello tensas como si fueran las raíces de viejo árbol mostraban las venas de un intenso color azul. Su respiración agitada luchaba por mantener los pulmones activos en una exigencia por sobrevivir.

—¡¡Me están comiendo los pies!! ¡Aghgggggh! ¡Por el amor de Dios! ¡Pegadme un tiro! ¡Esto es insoportable! ¡Aghgggggh!

Conforme los bichos dentro lo devoraban, poco a poco fue desapareciendo por el agujero. Los tres estábamos anonadados mirando cómo despedazaban al desgraciado. Con mucha cautela me asomé y pude ver una infinidad de ojos que relucían en la oscuridad. Entre chillidos y un olor a podredumbre, allí estaban los bichos dando buena cuenta de lo que quedaba del desgraciado. Parecían buitres pelándose por el mejor trozo. No obstante, aún no era de noche cerrada. Todavía teníamos tiempo de escapar.

No tuve que decir nada, echamos a correr como alma que lleva el diablo. Debido a lo resbaladizo del suelo, caímos varias veces, atropellándonos los unos a los otros, el pánico se apoderó de nosotros en un afán de reemplazar las ansias de sobrevivir. Eso nos retrasó tanto que en cuanto murió el día, los bichos salieron del agujero. Se asemejaban a las cucarachas inundándolo todo, con su asqueroso color negro. Las alimañas volaban, parecían una bandada de cuervos grajeando, era tal la cantidad que por un momento taparon a la hinchida luna. Por mucho que corriéramos, pronto nos alcanzaron. En el gran patio de luces del sanatorio: rodeado de ventanas, mojado por la anterior tormenta, con la luna como testigo y el aullar de los lobos. Un ejército de bichos alados, con largas pezuñas armados por garfios, nos tenían rodeados. Empezaron a acercarse, despacio, cerrando el círculo sabían muy bien que no teníamos escapatoria. Sus ojos nos miraban fijamente, eran puro fuego. Cuando abrían las fauces, asomaban unos largos y afilados colmillo. Al Nene y al Músculos se les cayeron las metralletas de las manos, sabían muy bien que no les servirían de nada. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca para que su nauseabundo olor nos dieran en las narices, se pararon. Desde atrás aparecieron el Jefe y Nicole. Apenas se les reconocían, eran como los demás de horripilantes, poco había de sus antiguos rasgos, pero lo suficiente para reconocerlos. Nos quedamos quietos, sin saber qué hacer.

Nicole se acercó con su habitual contoneó, nos acarició con sus uñas largas, afiladas como chulillas y nos repasó uno por uno, el total contorno de nuestros cuerpos. No nos movimos un milímetro, con la esperanza de salir vivos de esta. Cuando pareció que se quedó satisfecha, se retiró, no antes de darme un beso con su horrenda y apestosa boca. Se apartó dando paso al Jefe, que se plantó delante de mí, ignorando a sus antiguos subordinados.

—¿Con que Tiburón, o debo llamarle Sr. Martínez? —preguntó socarrón, dirigiéndose a mi persona.

—¿Cómo? —le contesté de la forma más inocente que supe.

—No te hagas el tonto, te piensas que no sabía quién eras desde un principio —contestó muy sobrado.

La verdad, no entendía nada, me habían pillado. Ahora qué importaba ya que se supiese, me dije para mis adentros. El Nene y el Músculos me miraron aturridos, pero pronto se repusieron, apartándose de mí, esperando que la furia del Jefe o quien quisiese que fuere, se descargara sobre mí. A una señal suya, los bichos se abatieron sobre los desgraciados, que en un decir amén los despedazaron, no dejándoles tiempo ni siquiera a preguntarse qué les estaba pasando. Yo no me moví, cerré los ojos a la vez que recé todo lo que sabía y mucho más. Nada, no pasó absolutamente nada. A mi alrededor la sangre cubría el suelo, en donde los bichos lamían el mismo, no dejando ni rastro de los desgraciados. Pacientemente, el Jefe y Nicole esperaron a que todo acabara.

La voz del jefe me sacó de mi aturdimiento:

— ¡Puaf! No eran más que chusma, Sr. Martínez —me dijo con asco.

—Eso mismo pensaba yo, Jefe —contesté de la forma más natural posible.

—¡Ja, ja, ja! Este tío puede conmigo, resulta que está al borde de la muerte y todavía se permite el lujo de hacer como si nada hubiera ocurrido —dijo dirigiéndose muy socarrón a su hija.

Esta a su vez también se rió, acercándose a mí, mostrándome sus colmillos sedientos de sangre. A una señal de su padre, ella se retiró, no sin antes mostrar su descontento. Con otro ademán despidió a la horda de bichos, que raudos desaparecieron en un visto y no visto.

Se me acercó, lo mismo que si fuéramos colegas de toda la vida. Me rodeó con su brazo los hombros, invitándome a seguirle. Su hija, a su vez, me tomó del brazo, como si fuéramos una pareja de novios. Así, de esta guisa, escoltado por este par de vampiros, me condujeron adentro del edificio.

CAPÍTULO XV (EL SEÑOR MARTÍNEZ)

La puerta estaba bien disimulada, imposible que la hubiéramos encontrado. A un toque suave del padre, se abrió mostrándome una estancia muy confortable, pero sin ventanas, apenas iluminada por una tenue luz proveniente de una lámpara de aceite, que alumbraba lo justo para no tropezar. Por lo visto, ese no era el problema de esta pareja, que se defendía en esta penumbra como pez en el agua. Me invitaron a sentarme en una butaca de una indeterminada época. La hija, cual fémina solícita, se arrodilló a mi lado, acariciándome con esas zarpas, lo mismo que si estuviera deleitándose a través de su tacto para después engullirme como si fuera un pollo asado. Delante de mí, una mesa escritorio, y detrás de ella se acomodó el Jefe, que juntando las manos, como si estuviera rezando, empezó a hablar:

—Sr. Martínez, salga de su fantasía. ¡¡Ahora!! —no era un procedimiento admitido, pero el Doctor nunca aprobó los métodos aprendidos en la facultad de siquiatria. Su paciencia llegó a un límite máximo de entendimiento con el paciente. Él siempre aspiró a hacer algo más, diferente a todas luces. Cuando tomó la responsabilidad del sanatorio, se prometió a sí mismo que nunca le seguiría la corriente a un enfermo. Este hombre, asesino en serie, no podía evadirse de la realidad, inventándose un mundo en donde los demás tenían la culpa para justificar sus crímenes.

El demente, algo molesto por la interrupción, lo contempló con una mirada curiosa, como si fuera la primera vez que lo viera. Incluso ladeó la cabeza en un claro signo de incredulidad. Su mente empezó a digerir ese corto circuito que supuso lo abrupto de la interrupción. El Jefe ya no le pareció un vampiro, poco a poco, el blanco de su bata se aclaró en su mente. Nicole se transformó en una enfermera que estaba a su lado administrándole un calmante en vena. Movié su cabeza en todas direcciones. El entorno se transformó en un immaculado consultorio con toda la parafernalia propia de un gabinete médico. El sonido de los enfermos, que fuera estaban paseando por el jardín, le acabó de devolver a una realidad que tenía bien oculta. Entraron dos robustos celadores, lo tomaron por las axilas y se llevaron al incrédulo paciente. El doctor hizo una señal a la enfermera, dándole a entender que ya no la necesitaría y acto seguido se dispuso a teclear su informe:

"Paciente de mediana edad".

¿De qué edad estamos hablando, la mitad de 100 años?, se preguntó a sí mismo. Al doctor nunca le gustó la dichosa frase. Era un "cliché" absurdo, pero lo puso a regañadientes. Siguió tecleando: "con una imaginación fuera de lo normal. Entiéndase: fantasear hasta conseguir hacer que su mente creara que su vida corría peligro. Se auto-convenció de sus actos mediante una alocada historia, creada en lo más hondo de su cerebro enfermo. Tiene conmemoraciones de libros o películas vistas con anterioridad. Su paranoia llega a tal punto que después de matar a su familia, dirigió su odio a su idolatrado jugador de fútbol, al que asesina sin duda por la envidia de su vida licenciosa que los medios propagaban". El doctor sabía muy bien que todo era propaganda de los medios audiovisuales para exagerar la vida de los famosos. En realidad, él había tratado a algunos de ellos y si todos supieran que sus problemas eran corrientes y cotidianos, como cualquiera de nosotros, no serían tan famosos, pero todo vende y cuanto más mujeriegos y derrochadores eran, más rendimientos para el Club al que pertenecían. Al doctor tampoco le gustó la palabra "**pertenecer**", la recalcó en negrita.

Se las arregló para hacer creer a su mente que la culpa era del famoso por haber sido él el motivo de haber matado a su familia. De esta manera, todo quedaba en casa, limpiando su conciencia. En un descuido de los celadores, mató a varios internos, alardeando de ser un famoso y despiadado asesino a sueldo. Haciendo una verdadera carnicería, excusando sus crímenes, situando sus depravados instintos en

un escenario para el que copia en su mente este sanatorio, en donde ubica una horda de vampiros y zombis que lo quieren devorar.

El caso es que tiene episodios de verdadera lucidez, pero lo usa para hablar con un supuesto muerto al que él dice que suplanta.

En definitiva, un caso muy difícil, pero no imposible. Lo trataré de forma que la ciencia se rendirá a mis pies. Todos aquellos colegas envidiosos, ruines, melindrosos y perniciosos que me sepultaron en este hediondo y miserable sanatorio se arrepentirán cuando comprueben mi exitoso método.

El doctor cerró el puño, levantándolo hacia el techo, apretó los dientes e hizo una promesa a sí mismo, y esas nunca se traicionan por muchos años que pasaran.

La celda del Sr. Martínez era de las destinadas a una sola persona. Era tal reducido su tamaño que se andaban en cuatro pasos: toda ella acolchada, con un triste catre por cama y un inodoro de aluminio fijado al suelo, de manera que era literalmente imposible arrancarlo. El sistema de vaciado del agua estaba empotrado en la pared, de esta manera no se podía manipular. El susodicho parecía un animal enjaulado, daba dos zancadas, rebotaba con las manos en la pared y vuelta a empezar y así continuamente todo el día.

El doctor lo observaba muy atentamente por el tragaluz de la puerta. Después de un buen rato estudiando la situación, decidió actuar. Mandó que le abrieran la puerta. El celador le preguntó si quería que estuviese presente debido al peligroso enfermo. El doctor, con un ademán, dio a entender que no hacía falta. El sanitario no quedó muy tranquilo, pero el facultativo mandaba, así que acató la orden, no antes de volver a subrayar lo peligroso de la situación.

El ido se quedó parado inspeccionando al intruso, lo mismo que un animal que por el olor reconoce a los de su camada, pareció recordar en él a alguien que le era familiar. No lo dudó y se le acercó sin temor ni rechazo. El médico se quedó quieto.

¡Nunca demuestres miedo!, se dijo a sí mismo, ¡nunca, jamás! El hecho es que funcionó. El ido, al ver que el otro se desenvolvía con naturalidad, algo en su mente encajó, al no demostrar el doctor el menor temor, daba la suficiente confianza para deducir que no representaba amenaza alguna para él. El doctor se sentó en el catre e invitó al demente a que lo imitara.

—Buenos días, Sr. Martínez, ¿qué tal la noche? —su voz aflautada revelaba una exagerada tonalidad rayando el esnobismo. Parecía que no se dirigiera a una persona.

—Usted debiera de saber que los locos no dormimos, es una pérdida de tiempo —respondió mirándolo directamente, esperando una reacción a lo que él pensaba que era una genialidad.

—¿Usted sabe quién soy? —preguntó el doctor.

—Por supuesto, sé quién es usted, ¿se piensa que soy idiota? —respondió algo ofendido.

—Bueno... aclarando que usted sabe quién soy y por supuesto debe de saber dónde y por qué está aquí, podemos continuar, Sr. Martínez.

—Por favor, doctor, proceda a lo que usted quiera o prefiera, soy todo oídos y no haga caso de mi mal ganada fama de asesino en serie. Como usted ha comprobado, está usted todavía vivo. Tranquilícese, solo mato a la chusma que nada tiene de interesante que ofrecerme —terminó con un deje sarcástico para darle más credibilidad a sus palabras, pero el médico no se impresionó. Tenía un arma de fuego de pequeño calibre en su bolsillo. Era su seguro de vida, pudiera ser un valiente y luchaba por sus métodos, pero no estaba loco. Apreciaba su vida.

—¿Usted sabe lo que le pasa? —le preguntó así sin más. Era parte de su método, directamente a la yugular.

—Por supuesto, doctor —respondió muy tranquilo.

—Entonces, estará usted conmigo en que no es un comportamiento digamos muy ortodoxo...

—No sé a dónde quiere usted ir a parar, doctor, a mí me parece de lo más normal.

—¿Normal, qué entiende usted por normal?

—A todos los que maté fue pactado entre nosotros antes de nacer —contestó convencido de sus palabras, que para él eran de ley.

—Por favor, Sr. Martínez, puede usted ser más claro, como comprenderá, cuesta creerlo. Se hace usted cargo, ¿verdad?

—Faltaría más, doctor, para eso estamos —respondió muy redicho.

—Por favor, Sr. Martínez, soy todo oídos —la verdad que el doctor estaba acariciando su arma en respuesta por el espanto que originaban las contestaciones del ido, que cada vez espesaban más la mente del médico. El demente reflexionó durante unos segundos, atrayendo la curiosidad del facultativo, que pensaba en la hora del almuerzo, deseando que aquello llegara a algún lugar que no fuera la mente trastornada del enfermo.

—Doctor, usted debería saber que en otra vida fui un sanador y curaba a las personas usando hierbas y métodos naturales, pero viví en tiempos atrasados e ignorantes. Tomando mis conocimientos por actos impuros, fui torturado y quemado por brujería —hizo una pausa para que el médico digiriera sus palabras. Este, a su vez, aprovechó para decir:

—¡¡No me diga más!! Todas sus víctimas tuvieron algo que ver con su pasado. ¿A que sí? —el tono era impertinente e insultante.

—¿Se burla usted de mí, doctor? —no fue una pregunta en tono amenazador, pero sí algo burlón.

—Por supuesto que me burlo de usted, ¿pensaba que me iba a tragar semejante cuento? —sin miedo, directo y contundente, formaba parte de su tan cacareada técnica.

—Entonces, doctor, usted es de la opción de los que si no lo ven, no lo creen. ¿Verdad? —no era una pregunta, más bien era una respuesta a las dudas del enfermo.

El sonido de un arma de fuego despertó al celador, que dormitaba leyendo los deportes de la sección de un manoseado periódico.

El horrible espectáculo que se le presentó ante sus ojos lo dejó paralizado. No era un hombre impresionable, curado de espanto debido a sus numerosos años viendo toda clase de situaciones que hubieran asustado a cualquiera. Para él era la rutina de cada día, pero aquel día no lo olvidaría jamás. El demente en actitud depredadora estaba agazapado encima del desgraciado doctor, que por todo movimiento agitaba sus extremidades debido a los estertores de una muerte tan horrible que jamás se la hubiera imaginada. Él, que con su consabida experiencia y su sobrada sabiduría, estaba al tanto de cualquier avance en la siquiatria. Cuando estaba acariciando el premio y oyendo las alabanzas dadas por alguna academia de las artes y las ciencias, lo único que ahora oía era el demente gruñendo como una fiera salvaje agarrado a su yugular. Cuando el celador entró, el trastornado se levantó con la cara ensangrentada, los ojos idos y toda su faz estaba dibujada con un rictus de hiena salvaje. Se dispuso a saltar sobre el pobre desgraciado, que, paralizado de terror, lo único que alcanzaba a hacer fue retroceder hasta tocar con la pared de su particular paredón.

Se le aproximó tan cerca que pudo oler su pestilente aliento. Sus afilados dientes de criatura endemoniada le rozaban la oreja, la baba le caía de sus fauces entreabiertas, casi con un susurro le dijo al oído:

—¿Tú también quieres comprobar mis teorías? —el celador, no entendió palabra, pero algo le dijo que debía seguirle la corriente, a lo que contestó, más bien balbuceó:

—Por favor... no me mates, tengo mujer e hijos... —el demente lo miró algo sorprendido, pero fue muy curioso, empatizó con él.

—Descuida, no te voy a matar, solo te voy a librar de tu carga... —le contestó, como el que le hace un favor a otro.

Cuando acudieron los demás, alertados por los alaridos del desgraciado. La escena era digna de

cualquier película del holocausto caníbal. Literalmente, se estaba comiendo a sus víctimas, con la boca llena, se dirigió a los recién llegados:

—¡¡Estúpidos malnacidos de hembra mortal!! ¿Queréis redimiros y juntaros con vuestros compañeros? —no era una pregunta para responder, los enfermeros que, estupefactos, no reaccionaban a tiempo, sucumbieron a las embestidas de la fiera, permitiendo que su reacción fuera la de un feroz animal suelto. Se abalanzó sobre ellos, no dándoles ni siquiera la oportunidad de pensar qué les estaba pasando.

CAPÍTULO XVI (ENCUENTRO CON LA LOCA)

La vida de un depravado asesino era dura y más si tiene uno que trabajar a destajo. Acabó con casi todos. La mayoría de los enfermos lo tomaron por una especie de justiciero que, vestido con una sábana y armado con un hacha, iba desmembrando a todo el que se encontraba a su paso. Fue fácil, la verdad, eliminado el personal del sanatorio, los pobres enfermos, entre risas y juegos, sucumbieron a las travesuras del depredador que, viendo a los inocentes residentes, no dejaba de reírse persiguiéndoles, como un juego infantil, pero el final de cada uno era mortal. A ninguno se les ocurrió pedir ayuda o fugarse mientras pudieron. Era un carrusel mortífero, en donde el de la sábana liada a la cabeza con su hacha ensangrentada los liberaba de todos sus males. Era su forma de hacer justicia en este universo, en el que no le gustaba nada de lo preestablecido, no pudiendo ver sufrir a nadie que se vanagloriase de ser un humano.

Exhausto y decaído se dejó caer en un catre de una celda abierta. Acurrucado, con su hacha tomada como si fuera un bebé se dispuso a descansar. Después de liberar al mundo de tanto sufrimiento, para él era un merecido descanso.

Una voz chillona y autoritaria le vino a despertar de ese sueño que tienen los justos e inocentes de corazón:

—¡¡Amigo, eh, amigo... despierta!! —el Sr. Martínez estaba muy cansado. Ya no eran años para ir matando, todo tenía su límite y él estaba ya muy mayor para estas correrías, por lo que soñoliento e irritado, contestó.

—¡¡Quién coño es!!

—¡¡Quién va a ser, yo, tu amigo del alma!! —contestó el intruso muy fanfarrón.

El Sr. Martínez se quitó las legañas, aclarando su vista con sus puños a modo y a falta de toalla, en cuanto reconoció al intruso respondió:

—Tiburón, tú por aquí, yo te hacía en el otro mundo, viejo amigo...

—¿Cómo que Tiburón? —respondió el intruso extrañado.

—¡¡Joder, amigo!! ¿Ya no te acuerdas de mí? —contestó muy desilusionado y enfadado.

—¡¡Vamos a ver, imbécil!! Todavía estás con esas, a ver si te enteras, que yo soy tú, sacado de tu mente, pedazo de alcorcho.

—¡¡Imposible!! Tú eres el verdadero Tiburón, al que tuve que suplantar para salvar el pellejo.

—¡¡Qué Tiburón ni qué niño muerto!! Imbécil, era tu excusa, tu coartada para matar a toda esa pobre gente, no te das cuenta. Asesino, canalla, que masacraste a todos los tuyos con la excusa de librarles de un supuesto sufrimiento que solo está dentro de tu estúpida cabeza...

El Sr. Martínez se agarró la cabeza con ambas manos en un claro signo de librarse de su particular acusador, gritó, se desesperó y significó que todo era mentira, que nada era real. Fue directamente a dar con su cabeza contra la pared, de suerte para él que estaba acolchada y solo sufrió una pequeña contusión.

Lo veía tan claro y nítido allí delante de él, cuan grande con su atuendo típico de matón, su arma e incluso esa cara de malnacido que tanto asustaba a sus enemigos, cómo era posible creerse que fuera fruto de su imaginación. El susodicho pareció que se apenaba de su atormentada mente, por lo que reflexionó y le significó lo siguiente, en un tono paternalista:

—Tampoco tienes tú toda la culpa... Cuando Dios creó al hombre y a la mujer les dijo: “Creced y

multiplicaos", por lo tanto el hombre no puede ser engendrado de ninguna manera que no fuera entre hombre y mujer, pero los demonios tienen su papel como causa secundaria y artificial, consiguieron semen de tu padre, que fue un día a visitar a una prostituta que no era sino un demonio disfrazado. Cuando el incauto eyaculó, derramó su semen dentro del endemoniado que la recogió. Luego, una noche en donde tu madre, ajena a todo, tuvo un sueño erótico e inconfesable, en donde copulaba con un ser tenebroso que la domó como a una yegua salvaje. Aprovechando la dilatación de su vagina le fue introducido el semen manipulado de tu padre, y ahí entras tú, con los genes heredados de los endemoniados.

El Sr. Martínez exhaló un suspiro de alivio a la historia de su otro yo, contada con la imparcialidad propia de uno mismo. Aquello le congratuló con el mundo, por fin tenía una explicación a toda su existencia.

—Eso lo explica todo, Tiburón. Esa necesidad que tengo de que nadie sufra, ese elevar mi persona hacia el otro y mi renuncia a todo lo material de este jodido mundo —conforme hablaba se cargaba más de razón. Su álter ego lo miraba como aquel que mira a un subnormal, con condescendencia actitud, sin remedio de enmienda. Con resignación, dio por perdido a su compañero de fatigas, ya que su capacidad por discernir entre la realidad y su fantasía tan bien montada lo tenía dudando y a su vez le contaminaba hasta tal punto que bien pudiera tener razón.

El escenario era de lo más asqueroso y trágico. Parecía el suelo de un matadero, lleno de vísceras y órganos pegados por todas partes. Había que tener mucho cuidado a la hora de andar so pena de resbalar. El desastroso lugar hubiera herido hasta la peor de las sensibilidades.

En su deambular sin rumbo fijo por todo el sanatorio en busca de lo que ni siquiera sabía que buscara, descubrió algo que le sacó de su febril locura. Pudiera ser que Adán, de tanto reclamar una compañera para él, este loco encontrara algo similar. No es que lo pidiera, no es que lo deseara, tampoco su libido se lo ordenara. Así es de juguetón el destino, cuando algo no quieres ni tampoco lo deseas, se te concede.

En la parte del hall del sanatorio, observó atónito a una chica vestida con el típico pijama de enferma. Estaba inclinada sobre un cadáver destripado. Sus gruñidos delataban su ímpetu por hurgar dentro del cuerpo en busca de las partes más apetecibles. El Sr. Martínez no salía de su asombro. Aquello estaba fuera de contexto. Él era el depredador, él era el exterminador. ¿Cómo era posible que hubiera alguien más con semejante apetito?

La susodicha se levantó dirigiéndole una mirada de hiena asustada. Cuando se dispuso a salir corriendo, el Sr. Martínez le gritó:

—¡¡Espera, no te vayas!! ¡¡No te haré daño!! —su curiosidad pudo más que sus tendencias criminales. No podía dejar escapar a tan raro espécimen humano y más pareciéndose a uno mismo. Merecía la pena esperar.

—No te creo... he visto lo que les has hecho a los demás... —balbuceó la chica atemorizada.

—Tranquila, espera... —intentó inculcar sosiego a sus palabras.

La chica debió de pensar que era inútil salir corriendo y encomendándose a su suerte, decidió quedarse. Cuando estuvo a su altura, miró el cadáver medio devorado y miró la chica con sus manos y cara manchadas de sangre.

—Vaya, vaya, veo que tienes mucho apetito —no era una pregunta, sí un tantear a la persona a la que se dirigía. La vida de la misma dependía mucho de su contestación, aunque él deseara que contestara con satisfacción, ya que se hubiera lamentado de tener que comerse a esta chica. Necesitaba saber algo más de ella.

—Está muy bueno, gracias —contestó la chica con algo de desconfianza. Al ver que de momento no corría peligro, se dedicó a seguir con su particular banquete.

—¿Cómo es que te gusta lo mismo que a mí? —preguntó el iluminado.

—A mí —respondió la chica— siempre me ha gustado.

—Entonces, veo que estás aquí por tus gustos culinarios. ¿Verdad? —preguntó el ido, aunque sospechó que sabía la respuesta.

—Bueno... eso dicen, pero claro si a ti también te gusta, eso quiere decir que no son tan raros. ¿Verdad? —respondió la chica, que ya masticaba con más confianza.

—Pues claro que no son tan raros. Son los demás los anormales. Ellos se lo pierden, ¿a que está muy bueno? —necesitaba una complicidad por parte de la chica, le gustaba tener a una semejante y encima era una hembra, la felicidad casi completa.

La chica dejó de comer, se levantó. Él se quedó como paralizado, hechizado. Los dos se miraron directamente a los ojos. En la cara de la fémina algo despertó, algo profundo que viajó desde su interior y acabó estallando en su cabeza. Esa corriente que hace que tu corazón palpite como un caballo desbocado, esa sensación de no pisar el suelo, esa levedad que da la atracción mutua entre dos personas que parece que han nacido el uno para el otro y de repente se reencuentran después de tanto tiempo separados por varias vidas. En esos momentos, no existía nada que no fueran ellos dos. Todo desapareció, se acercaron el uno al otro: primero se tocaron las manos, los brazos, luego subieron por los codos, siguieron por el cuello, se palparon la cara, como si fueran dos ciegos leyéndose el rostro y finalmente acabaron acariciándose el cabello, para luego, exhalar un largo y profundo suspiro. Así estuvieron largo rato observándose, tocándose con tanta ternura e inocencia que sus respectivas manos transmitían el uno al otro todas sus sensaciones. Tuvieron un orgasmo mutuo sin necesidad de penetración. No hacía falta, eran dos almas gemelas.

CAPÍTULO XVII (LOS DEMENTES JUSTICIEROS)

A partir de entonces, se volvieron inseparables. Se pusieron de acuerdo en su forma de actuar ante la civilización, a la cual odiaban, considerándoles lo mismo que si fueran ganado. Tenían un punto en común que les mantenía unidos como el mejor pegamento que existiera: el odio que profesaban a todo lo establecido por la sociedad de consumo. Hicieron un juramento: por encima de sus vidas estaba su misión, a la que denominaron "limpieza".

Luego de cambiarse de ropa, aprovisionarse de despojos y tomar un vehículo de urgencias, salieron del sanatorio en pos de su cometido.

La ambulancia con las luces encendidas y la sirena aullando iba a toda velocidad por medio de la ciudad. Con toda su parafernalia, parecía un árbol de Navidad. Mientras el demente conducía, ella se asomaba por la ventanilla. Entre risas y bromas, maldecía e insultaba, haciendo signos obscenos a todos los que se encontraban.

Su meta ya la hablaron anteriormente. Estuvieron de acuerdo para empezar por allí. La cadena televisiva que más porquería emitía y más engañaba, ese era su primer objetivo. ¿Plan? Ninguno, improvisar y tener suerte, ¿qué mejor método que ese?

Con la excusa de que alguien llamó a urgencias, consiguieron burlar la seguridad de la puerta principal. Tomaron una camilla de mano y, raudos, enfilaron para el ascensor. El personal, curioso y sorprendido, se apartó a su paso. Cuando hubieron pasado, se hicieron corrillos, preguntándose ¿a quién pudiera haberle pasado algo?

Cuando llegaron al 5º piso del edificio, no tuvieron dificultad en encontrar la oficina del director. En letras grandes y doradas estaban encima de una gran puerta de color caoba.

Entraron como una exhalación. En la antesala estaba su secretaria que, estupefacta, vio como una pareja de sanitarios ingresaban, como un elefante en una cristalería. Quedó paralizada, sin saber qué hacer. Fueron el par de segundos que le costaron la vida. La enfermera, en un perfecto movimiento sincronizado, tomó el bisturí que previamente escondió debajo del cubre de la camilla. En un par de zancadas, se le acercó lo suficiente para, con un certero movimiento, degollarla. La carita bien maquillada de una chica de veinte y pocos quedó con la boca abierta, los ojos vidriosos y con ambas manos agarrándose la garganta en una inútil maniobra por parar la hemorragia por donde se le escapaba su vida.

Una existencia de grandes aspiraciones: sueños, llenos de proyectos, plena de momentos buenos y malos, que ahora quedarían truncados por una pareja de trastornados justicieros. Conforme los estertores de la muerte se apoderaban de su existencia, en su mente aparecieron, lo mismo que si fuera una película en la que ella era la protagonista, todas y cada una de las alegrías y desdichas vividas. Situaciones que para ella en su día pasaron desapercibidas y sin importancia ahora reaparecían con total nitidez. La agonía le duró unos cuantos segundos, pero ella continuamente se preguntaba el fin de dicho sufrimiento. Por fin se sumió en la inconsciencia, derrumbándose tal cual estaba, lo mismo que si fuera una muñeca rota. Así quedó en el suelo lleno de sangre.

Mientras el Sr. Martínez abría la puerta del despacho, la enfermera se dispuso a devorar lo que para ella era el trofeo del guerrero. El corazón todavía palpitante y caliente que sabía a gloria bendita. Ayudada por el bisturí con destreza abrió la caja torácica. Luego hurgó con las manos hasta que lo arrancó de sus arterias, lo mismo que si arrancara un motor todavía conectado a sus respectivos cables. De un mordisco se comió medio corazón, succionó la sangre de los ventrículos y saboreó el resto del

joven órgano vital.

El director, con cara de pasmo, estaba sentado detrás de su mesa escritorio. No tuvo tiempo de esgrimir protesta alguna. El enfermero ya le puso el hacha al cuello en una clara advertencia. El susodicho quedó mudo, paralizado y aterrorizado. No tenía ojos nada más que para el hacha que como la espada de “Damocles” pendía encima de él.

Con la boca manchada de sangre y limpiándose la misma en las mangas de su uniforme, entró la enfermera, que, burlona, se sentó encima del escritorio.

—¿Quiénes sois, qué queréis? —balbuceó el desgraciado.

—¡Somos los dementes justicieros! —contestaron al unísono seguido de carcajadas y burlas por la cara de estúpido que se le estaba quedando al director, que de seguro se ensució los calzones.

—¿Cómo, qué cojones están diciendo? —respondió aterrorizado.

—¡Escucha y calla, estúpido! —le respondió el Sr. Martínez acercándose tanto que le escupía en la cara a la vez que le hablaba. En cuanto el hombre lo tuvo acojonado, la chica lo miró como pidiendo permiso para hablar. El Sr. Martínez asintió, entonces habló la muchacha:

—¡¡Vas a pagar por todo lo que has hecho durante años!! —su cara reflejaba un odio desmesurado, para un hombre que enseguida repasó su vida en busca de algo que pudiera encolerizar a semejantes individuos. Para él, su comportamiento era de lo más normal, pero si incluso era caritativo con los pobres y además tenía a un negrito adoptado, de esos que nunca llegas a conocer personalmente, pero que de vez en cuando te envían una carta de agradecimiento, contándote sus progresos en la vida. Muchas veces se preguntaba hasta qué punto era verdad aquello, pero qué más daba si conseguía el efecto de limpiarle la conciencia. Bien está lo que bien acaba, se decía siempre a sí mismo.

—¡¡Pero vamos a ver!! ¿Están ustedes locos o qué? —no era una pregunta, más bien una protesta a una situación en donde la rabia y la impotencia lo tenían atenazado de pies y manos.

La demente tomó el bisturí y empezó a hacerles cortes por toda la cara. Aquel aulló de dolor. A cada tajo que le propinaba al desgraciado le explicaba el porqué de cada agresión:

—Esto, por la publicidad cada 5 minutos. Esto, por la porquería de programas machistas. Esto, por los refritos y repetitivas series.

El hombre con tantos cortes tenía la cara hecha un mapa, sangraba como un gorrino y berreaba como un becerro en celo.

Hartos de sus gritos, hicieron una bola con el papel higiénico y se lo metieron en la boca a modo de mordaza. Entre que no respiraba bien y que no podía dar rienda suelta a su dolor, su cara empezó a cambiar de colores hasta coger una tonalidad azulada. En cuanto se aburrieron de él de un tajo pusieron fin a sus sufrimientos.

Lo pusieron encima de la camilla, lo taparon con la sabana de rigor y enfilaron raudos para la salida. A todo aquel que preguntaba, les contestaban la premura de llevar al director a urgencias. En un lugar fuera de la mirada de los curiosos, pararon, abrieron el portón del vehículo, levantaron la camilla y como si fuera un entierro en alta mar, deslizaron el cadáver, que debido a la ley de la gravedad, acabó deslizándose por un terraplén, en donde al final lo esperaba un vertedero ilegal repleto de toda clase de inmundicias.

—¡Un hijo de perra menos! —sentenció el Sr. Martínez.

—Me apetece ir al cine —dijo ella sin venir a cuento.

—Eso, iremos al cine, que tengo una cuenta pendiente... —aseveró el Sr. Martínez.

A regañadientes, pagaron sus tickets en taquilla.

En donde una empleada mal pagada y soñolienta les atendió con tan mala gana que tuvieron que repetirle un par de veces el nombre del largometraje al que previo bombardeo publicitario se les quedó en la memoria. De esa manera instintivamente pidieron ver la que tenían en su subconsciente.

El pasillo hasta la sala de proyección se le hizo interminable al Sr. Martínez. Tuvo que sortear los puestos de refrescos y palomitas, ubicados adrede, en un sitio tan estratégico en el que casi tropezaban con ellos. La fémina, igual que una niña malcriada, le suplicó que le comprara algo para picar y beber. El Sr. Martínez sucumbió ante la mirada lastimera de su compañera. Luego de complacer sus caprichos, la tomó de la mano, arrastrando a la chica. Sortearon los tenderetes como si fueran un campo minado por trampas explosivas. A derecha e izquierda, los bombardeaban con miles de aperitivos, bebidas y productos insanos que solo perseguían llenar los bolsillos del dueño del local, que ingresaba más dinero por esos productos que por las proyecciones cinematográficas. Por fin con una escaramuza digna de los mejores comandos de guerrillas, consiguieron entrar en su correspondiente sala.

El Sr. Martínez ya estaba perdiendo su paciencia. Todo iba de mal en peor. La publicidad antes de la proyección acabó por rematarlo. Nunca comprendió el porqué de semejante atraco. Después de pagar el elevado precio de la entrada y gastarse un dinero en las consabidas palomitas y los refrescos de cola ¿por qué tenía que aguantar la publicidad?

Estaban también los propios espectadores que, aunque fueran pocos, pero debido a la ingente comida que consumían, hacían tanto ruido que parecían un ejército de termitas devorando la madera podrida. Luego, para colmo de males, estaba aderezado por los ruidos de las succiones de las bebidas, los móviles sonando y el cuchicheo de los maleducados asistentes acabaron por crisparle los nervios de tal manera que ya no disfrutaba de la sesión de cine. Luego de fulminar con la mirada a la fémina, que intentaba hacer el menor ruido posible, le dijo que necesitaba ir al baño.

Cuando el Sr. Martínez estaba orinando, algo le tocó el hombro. Ni siquiera se giró.

—¡Tiburón, no jodas y déjame mear tranquilo!

—Y dale con el nombrecito. Te lo repito, yo soy tú, a ver si te enteras, cabezota.

—No te hagas el tonto, Tiburón, déjame que te diga una cosa.

—En fin, paciencia. Dime.

—No puedo aguantar mucho tiempo. Tengo los nervios crispados por tanto energúmeno.

—Ya sabes el dicho: si tu ojo te molesta, arrácatelo.

—Entonces, ¿tengo que arrancar la mala hierba, Tiburón?

—Así de claro, tendrás que seguir haciendo de jardinero.

—¿Y ella, Tiburón, qué hago con ella?

Después de lavarse las manos y refrescarse la cara, se miró en el espejo. Allí estaba, detrás de él, pegado como una lapa, aunque dijera que era él mismo y no otro, el Sr. Martínez sabía perfectamente que esa voz no le pertenecía.

—¿Con qué arranco la mala hierba, Tiburón?

—Muy fácil, piensa en un arma, en un instrumento o mejor visualiza la herramienta perfecta para tu misión.

El Sr. Martínez se puso a pensar y visualizar una pistola semiautomática, equipada con su cargador de 15 cartuchos, su silenciador, su empuñadura niquelada de tacto suave y gatillo fácil.

—¡Eh, voilà! —le dijo el Tiburón en un francés remilgado.

—¿Cómo es eso posible, amigo? De la nada salió esta arma perfecta para mí.

—La mente, esa gran desconocida, compañero —sentenció con gran alarde. Lo que no recordaba, era que la tuvo siempre consigo, pero no se materializó para él hasta que no la necesitó.

Parecía un niño con su juguete nuevo, una vez que se hubo acomodado de nuevo en su butaca. Visualizó a varios, que con su móvil encendido daban el suficiente haz de luz para delatarlos en la oscuridad. A todos y cada uno de ellos, les pegó un tiro. A cada disparo, la fémina botaba de alegría. En un momento dado, incluso le arrebató el arma y probó suerte con el tiro al pichón. El silbido de las balas al rasgar el aire, combinados con el sonido del filme, no delataba su mortífero viaje, por eso, uno a uno fueron

cayendo, sin darse cuenta de lo que le pasaba a su vecino.

—Me aburro —le dijo la chica con desgana.

—Yo también me asqueo. Ya no queda nadie, será cuestión de salir antes de que acabe la peli y den de nuevo las luces.

Con todo el disimulo posible, optaron por salir por la salida de emergencia. Una vez fuera del recinto, decidieron ir a comer algo. Qué mejor que algo rápido, calórico y barato. La insana y tan cacareada comida rápida. Unas luces de colores imitando a un gran árbol de navidad, presidido por un enorme payaso con una sonrisa eterna dibujada de oreja a oreja, les anunciaban que estaban en el sitio adecuado.

Al entrar, observaron la cantidad de devoradores de comida rápida y bebidas refrescantes. El local era un bullicio. La algarabía de ruidos y olores se combinaban con la música, puesta adrede para que se consumiera mucho más, lo mismo que se hace con los pollos para el engorde.

La pareja se abstrajo contemplando las fotos de enormes hamburguesas con su atiborrado contenido, que sobresalía del empanado como mujeres preñadas de trillizos. Era tal el hambre, que la fémina, cuando le llegó el turno de pedir, señaló a la foto que presidía la parte alta del local. Al rato le trajeron el producto deseado, le echó un vistazo y miró al dependiente diciéndole:

—¿Esto qué es? —muy enfadada señaló la hamburguesa; en comparación con la de la foto, era de una escala muy reducida.

—La doble hamburguesa con queso —resaltó con sorpresa el dependiente.

—¿Doble? —recalcó la chica muy disgustada.

—Por supuesto, señorita, la más grande que tenemos, que aproveche —pretendiendo suavizar la situación.

La fémina, rauda, le tomó por la ridícula corbata que formaba parte de su obligatorio uniforme y le dijo fijamente con esa mirada de hiena asesina.

—¡¡O me traes la de la foto o te dejo más seco que un bacalao!!

El Sr. Martínez se divertía al ver a todos parados, acojonados y sin saber qué hacer. Incitados por el escándalo, los trabajadores de la cocina acudieron a ver tan extraño comportamiento. Los niños, que eran mayoría, disfrutaban del espectáculo y sus padres, temerosos de que les pasaran algo, los reunieron sacándolos de las proximidades de la pareja y de los juegos puestos adrede para que los padres pudieran consumir tranquilos.

El dependiente, medio ahogado, farfullaba unas palabras de excusa procurando no enfadar a semejante cliente insatisfecho, pero sus momentos estaban contados. La chica, viendo que no conseguiría nada por las buenas, le dio tal mordisco en la yugular, que pronto un reguero de sangre salió de su maltrecho cuello, manchando a todos los que se encontraban lo suficientemente cerca.

El Sr. Martínez se puso en la puerta de salida y bloqueó la misma. Por suerte para algunos, había otra puerta que daba a la parte de atrás del local, fueron el escape de muchos, que gracias a la misma consiguieron salvar su vida.

CAPÍTULO XVIII (LA FUNERARIA)

Hay ocasiones a quien todo le sale bien en esta vida. Marta era una de esas personas. Había heredado el negocio familiar, estaba soltera, sin hijos, sin compromisos, sin familiares y sus padres murieron dejándola huérfana a la temprana edad de 40 y algunos años más, edad que guardaba celosamente.

Por si fuera poco, su empresa era uno de los negocios más rentables. Nunca fallaba la clientela. Tarde o temprano, todos pasaríamos por el establecimiento, si no este, por algunos de la competencia, que ya procuraban entre ellos pactar los precios, digamos en una sana competitividad de no pisarse los unos a los otros.

Como era verano, nuestra amiga estaba algo ociosa, pero ella tenía las estadísticas a su favor. Los meses más propicios para el negocio eran los períodos de más frío. Este pequeño contratiempo no le preocupaba en absoluto. El invierno llegaría y todos sus excedentes de ataúdes saldrían pronto de su atiborrado almacén. Aparte de la funeraria, el local disponía de un crematorio y un velatorio. De esa manera podía ofrecer a sus potenciales clientes varios paquetes que lo incluía todo sin moverse del local, lo que la ponía en clara ventaja, frente a la competencia que tenían que depender de terceros y eso llevaba el inconveniente de encarecer los precios.

La verdad que a Marta la vida le sonreía. En su paraíso estaba ella tan a gusto mirando por la pantalla del PC la contabilidad de sus inmejorables cifras, a la vez que ensoñaba con las vacaciones de verano, en donde su grupo de amigas solteras en busca de aventuras caribeñas se apuntaron al evento en una algarabía de risas, anticipando el divertimento que les proporcionarían guapos, altos y fuertes mulatos.

Algunas veces las sorpresa matan y esta era una de las grandes, aun ni siquiera sospechando nada por parte de Marta.

Cuando entraron la pareja de dementes, a Marta aquello no le sorprendió en absoluto, gente más rara y estrafalaria había atendido. Para ella, la muerte nos hacía a todos iguales. Había personas que le compraban el ataúd para tenerlo en casa y desde luego, muchos lo encontraban tan confortable como una buena cama. Todo hay que decirlo y ella misma se sonrojaba al pensarlo. Los fabricantes de ataúdes los hacían cada vez más confortables y atrayentes para un público que pensaban estar lo más preparado y cómodo posible para el viaje al sueño eterno...

El Sr. Martínez y la loca quedaron algo descolocados. Su aspecto debería haber sobresaltado a Marta. Por toda respuesta a su estupefacción, les dijo:

—¿En qué puedo servirles? —habló con seguridad y aplomo, como su padre le enseñó. En este negocio, mientras el cliente normalmente está afligido o simplemente trata el tema con remilgada actitud, nosotros tenemos que mantener la calma e intentar aprovecharse de su dolor o directamente hablar de forma que venzamos sus prejuicios. Ese era el lema de su padre, que repitió e inculcó a su hija.

El Sr. Martínez miró a la loca, aquello le divirtió. Por consiguiente, admitió el envite y le siguió la corriente a Marta:

—Pues... ya que usted me lo pregunta y estamos en el sitio adecuado, mi esposa —señalando a la loca— y yo mismo estuvimos discutiendo sobre el final de nuestras vidas y llegamos a la conclusión de no dejar nada a la eventualidad.

—Inteligente decisión —interrumpió Marta.

—Como le iba diciendo, nos gustaría que nos informara de algún paquete que se ajustara a nuestro presupuesto.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó Marta no sin tener curiosidad por el alcance económico de tan singular pareja que bien pudieran ser unos adinerados estrafalarios.

—Por favor, el más completo —respondió el Sr. Martínez, haciéndose el ofendido.

Marta se lo sabía de memoria y empezó a recitar los servicios de la funeraria:

—Tenemos a su disposición: el Servicio Estándar Plus, adecuado para personas selectas —su forma de hablar era rimbombante, adecuado para un vendedor con piel de serpiente y lengua muy afilada. Al Sr. Martínez no le pilló de nuevas, a lo que contestó:

—Interesante. Prosiga, por favor...

—Muy amable —siguió Marta—. Este servicio comprende un arcón fúnebre de lujo, seguidamente les enseñaré unas fotos para que ustedes puedan elegir. Me imagino, caballero, que será para usted.

—Sí, sí, por supuesto —contestó el Sr. Martínez arqueando la ceja mientras la loca emitía risitas nerviosas, ya que sabía para quién era la caja.

Marta sacó de debajo de su escritorio el catálogo de ataúdes reservado para clientes exigentes. Lo abrió delante de la pareja, que lo miró con falsa curiosidad. Marta, con elegancia y grandilocuencia a cada paso de página, les iba recitando las cualidades de cada uno de ellos. Mientras las bonitas fotografías de diversos féretros desfilaban, la loca, como si fuera una niña malcriada, daba gritos de exclamación en cada una de ellas, lo mismo que si estuviera viendo el catálogo de los Reyes Magos.

Al final, como si de una comedia se tratara, hubo un tira y afloja entre la pareja. El Sr. Martínez abdicó en un falsa derrota en favor de la fémina, que, loca de alegría, daba palmadas abrazándose y besando al demente en agradecimiento por el capricho obtenido. Marta hacía caja en su mente de fría y calculadora empresaria.

Luego de anotar el precio del carísimo ataúd, pasó a exponer lo siguiente:

—Este servicio también incluye vestir y maquillar al difunto.

Al Sr. Martínez se le pasó por la cabeza cómo le gustaría vestir y si pudiera vestirse a su gusto.

—¿Puedo elegir cómo vestir? —preguntó.

—Desde luego, señor, tenemos además un gran surtido de trajes para dicho evento. Por supuesto con una tarifa añadida —contestó Marta, nombrando el costo extra con la boca pequeña.

—Sin problemas —contestó el Sr. Martínez dando a entender una falsa incomodidad.

Marta anotó el montante de la mortaja y el aseo del difunto. Evidentemente, después del velatorio, antes de precintar la caja, ya se encargarían de llevarlo de nuevo a su particular armario, en donde aguardaría que otro cadáver lo llevara el tiempo justo para doblar los beneficios de la funeraria.

Luego de preguntar a tan singular pareja si querían tomar algún refresco o algo para picar, pasó a exponerles el servicio del traslado al cementerio.

—Señores, también tenemos incluido el servicio del traslado del féretro al cementerio y de sus familiares.

—Pues figúrese usted, pero siempre he tenido el capricho de ir en un coche fúnebre tirado por caballos —dijo el Sr. Martínez muy formal.

Marta se quedó algo pensativa. De eso no tenían, pero claro también podía excusarse diciendo que en el último momento, fue imposible encontrar semejante transporte. Aunque antes se le cobrara al cliente por dicho servicio. Marta calculó que con algo de suerte y aprovechándose del dolor y desolación de la familia, pudiera ser que se olvidaran de reclamar la diferencia del servicio que no se pudo ofrecer. Otro beneficio doble que anotó mentalmente Marta.

Como no era plan de contrariar a ningún cliente, y menos perderlo, Marta optó por comprometerse con el capricho y anotó el gasto superfluo.

El Sr. Martínez, con un cinismo propio de un psicópata, siguió con la comedia en la que puso todas sus artes de comediante tragicómico.

—¿Y el papeleo? —preguntó con falsa inquietud como si le fuera en ello algo grave de máxima preocupación.

—Por supuesto, sus familiares no tendrán que preocuparse de nada, todo el tema burocrático de su

óbito nos encargaremos nosotros. Eso también está incluido —ella sabía que este servicio era lo más barato del negocio. Lo tenía contratado en una gestoría, que por un módico precio se encargaban de gestionar la burocracia de varias funerarias.

La loca se acercó, como si fuera una gatita en celo, se restregó contra él y le susurró algo al oído. No era un secreto, más bien era que le daba corte hacer la pregunta.

—Mi esposa me preguntaba por los adornos, flores y demás objetos ornamentales —preguntó el Sr. Martínez, a la vez que dedicaba un reproche cariñoso a su falsa esposa, que lo recibió con un mohín infantil.

—Faltaría más, señor, le aseguro que estamos familiarizados con toda clase de flores frescas para la ocasión y también tenemos el asesoramiento de un ministro de la iglesia, que compondrá adecuadamente su urna funeraria —las flores no eran del todo frescas, bien disimuladas se ponían alguna que otra de un fingido papel que las hacía casi indetectables al ojo del apenado familiar y si alguno entreveía alguna anomalía, callaba, no sea que su descubrimiento fuera más molesto que otra cosa. Siempre se jugaba con estos momentos delicados en donde el dolor nublaba el sentido de la razón, pero Marta se mantenía serena en su puesto, controlándolo todo. Por supuesto, el ministro de la iglesia que se suponía que asesoraba en la adecuación religiosa del velatorio, no era más que la sobrina de Marta, que nunca acabó los estudios de arte y decoración y por muy poco coste hacía el servicio tan bien como el mejor de los sacerdotes.

El Sr. Martínez siguió con su cara de cliente interesado y a la vez preocupado por los posibles servicios, preguntó en un tono inocente y curioso:

—Estoy en duda entre la cremación y la inhumación. ¿Qué me aconseja usted? —Marta tardó algunos segundos en contestar. Esa pregunta pintaba bien para su negocio, con algo de suerte si este cliente se decidía por la cremación. Después de exponerlo en el tanatorio y antes de ir al horno, le cambiarían el féretro por otro igual, pero mucho más barato, a lo que la ganancia sería de un 200%. En absoluto notarían la diferencia.

Luego de pensar en sus supuestas ganancias, contestó:

—Usted comprenderá, caballero, esto es un negocio y la finalidad del mismo es ganar dinero, pero viendo que es usted un respetable cliente y sin duda una persona de exquisito gusto y modales —mientras Marta adulaba el ego del Sr. Martínez, la loca no paraba de ir de un lado a otro, abriendo todas las tapas de los ataúdes expuestos como si estuviera abriendo las puertas de los frigoríficos expuestos en unos grande almacenas.

Por el rabillo del ojo, Marta la vigilaba, pero callaba, no fuera que molestara a unos clientes tan peculiares que se dejaban desplumar tan fácilmente.

—Con ustedes haremos una excepción y le diré que la cremación es mucho más barata, ya que reduce mucho los costes. Si tenemos en cuenta que no está usted obligado a disponer de un nicho con toda su parafernalia con su lápida de mármol o granito, flores, mantenimiento y un alquiler que dispone el ayuntamiento mínimo de 5 años. Pasados los mismos y si sus familiares lo quieren prorrogar, tendrían que abonar un suplemento. Otra ventaja de la cremación es que pueden guardar la urna en su casa o sus familiares, bajo su voluntad dejada anteriormente. También tienen la ventaja de que pueden vaciar sus cenizas allá donde usted hubiera deseado —Marta, cuando hubo terminado su exposición, cruzó los dedos. Era de suma importancia que el cliente se decidiera por la cremación. Aparte del cambio del féretro, contaba con las supuestas cenizas que entregaba, que no era otra cosa que un sinfín de restos de otras cremaciones anteriores y nunca se sabía en realidad de quiénes eran. Se suponía que los huesos también se consumían por el efecto del calor, pero claro, para alcanzar una temperatura adecuada para convertirlos en cenizas había que poner el horno a máxima potencia, y eso resultaba muy caro, así que normalmente los huesos no se consumían y para hacer desaparecer los mismos, luego de la cremación, se molían e iban a parar a la basura. Un punto más a favor de la cremación que reportaba mayores

beneficios a la empresa y ayudaba a bajar la población de los inquilinos de nichos.

—La verdad —dijo el Sr. Martínez—. Tengo mis dudas al respecto —las alarmas sonaron dentro de la mente de Marta. De repente, sus beneficios se derramaban como en el cuento de la lechera—. Claro que si usted me hiciera una demostración, quedaría más convencido... —lo dejó caer el Sr. Martínez como quien no quiere la cosa a ver si colaba. Marta quedó algo descolocada, era una petición muy extraña y encender el horno suponía un gasto excesivo, pero el futuro negocio era de muchos miles de euros y Marta optó por la demostración. La loca estaba con mucho entusiasmo, aplaudiendo la decisión de Marta.

Marta les invitó a que la acompañaran. Los condujo a una gran sala en donde las paredes y el suelo estaban recubiertas de un mármol de color blanco con vetas negras. Había varios signos religiosos, pero nada ostentosos, muy simples y repartidos con un criterio muy sobrio. Normalmente, el que optaba por la incineración era ateo o simplemente no practicaba el catolicismo apostólico, con digamos la regularidad adecuada.

En la pared que dominaba la gran sala había una puerta con una manivela muy parecida a las puertas de cualquier hogar de horneado de pan. La portilla era de cristal para facilitar la visión, por supuesto si los familiares optaban por no ver cómo se incineraba el féretro, disponía de un postigo que una vez accionado tapaba la visión. El frontal del horno era sencillo y escueto, aparte de la manivela para su manejo, disponía de un termómetro incrustado en el mármol que señalaba la temperatura del horno... La puerta del horno tenía la anchura justa para permitir el paso de un ataúd, que era transportado por una estrecha y larga mesa provista de patas con ruedas que encajaban en unos raíles bien disimulados en el suelo, permitiendo facilitar la introducción del féretro dentro del horno. Marta se disculpó y fue a un anexo de la sala, poniendo en marcha el horno. La pareja pudo observar cómo subía la temperatura poco a poco hasta situarse en los 900 grados centígrados.

A su vuelta, Marta les explicó que era la temperatura adecuada para desintegrar el ataúd y su contenido. Siguió con su explicación ante la atónita mirada de la pareja, que seguía sus explicaciones con inusitada curiosidad.

—Una vez que comienza la cremación, inicialmente los órganos del cuerpo son vaporizados y oxidados, quedando únicamente los fragmentos de huesos, que pasan a otro aparato que aumenta la potencia del calor en tal cantidad que los convierte en cenizas.

—¿Me permite una pregunta? —inquirió el Sr. Martínez.

—Adelante, señor, no faltaba más —respondió Marta, desbordando falsa amabilidad por los cuatro costados.

—¿Meten ustedes así el cadáver sin más preliminares? —preguntó intrigado el Sr. Martínez.

—Desde luego que no, señor. Antes lo revisamos bien y si tiene algún objeto metálico, joyas o marcapasos se lo quitamos y se lo entregamos a los familiares —contestó Marta con un falso tono de entre ofendida y agradecida, por una pregunta que se alegraba de recalcar para dejar el honor de la funeraria lo más alto posible, pero ella sabía de sobra que si algún objeto de valor se quedara olvidado por las prisas o las aflicciones de los familiares eran requisados. Con la excusa de lavar su conciencia, Marta siempre se decía a sí misma que al finado allá donde fuera en absoluto le haría falta alguna.

—Gracias, muy amable, me quedo más tranquilo —respondió el Sr. Martínez, que no creyó en absoluto palabra alguna.

—De nada, caballero, estamos aquí para servirle en cualquier duda que usted posea. Tenga en cuenta que llevamos varias generaciones en este negocio y nuestro principal objetivo es la satisfacción de nuestros clientes y familiares —replicó Marta muy altiva y haciendo un especial hincapié en su reputación. El Sr. Martínez se quedó algo pensativo y mirando a la loca conectaron como si hablaran con sus mentes: "puede que esta sea la última", pensaron al unísono. Pronto se repuso, argumentando un falso embelesamiento por el lugar, que Marta, muy satisfecha, le devolvió el cumplido con una falsa sonrisa.

—Dígame aprovechando su amabilidad. ¿Qué ocurre con las cenizas? ¿Cómo saben mis familiares que

son las mías y no las de otros?

—Me alegra que me haga usted esa pregunta, ya que circulan muchas leyendas urbanas al respecto —respondió Marta henchida de vanidad. Aunque sabía perfectamente que limpiar el compartimento de las escorias era muy costoso en tiempo y dinero, así que las cenizas nunca eran del que incineraban. Guardaban el tiempo reglamentario para disimular y así darle una verisimilitud a la engañosa maniobra. Luego con un par de paladas llenaban la urna de turno, la entregaban a los familiares y más beneficios para la empresa. La verdad, se repetía Marta, qué más daba unas cenizas que otras si eran todas iguales de color gris, unas más oscuras, otras más claras, pero en conclusión no dejaban de ser cenizas.

Marta siguió con su explicación:

—Las cenizas caen en un depósito previamente limpiado para que no se mezclen con otras y después de un tiempo prudencial, ya que están a una alta temperatura, se proporcionan a los familiares en una urna bellamente decorada con su nombre grabado en letras de oro. Tenga en cuenta una cosa muy importante —aseveró Marta—. Usted, previamente a su fallecimiento, tiene que haber redactado un testamento vital si quiere que sus familiares respeten sus deseos.

—¿Y usted, querida, tiene ya redactado su testamento vital? —mientras el horno estaba a su máxima potencia, el Sr. Martínez y la loca se le fueron acercando muy lentamente, en sus ojos se reflejaba el rostro aterrorizado de Marta. La loca, de un salto, lo mismo que si fuera un gato salvaje, se agarró a su espalda y con un chillido propio de una bruja y ayudada por sus largas uñas empezó a desgárrale la carne. La desgraciada aullaba de dolor mientras corría como un pollo descabezado tropezando con las paredes.

El escenario era dantesco; las paredes de lujoso mármol de un color blanco inmaculado estaban llenas de las huellas de la desgraciada, que configuraban un raro cuadro abstracto en donde predominaban las trazas ensangrentadas dejadas de forma caótica. En una esquina, en donde la víctima en su afán de huir de su verdugo estaba lo que quedaba de la desgraciada. La loca como una hiena estaba llenándose el estómago de la pobre Marta, que de seguro que sus últimos momentos ya no pensaba en los beneficios y dudó que ahora le fueran a servir de algo, pero eso sí, sin duda todo aquello no le iba a costar un euro. Todo quedaría en casa sin moverse del lugar.

Cuando se acercó el Sr. Martínez, advirtió que todavía las pupilas de la desgraciada se movían. De una patada apartó a la loca, que gruñía advirtiendo que bien pudiera ser él el próximo, pero el demente se acercó amenazador y con un gesto autoritario. Le dio a entender a la loca, lo mismo que el dueño de un perro, que intentó morderle la mano que le daba de comer. Le impuso disciplina, propinándole una serie de patadas que la hicieron desistir de su agresividad. La fémina, dolorida en sus huesos y su amor propio, emitió gemidos de resignación y a modo de sumisión acudió a cuatro patas a lamerle la mano.

—¡Bien hecho, amigo!—retumbó en la mente del Sr. Martínez una conocida voz.

—¡Hombre, Tiburón! ¿Qué te cuentas?

—Has tardado, amigo, esta perra se lo merecía desde hacía algún tiempo, te estás volviendo un blando. Ya sabes lo que dicen: "Hasta el perro más fiel, alguna vez se vuelve loco".

—Bueno, tranquilo, tampoco es para tanto. No hay nada como unas patadas en las costillas para calmar algunos ardores.

—Tendrás que rematarla, ¿no?

—¿A cuál de las dos?

—A la dueña de la funeraria, imbécil. La otra todavía te puede servir.

Mientras la loca estaba encorvada lamiéndose las heridas, el Sr. Martínez se cargó a sus espaldas a la moribunda Marta, que quejumbrosa de dolor gemía a cada movimiento. El Sr. Martínez tuvo lástima de ella y en un intento de aliviar sus sufrimientos empezó a canturrear una canción de cuna que su madre le cantó de pequeño.

—¿Qué te parece, Tiburón?

—Estupendo, amigo, menuda diversión te has montado. Eres la envidia de los sicópatas.

—¿Me estás llamando loco?

—No, hombre, no... Los sicópatas no están locos. Son los cuerdos los chiflados, pensando que somos nosotros los dementes.

—Entonces soy buena gente, ¿verdad?

—Faltaría más. Todos hablamos con uno mismo y el que diga que no miente o está loco...

—Ahora Marta tiene que dejar de sufrir.

—Eso pensaba, por eso soy bueno, no puedo ver sufrir a nadie. ¿Qué ataúd le gustará, Tiburón?

—El más caro y lujoso, desde luego le saldrá gratis. Lo paga ella. Ji. Ji. Ji...

Resoplando por el esfuerzo, ya que el Sr. Martínez no estaba para muchos trotes, la descargó dentro del ataúd más lujoso que encontró.

En un gesto maternal le acarició el ensangrentado cabello, que pegajoso le cubría la mayor parte del rostro. Tomó unos pañuelos de papel, que eran dotación del velatorio y como pudo la adecentó. La incorporó y la mesó con mucho cariño, a la vez que la consoló diciéndole que tendría la mejor de las ceremonias: le pondría su música favorita e incluso le prometió asistencia religiosa.

La desdichada estaba tan dolorida que tenía sus sentidos embotados, pero no consiguió perder el conocimiento. Con cara de idiota, asumió su situación.

El ataúd destapado estaba encima de la mesa dispuesto para su entrada al horno. Una música suave al estilo de la New Age que a ella le entusiasmaba sonaba por los altavoces estratégicamente dispuestos para que el sonido pareciera que saliera de todas partes. El Sr. Martínez consiguió las vestimentas adecuadas para celebrar la ceremonia, que encontró en el armario de una antesala, en donde se abasteció de todos los artilugios ceremoniosos que guardaban para el sacerdote de turno, que bajo pedido oficiaba la misa de difuntos.

—Vas a tener suerte —le dijo el Sr. Martínez a una Marta moribunda—. Vas a presenciar tu propio funeral, no todos pueden decir lo mismo.

La loca se encargó de adecentarla con los artilugios de maquillaje que a tal efecto disponía la funeraria, la desnudó, la vistió y emperifolló para su despedida final.

El circo estaba montado: Marta, engalanada como si fuera a tomar la primera comunión, el Sr. Martínez, que parecía un arzobispo, la loca hacía de monaguillo y el Tiburón jugaba dentro de la mente del Sr. Martínez, comiéndose las pocas neuronas que le quedaban. La sangre ya traspasaba las vestiduras, el contraste era de lo más terrorífico. El preciado líquido de color rojo oscuro se mezclaba con el color blanco inmaculado de la vestimenta de la desdichada. Con todo eso empezó la improvisada misa.

El Sr. Martínez alzó los brazos y con la música de fondo empezó la misa con el rito de acogida.

—Estimada hermana, el grano del trigo tiene que morir bajo tierra para poder convertirse en espiga, para que todo árbol dé buena cosecha hay que podarlo para que mejore sus frutos.

Acto seguido, alzó el hacha y le seccionó los miembros.

La música dejó paso a los alaridos de la desgraciada y las risitas nerviosas de la loca. El Sr. Martínez alzó de nuevo los brazos y entonó una letanía fúnebre:

—La vida sigue, corazón mío; el agua sigue fluyendo, los pájaros siguen cantando, toda la naturaleza se renueva y tú, querida mía, ahora que eres más ligera alcanzaras más pronto el paraíso.

La loca se movía al son de esa letanía que el Sr. Martínez recitaba con voz rítmica de clérigo. Mientras, le dio al mando y el ataúd empezó su viaje hacia las infernales llamas, que la estaban esperando. La desgraciada movía sus muñones en un ridículo y vano intento de supervivencia. Por fin, perdió el sentido en un acto misericordioso del destino.

Si el horno pudiera pensar, de seguro que muchas veces especuló el día que recibiera a su dueña. Aquel día tan esperado por fin llegó. La acogió desplegando sus más ardientes llamas de un bonito y vivo

color anaranjado, que poco a poco fue devorando la madera del lujoso ataúd. Por la chimenea del orgulloso horno se elevaban las cenizas de Marta, que, llevadas por el viento, se esparcieron por toda la ciudad que la vio nacer, crecer y morir...

CAPÍTULO XIX (LA VENGANZA)

La fama de la pareja fue de tal manera en aumento que incluso se crearon varios clubes de entusiastas por todo el país.

Los periodistas iban como locos por conseguir una entrevista con la pareja de moda, pero muchos sucumbieron, lo mismo que reporteros de guerra.

Mientras los justicieros hacían estragos en pos de su sagrada misión, los periódicos y cadenas televisivas hacían su agosto, vendiendo periódicos y ganando mucho dinero por la publicidad de sus noticieros. Aunque las autoridades (movidas por la oposición política al gobierno) hacían lo indecible por arrestar a semejantes asesinos, los medios de comunicación, viendo que peligraban sus ingresos, decidieron proteger a sus digamos protagonistas de tan succulentas noticias. Los blindaron con una horda de despiadados abogados, untando a desaprensivos jueces y policías. De esa manera consiguieron que la aventura de la pareja durara mucho más tiempo. Incluso ellos mismos se extrañaron, pero aquello fue incluso peor, ya que se creyeron tocados por un halo de divinidad que les ayudaba en su misión...

El efecto, aunque parecía increíble, dio tal resultado que ni los más esperanzados defensores de la tan cacareada raza humana pudieron haber imaginado.

Todo cambió a una vertiginosa velocidad. Incluso la gente, aunque no se conocieran, se saludaban amablemente, no fuera a ser que con el que se cruzaran fuera alguno de los dementes justicieros. ¿Respeto o miedo?

Fue pasando el tiempo, las noticias eran tan empalagosas y tan frecuentes que al personal les dejó de interesar, y allí estaba el fin de las correrías de tan singular pareja. Los medios de comunicación dejaron de ayudarles.

¿Para qué invertir más dinero en algo que ya no daba beneficios?

A partir de entonces, ese fue el mensaje de todos los directivos de los noticieros.

No fue la fatalidad ni siquiera tuvo el destino que intervenir. La sentencia ya estaba dictada, era cuestión de tiempo, nada más. Ellos no eran ajenos a todos los indicios que les llegaban del exterior, como era el que casi nadie les reconociera, muriendo en la ignorancia de verse asesinados por una vulgar pareja de dementes desconocidos. Aquello representaba un insulto para su vanidad, no era lo mismo matar siendo famosos a relegarlos solamente a una pareja de locos asesinos.

Ni siquiera los reporteros novatos y ávidos de ganarse un puesto en la editorial arriesgaban ya su vida para cubrir las noticias de sus peculiares carnicerías.

Fue también la venganza a los medios de comunicación a los que culparon de su falta de fama. Por lo que decidieron bajar la guardia e intentar algo alocado y totalmente impulsivo. De repente, se miraron los dos y ni siquiera se hablaron, fueron directamente en busca del que pensaban que era el culpable de su desgracia.

El alcalde D. Enrique, Quique para sus amistades, estaba como siempre en su despacho, que era donde mejor estaba. Su partido político que no alcanzó mayoría, ideó desbancar a los más votados, poniéndose de acuerdo con las demás formaciones para mandar con la condición de gobernar por turnos.

Era el momento de su grupo político y los predecesores, dejaron sentadas unas bases para beneficiar a una serie de empresarios, para digamos aumentar los beneficios de los mismos y de paso acrecentar la

cuenta bancaria de los adláteres de las diferentes formaciones políticas que pululaban de un sillón a otro, bailando al son del sol que más calienta. Él no solo respetó lo anteriormente pactado, sino que adoptó más compromisos si cabe con más empresarios. Todo ello desembocó en unas medidas muy duras que consistieron en recortes y subidas de impuestos a los de siempre, los que no se podían escapar, los mal llamados trabajadores por cuenta ajena, que cobraban por nómina y, por ende, estaban cogidos por los cataplines, total para sufragar esos aires de grandeza que ni el mismísimo faraón hubiese ido tan lejos.

Las manifestaciones y desórdenes estaban a la orden del día. Agujoneados por la oposición, que rabiaban de impotencia, a lo que manifestaban que todo era un robo urdido por los intereses y agrupaciones de diferentes estamentos financieros.

Temeroso de la ira de sus conciudadanos, estaba agazapado detrás de su escritorio y de espaldas a la pared, no fuera que el peligro pudiera provenir del gran ventanal con vistas al parque, que por cierto sobrepasó en más de un 150% el presupuesto establecido.

La mañana para él empezó bastante mal. Una llamada de su señora le puso de los nervios. Lo de siempre, sospechas de infidelidad y un sinfín de reproches a su hombría que no dejaban de ser ciertas, pero que él siempre negaba, incluso la trataba de histérica y de muchas otras lindezas que se le ocurría.

De repente, fue como un estruendo. La puerta de su despacho se abrió de par en par, golpeando la pared. Mostrando en el quicio de la misma, la entrada de una esposa furibunda acompañada de un par de individuos que por toda vestimenta llevaban unas sábanas ensangrentadas, esgrimiendo un hacha de considerables proporciones.

—Buenos días, maridito —dijo la mujer con desprecio.

—Maite... ¿Qué haces aquí? —contestó el alcalde con los cojones por corbata.

—Pues mira, estos amigos se dedican a poner justicia en este mundo y se han ofrecido a ayudarme —respondió la mujer poniendo especial énfasis en la última palabra.

—¿Ayudarte a qué? —respondió él poniendo cara de nunca haber roto un plato en su vida.

—No pongas esa cara de idiota, que te conozco como si te hubiera parido.

—Te he dicho muchas veces que te equivocas, mujercita mía. Vamos, tranquilízate, es la menopausia que habla por ti —su tono ahora era condescendiente y conciliador, no sin quitarle la vista a los de las sábanas ensangrentadas, que, nerviosos, presumiblemente esperaban algún tipo de orden de su esposa. Ante la sorpresa de todos y sin venir a cuento bramó:

—¡¡Zorra!! Te doy 10 segundos para que salgas de debajo de la mesa —con su mirada colérica señaló el bufete. La esposa contó con cadencia como si fuera una máquina—. Uno, dos, tres.

La secretaria, que estaba realizando un trabajito extra al alcalde, salió rauda. Los justicieros miraron a la mujer. No hubo palabra alguna. El Sr. Martínez comprendió y conforme la desdichada llegó a su altura levantó la enorme hacha y de un certero golpe le cortó el cuello. Durante unos segundos, todos quedaron como ensimismados, la secretaria todavía anduvo unos cuantos pasos sin cabeza. Incluso en este salvajismo, aquello no dejó de ser un momento cómico. Como era natural, el cuerpo sin cabeza acabó tropezando con la pared. Hubiera sido algo extraño que hubiera podido salir por la puerta...

—¡¡Cacho cabrón, abróchate la bragueta!! —aulló la esposa rompiendo el clímax.

El desgraciado le hizo caso a su esposa, esperanzado de que aquello pudiera salvarle la vida.

La venganza es así de dura y más si proviene de una persona agraviada y menospreciada por años de convivencia.

El fin del alcalde fue el peor realizado por la pareja de locos, se estuvieron ensañándose con él. A cada orden de su esposa, era seguido por un hachazo propinado con tal destreza que no ocasionaban la muerte, pero sí un dolor que el pobre desgraciado suplicó en más de una ocasión le fuera administrado el golpe de gracia, que se hacía de rogar. La esposa no tenía prisa, había pactado con la policía un tiempo.

El pacto consistía en que ella haría de cebo, si después de que la pareja de dementes intentaran matarla a ella. Fue muy sutil y convenció a los mismos de que su marido era un plato más succulento. Ellos

pensaron en un primer momento que matar a la esposa del alcalde le acarraría tal abatimiento, que pudiera ser que de la tristeza le acabaría matando.

Los convenció y también persuadió a las autoridades en hacer de cebo, pero ella lo tenía claro. Usaría a los dementes para vengarse y a su vez entregaría a ambos.

En esos 15 minutos que estuvieron jugando con su marido fue el tiempo que ella estipuló necesario para sus fines.

Cuando se sintió satisfecha, con disimulo, con su celular efectuó una llamada pactada y al momento el despacho se llenó de un sinfín de policías, saliendo de todas partes, lo mismo que si fueran cucarachas invadiéndolo todo.

Pero lo que no sabían los policías o puede ser que lo intuyeran, pero pensaron que el asunto sería mucho más fácil, resultó que toda la operación se transformó en un fiasco y me quedo corto, ya que fue el principio del fin del Ministro del Interior, que después de aquello no le quedó más que elegir entre el suicidio y salir del Ministerio por la puerta de detrás. Triste destino o dorado destino conforme se mire de estos pobres políticos nuestros. Como no estamos en tiempos, en donde los japoneses horadamente elegían inmolarse por su honor y el de su familia. Nuestro buen ministro optó por la puerta de atrás, pero volvamos a nuestra pareja de dementes justicieros y os contaré cómo salieron de este embrollo.

El Sr. Martínez y la loca, al verse rodeados por una horda de cucarachas, tenían pocas posibilidades de escape.

La mujer del alcalde podía ser un seguro de escapatoria, se la podría tomar como rehén. Demasiada complicación y arriesgado, pensó el Sr. Martínez, ya que los tiradores de élite de la policía estaban apostados y tenían una situación envidiable para meterles una bala entre ceja y ceja. Abalanzarse los dos, él con el hacha y ella con sus afiladas unas tampoco le satisfizo la idea en absoluto. Desaparecer como un mago tampoco era probable, pedir disculpas y hacerse el tonto en plan de que pasábamos por aquí y tropezamos con el alcalde, aunque el Sr. Martínez, que dudo mucho que estuviera en esta realidad, incluso él sabía que lo tenía muy crudo. ¿Qué hacer pues?

A grandes males, grande remedios. Una frase muy recurrida, pero efectiva. Estaban en el tercer piso de la alcaldía. En eso no pensó el Sr. Martínez, pero resulta que la ventana que daba a un patio interior de la consabida alcaldía. Dicho tragaluz estaba dotado de una piscina cubierta y Spa para deleite del alcalde y sus concejales afines. Por supuesto y como sospecharan ustedes, dicho complejo se construyó con los presupuestos que estaban destinados a otra cosa, que era cambiar el antiguo cementerio, muy deteriorado por los años de abandono por desidia de las corporaciones anteriores, por supuesto de izquierdas. Siempre con la excusa de que los muertos no necesitaban nada más que pudrirse en paz y tranquilidad. Ahora, como había cambiado el signo político, más a favor de la resurrección de la carne, se votó en los presupuestos el cambio a un camposanto digno y en condiciones para el descanso eterno, pero que pasó muy fácil por una vez (que fue sincero consigo mismo) estuvo conforme con la izquierda, ¿para qué querían los muertos un cementerio nuevo cuando él necesitaba hacer natación para su dolor de espaldas, recomendado por su médico particular, que no era otro que su cuñado?

Por una de aquellas tuvo suerte y en su desesperación eligió dicha ventana. Tomó de la mano a la loca y con el asombro de la policía, que nunca imaginó tal desenlace, se abalanzaron hacia la ventana. La loca se dejó llevar entre risas y aspavientos. El Sr. Martínez nunca se imaginó que hubiera nada que no fuera el duro y frío pavimento o en su defecto el techo de algún automóvil. Primero atravesaron el techo de la piscina cubierta, lo que amortiguó algo su caída. Luego, para sorpresa de los dos, acabaron sumergiéndose en las aguas templadas y claras. Lo primero que advirtieron la pareja de dementes fue el mosaico del fondo de la piscina que representaban un par de delfines jugando con una pelota.

La loca feliz como una chiquilla chapoteaba en el agua. El Sr. Martínez se encomendó a algún demonio o ente oscuro que les salvó de las garras de la policía. Raudo, tomó a la loca de los pelos, la aupó del

agua y, veloces igual que unas sombras furtivas, desaparecieron del complejo a la velocidad del rayo.

Asustados y estupefactos por la destrozada ventana las cucarachas asomaron sus rostros mirando con incredulidad hacia abajo. Fue un episodio para comentar a sus respectivas esposas y, sobre todo, comprobar y apostar cuánto duraría el Ministro en su cargo.

CAPÍTULO XX (HASTA NUNCA, LOCA)

Como única referencia, tenían la enorme mancha que era la ciudad. Quedaba ya tan lejos que todo lo pasado parecía como si nunca hubiese ocurrido. Mojados, desnutridos y maltrechos, consiguieron caminar a duras penas por un zigzagueante y empinado sendero. Lo escarpado del terreno y el frondoso e impenetrable bosque de momento los salvaguardaba del dispositivo montado por el nuevo Ministro del Interior, que se prometió a sí mismo no caer en los mismos errores que su antecesor...

Por supuesto que en tan terrible lugar siempre hay algo tenebroso y este no iba a ser menos. Luego de traspasar varios carteles anunciando lo peligroso de franquear los límites de lo conocido, en donde las autoridades no garantizaban en absoluto la seguridad de los ciudadanos y amén de que alguno se perdiera, se quitaban toda responsabilidad al respecto.

En dos palabras, el que se atreviera a adentrarse sería bajo su responsabilidad.

Conforme iban caminando, aquí y allá había varias cintas de esas que ponen las autoridades para delimitar ciertas zonas. El Sr. Martínez lo observaba con curiosidad, pero nada le indicaba el porqué de estas advertencias de seguridad. Algo le fastidiaba, no es que tuviera miedo o algo parecido, más bien los demás son los que tenían que tenerles miedo. Si hay algo que le molestaba más que otra cosa al Sr. Martínez era la mala educación de los demás y este bosque estaba lleno de desperdicios, envoltorios de medicamentos, restos de alimentos putrefactos y alguna que otra prenda personal. El silencio se apoderó de la pareja mientras observaban estupefactos y malhumorados el dantesco lugar.

Hubo un momento en que el Sr. Martínez se giró, en un movimiento instintivo por saber si le seguía la loca, no es que le tuviera un cariño especial, pero si la encontraban a ella primero, pudiera ser que fuera él el siguiente. No la vio, la llamó en voz alta repetidas veces. Al no recibir contestación alguna, desanduvo sus pasos. Pocos metros más atrás, advirtió cómo la loca estaba agazapada encima de algo que aparentaba ser un cadáver. El cuerpo parecía que tuviera vida, ya que se movía al son de los embistes de la fémina, que con ardorosa pasión estaba dentro de su barriga devorándole las entrañas, que por lo visto son el manjar más blando y apetecible. El hambre manda y el Sr. Martínez de un empujón la apartó. Aquella, gruñendo, pero por precaución, aunque muy malhumorada, esperó a que el macho dominante se saciara a su vez.

Luego de atiborrarse de los despojos, de pronto se dieron cuenta que de diversos árboles colgaban varios cuerpos, moviéndose al son de una macabra danza producida por la leve brisa. El perfume embriagador de todas esas viandas colgando atontaron los sentidos de la pareja, que se relamían de gusto ante la expectativa de tener provisiones para una gran y larga estancia en este bosque salvador.

La verdad que aquello era extraño, pero la pareja no se preguntó nunca el porqué de dicho acontecimiento. Pudiera ser que la suerte les acompañara o que alguien en este mundo o en el otro velaba por ellos. El caso es que fueron pasando los días y entre la dieta cadavérica y los frutos salvajes del bosque, esta pareja consiguió sobrevivir. Alguna que otra vez oían el sonido de algún helicóptero que de seguro los buscaba, pero el frondoso follaje e impenetrable bosque los salvaguardaba de las miradas indiscretas de los celosos y malhumorados policías... Como todo en esta vida se acaba y cuando la pareja estaba empezando a pasarlo mal y el Sr. Martínez estaba mirando a la fémina con ojos glotones, un acontecimiento les vino a salvar de sus carencias alimenticias...

—Alguien viene, lo presiento —contestó el Tiburón, orgulloso de ayudar.

—¿Cómo es eso, amigo? —respondió muy extraño el Sr. Martínez.

—No me hagas preguntas tontas —respondió malhumorado el Tiburón.

—¿Serán los guardias que por fin nos encontraron? —preguntó asustada la doncella.

—¡¡Qué guardias ni qué niño muerto!! —replicó el Tiburón muy molesto.

—Nadie duda de tus sensaciones, Tiburón, pero seamos precavidos, amigo... —dijo el Sr. Martínez cerrando la discusión. Los tres, por si acaso, se escondieron. Al rato por el serpenteante sendero apareció un individuo joven, de apariencia vulgar, que caminaba arrastrando los pies con laxitud y desidia. Cuando llegó al sitio en donde solo colgaban las sogas de sus predecesores, se paró un momento, sacó de su bolsillo una petaca de lo que probablemente estuviera llena de licor u otro líquido que de seguro sería para inflarle valor para lo que presuntamente iba a acontecer. Los tres lo observaron con curiosidad. Nunca vieron a nadie que delante de sus narices quisiera quitarse la vida, siempre sus víctimas huían, imploraban y algunas incluso antes se encomendaban a su Creador. Aquello era nuevo para ellos, por lo que en una muda conversación de miradas entre ellos decidieron dejar que los acontecimientos transcurrieran como el individuo quisiera.

La verdad es que algunas veces este hombre me sorprende, para qué interrumpir lo que era una comida gratis sin ni siquiera molestarse. Era mejor esperar un poco y carne fresca. Las contradicciones son así, van y vienen, a lo que el Sr. Martínez no estaba exento de tenerlas y por si fuera poco el Tiburón le estaba comiendo las neuronas, machacándole continuamente en pos de adueñarse de una vez de su mentalidad, que por otro lado casi la tenía dominada. Por eso y cuestionando la sensatez que le intentaba infundir el Tiburón, optó por salir de su escondite e intentar convencer al susodicho desgraciado, que, por otro lado, cuando lo vio, se quedó igual, con la misma cara lavada por la desgracia.

—Muy buenos días... —dijo el Sr. Martínez con una inusitada alegría.

—Buenos... días... —contestó perplejo el desgraciado, que vio como un tipo con una sábana manchada de sangre reseca y acompañado de una mujer o lo que quedaba de ella, ya que sus rasgos femeninos brillaban por su ausencia. Los dos le saludaron con una sonrisa de payasos asesinos, junto con un aire entre melodramáticos y preocupados. Aquella mezcolanza, entre el miedo y el asco, le preocuparon un poco, pero qué más daba, matarse o ser matado, quizás sería lo mejor que le asesinaran, así su conciencia quedaría más limpia. Por eso se resignó y mostró una inusitada tranquilidad.

El Sr. Martínez, sin más, lo descolgó y lo asentó con mucho cariño encima de una roca. Aquel, viendo la inutilidad de una protesta, se dejó hacer lo mismo que un niño bueno. El Sr. Martínez puso cara de perdonavidas y de un afecto sincero, por lo menos en esos momentos, lo abrazó para expresarle su amor por el prójimo, a continuación invitó a la loca a secundarlo en el ejemplo.

Al desgraciado, que solamente iba a poner fin a su vida, de repente y sin comerlo ni beberlo, se encontró a merced de lo que él pensaba que eran unos locos. La verdad es que no iba muy desencaminado, pero de momento y como un repentino e inesperado sentimiento de supervivencia, optó por seguirles la corriente.

—Veo que te gusta el senderismo —habló la loca anticipándose a todos.

—Bueno... sí, el caso es que me gusta mucho el ejercicio al aire libre —respondió el suicida muy extrañado de que no vieran estos dos a lo que venía. Estaba claro, ¿no?, se repetía para sí mismo.

—¡Cuéntanos más sobre tu deporte favorito! ¡No te cortes, hombre, en confianza! —dijo el Sr. Martínez no sin antes dedicarle una huraña mirada a la loca en un claro mensaje de que no le pisara las ideas.

El desgraciado empezó muy animado a contar los pros y los contras de su deporte favorito, con una pasión y devoción que ni él mismo se acordaba de haberla tenido alguna vez.

—¡¡Me encanta como vas vestido!! —aseveró el Tiburón muy animado.

El susodicho volvió a extrañarse de esa voz ronca y rara que el Sr. Martínez practicaba en un claro afán de parecer la voz de otro. Se miró y la verdad iba hecho un guiñapo, pero agradeció el cumplido, contestando:

—La verdad para este viaje no encontré nada adecuado, pero ahora que me lo preguntan siempre intento ir como mínimo a la moda...

Los efectos de las zalamerías de la pareja estaban obrando un efecto raro en él, pero efectivo, poco a poco se estaba olvidando el porqué de tan raro viaje a tan escabroso lugar.

—¿Tiene usted algún consejo para aumentar mi feminidad? —preguntó con tono pueril la loca.

Aquello fue un buen toque, ya que nuestro amigo era un modista frustrado. La miró con ojo crítico, dio varias vueltas en alrededor suyo y con un fingido acento de entendido le dijo que era un diamante en bruto. Los tres se miraron y como si de la pólvora se tratara explotó una risa contagiosa que les tuvo varios minutos revolcándose por el suelo.

Los tres hicieron buenas migas si suponemos que la pareja de asesinos no dudaba en matar y viendo que el desesperado no estaba por la labor de seguir vivo, esa incongruencia era irritante a los ojos de digamos la gente normal.

Por si fuera poco, a la loca, empezaba a gustarle el mozo. Esa aureola de desgraciado reprimido empatizaba con su carácter, si se puede decir que una demente lo tiene.

Muy adentro de su ser, el Sr. Martínez estaba elucubrando una idea ponzoñosa que el Tiburón, viendo que esto iba a resultar una comedia romántica, optó por envenenar su mente que de por sí tenía más agujeros que un queso de Gruyere.

La noche en el bosque era mucho más fresca. Los sonidos de la fauna anunciaban que las sombras que antes daban los frondosos árboles ahora eran mucho más oscuras y el relente sin contemplaciones se abatía sobre nuestro trío.

Decidieron hacer una fogata, aunque el peligro de que les delatara era muy probable, pero la humedad reinante podía más que su prudencia.

Estaban rodeando la hoguera, calentándose en una animada charla que dejó al Sr. Martínez algo descolocado de la sincronización que inundaba a la pareja de tortolitos. Al suicida se le olvidó por completo el porqué de su viaje a este tenebroso bosque; a la loca se le quitaron las ganas de comer carne humana y solo quería comérselo a besos; al Sr. Martínez, todo aquello le pareció una postal digna de un romance pastelero... tan empalagoso que incluso sería perjudicial para los diabéticos.

Una melodía típica de persecución de un frenético compás se mezcló con la animada conversación de la pareja de recién enamorados.

La loca, zafándose de los brazos de su Romeo y con mirada de incredulidad, inquirió al Sr Martínez.

—¿Desde cuándo tienes móvil?

—¡Eso mismo digo yo! —aseveró el Tiburón—. Que yo sepa, en ningún momento de este relato apareció celular alguno.

—Es verdad —secundó la loca—. ¿Nos quieres hacer creer que disponías de un móvil y no lo has usado en toda la aventura?

—¿Nos tomas el pelo, te piensas que somos tontos o qué? —siguió con la arenga el Tiburón.

—Ya está bien de hablar por otro, es a ti a quien hablo. No te hagas el chiflado —bramó la loca, que parecía que se le olvidaba que estaba incluso más loca que él. Mirándole muy fijamente siguió increpándole, demostrándole a su reciente novio que ella discurría a manera del más cuerdo de los mortales.

El Sr. Martínez, demostrando una paciencia inusitada en él, contestó a la llamada haciendo caso omiso a las impertinencias de los dos.

—Sí... Claro, por supuesto. No faltaría más, pero como advertiré, el asunto lo requiere. No sé, igual y no va a poder ser, compréndalo. Lo que me pide es totalmente inaceptable. ¡¡Jamás, me oye usted, jamás dejaré mi cruzada, aunque me maldiga por toda la eternidad hasta que el último de estos desgraciados pague por todo el mal que han hecho!! —el Sr. Martínez gesticulaba y escupía mientras hablaba, era tal su enfado que repateaba el suelo a cada exclamación.

—¿Pero... quién coño te ha puesto así? —preguntó estupefacta la loca.

—El Creador... —respondió el Sr. Martínez como si fuera algo de lo más normal.

—¿Cómo, Dios? —no era una pregunta, más bien era una exclamación.

—¿Aparte de loca eres tonta o qué? —respondió muy molesto el Sr. Martínez lo mismo que sí fuera una niña repelente haciendo preguntas molestas mientras su padre está intentando ver la película.

—¿Bueno... a todo esto qué quería? —preguntó el Tiburón.

—Ya estamos otra vez —se quejó la loca.

—Lo que es querer, más bien no quiere nada en particular, solo pretende que deje de repartir justicia, no más... —contestó muy altivo el Sr. Martínez mientras miraba por encima del hombro a la loca, que intentó erguirse en un vano intento de parecer más alta.

—Hablas mucho con él —preguntó el Tiburón.

—No está mal tu táctica, amigo, quién mejor que uno mismo para formularse sus propias preguntas. ¿Eh? —intervino la loca.

—Eso es verdad, amigo, juegas sucio —replicó el tiburón.

—¡¡Ya está bien, estaré chiflada o puede que el chiflado seas tú!! ¡¡Me tomas por tonta o eres un ventrílocuo muy gracioso!! —la loca estaba colérica, ya perdió el miedo al macho dominante de la manada, estaba más que harta de las locuras del Sr. Martínez. Su reciente amor le quitó el velo que la locura. No le dejaba ver la realidad, o eso pensaba ella, el caso es que a ella aquello le bastaba.

Empezó a bailar en torno al Sr. Martínez lo mismo que una leona se dispone a cazar. Gruñó, aulló y a cuatro patas se dispuso a saltar sobre él, que, paciente, la esperaba... calculó al milímetro el movimiento de la maniática. Cuando aquella se abalanzó, hizo un quiebro con su cadera, imitando el grácil movimiento de un torero y en la fracción de segundos que tardó la chiflada en pasar alzó el hacha que manejaba con maestría, asestando un hachazo tan certero que le cortó el cuello tan limpiamente que apenas le dio tiempo a la sangre manar del corte. Sin cabeza, dio dos pasos. La testa fue rodando hasta dar con la roca en dónde paró, dejándolo todo manchado del vital líquido rojo. En una macabra coquetería, aún le dio tiempo a la loca de despedirse de este mundo con un par de parpadeos.

—Ya estabas tardando, amigo, ahora tienes el asunto en su sitio —aseveró el Tiburón, que por fin podía salir y entrar de la mente del Sr. Martínez sin inoportunas críticas malintencionadas—. Por cierto, amigo, el Romeo se escapó.

Así fue, el suicida, viendo el percal, se le fue de golpe todo lo enamorado que estaba. Aprovechando la disputa, prefirió poner tierra de por medio. No era mucha la ventaja que llevaba, pero el instinto de supervivencia recientemente adquirido le dio fuerzas de flaqueza. El Sr. Martínez prefirió que se cansara su presa y con paso firme, pero decidido a darle caza, empezó su particular persecución.

CAPÍTULO XXI (EL TOPO)

Un hombre desesperado, alocado y maldiciendo su mala suerte temía por su vida. Corría con una sola determinación: salir lo antes posible de este atolladero en el que se había metido. Las circunstancias eran harto sabidas, pero el deber a la obediencia debida era de obligado cumplimiento, su profesión de agente de la ley adscrita al cuerpo de homicidios le tenía tan atezado que de momento estaba maldiciendo el día que en lugar de ser bombero, salvador de viejas impedidas o cómo no de voluntario en algún lugar de este podrido mundo, eligió ser un agente de la ley al servicio del contribuyente.

Jadeando y herido por mil rasguños producidos por los matorrales del bosque, parecía el Cristo de la agonía. Estaba extenuado, su salud se resentía, acostumbrado a la sagrada siesta y no hacer caso a la tan cacareada dieta mediterránea, no le quedó más remedio que buscar un resguardo debajo de los frondosos pinos, con la esperanza de bajar sus pulsaciones y de pasar lo más desapercibido posible. Mirando en todas direcciones con asustadiza mirada, optó por hacer una llamada de emergencia:

—Jefe, jefe... estoy jodido... —la desesperación imperaba en estas entrecortadas palabras.

—¿Qué pasa, Ramiro? —preguntó iracundo su superior.

—¡¡Hay que joderse, jefe, esta pareja está más loca de lo que imaginábamos!!

—¿Ramiro, desde dónde coño me llamas? —sin esperar respuesta y muy enfadado siguió hablando— ¿No te habrás delatado al hacer esta llamada, verdad?

Ramiro, haciendo caso omiso a la pregunta, contestó:

—Jefe, esto es una locura. El demente se ha comido a la loca, lo que le digo, delante de mí, como si tal cosa —Ramiro estaba fuera de sí y entre hipo y jadeos siguió gritando—. ¡¡Con el debido respeto... dimiuto de esta misión... búsquese a otro idiota que les sirva de carnaza, estimo mucho mi vida!!

—No fastidies, Ramiro, sigue con el plan —su tono no era alarmante, ni mucho menos ya contaban con este contratiempo, pero lo que no pronosticaron era que su infiltrado se rajara a la primera de cambio.

—¡¡Esto no es un ardid, jefe, es un suicidio!! —aun a riesgo de que se delatara, siguió gritando hasta desgañitarse—. ¡¡Estoy perdido en este maldito bosque a merced del loco, tienen que rescatarme, jefe!!

—¡¡Tienes que volver a eliminarlos de inmediato, es una orden!!

En un gesto de rabia e impotencia, Ramiro estrelló el celular contra una roca, esparciendo los trozos del valioso aparato y de esa manera mermando sus posibilidades de rescate. La vida está llena de arrebatos incontrolados, pero este en particular puede que a nuestro agente de la ley, le cueste algo más caro que ha cualquiera de nosotros.

A Ramiro su llamada de auxilio no correspondida le olió a chamusquina. Desde que vio al demente comiéndose a la chiflada aquello no era esa maquinación perfecta e hilvanada que le vendieron como la panacea de los planes no se lo pensó dos veces. ¡¡A la mierda!! Se repetía constantemente.

No conocía el terreno y sentía el aliento del chiflado en el cogote. Los ruidos del bosque ante su pánico se aumentaban tanto que intuía enemigos por todas partes. Tampoco podía encender alumbre alguno, decidió que quedarse quieto sería tanto como facilitar las cosas al depravado y encima para colmo de males estaba la luna, que, aliándose con el demente, mostraba cuan luminosa puede ser en una noche despejada de cualquier rastro de nubes.

Ramiro deambulaba sin rumbo fijo, tropezaba aquí y allá echando maldiciones e improperios, digno de los peores rufianes de los bajos fondos. Cuando tropezó con una cruz herrumbrosa por el desgaste del tiempo, su mermando optimismo tocó fondo. Se sentó sobre la lápida que mostraba unas letras en relieve

tan desgastadas que poco se podía saber de su antiguo inquilino. Lloró desesperadamente ahogando sus penas en un sentir lástima por uno mismo, que es el peor de los remedios a tan delicada situación.

Alzó la mirada y pudo vislumbrar una cantidad de tumbas desgastadas, saqueadas sin placas, sin recuerdos, sin nada que identificase a las que anteriormente fueron personas que, en un afán de perpetuarse, decidieron descansar en un camposanto en lugar de ser pasto de las llamas purificadoras. Los más pudientes moraron bajo sus losas de mármol y solo la tierra cubre a los menos favorecidos, pero debajo la podredumbre los alcanzó a todos por igual.

Es un sitio desolador, es lo contrario del recuerdo, es el olvido convertido en abandono. Centenares de montones de escombros y tumbas abiertas nos hablan de despojos colectivos que se parecen a un paisaje lunar repleto de cráteres obscenos, invadidos por detritus, agua y cubierto de arbustos y malas hierbas que crecen desordenadamente sin respetar sus últimas moradas. La memoria de todos sus familiares les abandonó a un olvido peor que la misma muerte. En medio de este bosque, este cementerio al culto de los muertos, pertenece a otra época tan remota que ni siquiera los pinos se acuerdan de cuándo fue la última vez que algún familiar se acercó por estos lugares.

Un poco más allá de este campo similar a una escombrera, se levanta un magnífico Panteón, exhibiendo su estilo neoclásico. Sus dos pórticos, en cada uno de sus extremos, y por los que se tiene acceso a unas escaleras que conducen a las galerías subterráneas, resultan ser un hermoso ejemplo de un simulado arte clásico.

Ramiro se queda maravillado de tanta magnificencia entre tanta podredumbre. Su curiosidad puede más que su precaución que insistentemente le avisa de no bajar por esa escalinata que le invita a adentrarse en sus profundidades...

La humedad reinante y las telarañas que se adhieren a su cuero cabelludo no detienen a Ramiro. Al final de la escalinata una herrumbrosa puerta de metal le corta el paso. Curioso, la palpa en busca de una incomprensible forma de poder franquearla. La solidez de la misma no deja ninguna duda de su hermetismo. Cuando por fin deduce que no la podrá franquear, decide no sin lamentarse de su decepción, dar media vuelta y subir los escalones, pero un lamento lastimero lo detiene, pone la oreja en la pegajosa y húmeda puerta en un intento de oír con más claridad la procedencia de semejantes ruidos. Con un chirriar digno del frenar de una locomotora, se abre la puerta.

La escena que se le presenta a nuestro protagonista no tiene nada que envidiarle a cualquier cripta funeraria. La piedra tallada domina las paredes resbaladizas por la humedad imperante. Esconden el efecto de la piedra tallada unas pesadas alfombras. La iluminación de la estancia está garantizada gracias a sendos candelabros situados a ambos lados de un ataúd que ocupa el centro de la cripta.

Cuando Ramiro se acostumbró a las tinieblas de claro oscuros pudo vislumbrar a una especie de enfermera que estaba a los pies del féretro. Su blanco impoluto desentonaba con la pobre iluminación del lugar, dándole una sensación de poder luchar contra la oscuridad.

Ramiro se acercó temeroso y a la vez precavido. Una fuerza superior a él le empujaba a mirar quién era el morador del féretro. Una mujer pálida y tan blanca como la cal yacía quejumbrosa. Su cara de pena pidiendo atención se cumplimentaba con el brazo lleno de sondas que se unían a un recipiente de plástico que colgaba de un atril de acero inoxidable en donde el suero manaba directamente a las venas de la desdichada. Lo complementaban unos cuantos aparatos sanitarios para su supervivencia artificial. La enfermera al ver que Ramiro se puso al lado de la moribunda, inclinó la cabeza en señal de respeto y desapareció, mezclándose con las penumbras de la estancia.

En un movimiento que ni él mismo se explicó, Ramiro le tomó su flácida mano. El frío que le recorrió el cuerpo le dejó sobrecogido. La moribunda a duras penas consiguió esbozar una media sonrisa. Ramiro sintió una profunda lástima por esta mujer. Toda una serie de preguntas se agolparon en su confundida mente, ella pareció darse cuenta de su turbación:

—Ramiro... ¿Tienes miedo a la muerte? —cualquiera de nosotros se hubiera preguntado: ¿cómo sabía esta mujer su nombre? Pero Ramiro estaba tan absorto ante la moribunda, que para él la pregunta no despertó sospecha alguna.

—Pues claro que tengo miedo a la muerte —contestó con toda naturalidad.

—Hay algo peor que la muerte, Ramiro... —sus ojos demostraban una profunda tristeza que acompañaban sus lastimeras palabras. Ramiro captó de inmediato todas esas vibraciones de tanta tristeza que su cuerpo cayó en tal laxitud que optó por sentarse en el lugar de la enfermera, acercándose más a la moribunda para poner escuchar mejor sus palabras y suspiros que tanto le atraían...

—No puedo pensar que exista algo peor que la muerte —respondió con mucha curiosidad.

—Sí, Ramiro, lo hay... Cuando no interesas, cuando lo único que quieren los médicos es el estudio de tu enfermedad sin importarles el enfermo en absoluto, y amigo... Los familiares, los peores. El egoísmo alcanza tales proporciones que me dan ganas de gritarles que se marchen, que me dejen en paz, quiero morir plácidamente, ya lo sé y tú en el fondo también lo sabes. Se sienten culpables, no pueden negarlo, de seguro que se preguntan que ojalá pudieron hacer más, que ojalá hubieran pasado más tiempo conmigo. Los he llegado a odiar, ¡te lo puedes creer, Ramiro! Odio a mis hijos, a mi marido, a todo aquel que arrastra su culpa hacia mi agónica enfermedad. Luego, y no los pierdas de vista, están los seguros médicos que intentan que dures el mayor de tiempo posible para así engordar las facturas a los hospitales. Nadie le pregunta al enfermo si quiere seguir sufriendo y más en mi caso, que estoy desahuciada.

Me tratan con mucha frialdad, hacen su trabajo, sí, pero siempre pensando en que finalice pronto su turno. Lo percibo en mis carnes, en su trato diario, en todos y cada uno de sus sentimientos: sus problemas familiares, económicos, los buenos resultados en el juego o simplemente que su amor no fue correspondido.

—¿Dime qué puedo hacer para aliviar tan gran sufrimiento? —Ramiro estaba decidido a cualquier cosa con tal que acabar con su desdicha...

—¡¡Arranca los cables que me sujetan a esta vida de sufrimientos!! —parecía mentira que esta desgraciada tuviera todavía fuerzas para gritar, pero no solo fue un grito, fue un gesto de desesperanza combinado con los estertores de la agonía que batallaban por salir del fondo de su alma.

Ramiro, en un acto de pura rabia, arrancó todo lo que la sujetaba a esta vida, pero en lugar de cables, las pegajosas telarañas se enredaron en sus manos como ligaduras. En su desespero por quitarse tan engorroso y pegajoso elemento, cayó dentro del féretro, aplastando el cadáver putrefacto que reventó, soltando tal cantidad de polvo que a Ramiro le provocó un convulsivo ataque de tos que lo tuvo encorvado, escupiendo y lagrimeando.

Una risa harto conocida se oyó a sus espaldas. El Sr. Martínez, debido a su perseverancia y ayudado por el Tiburón, estaba en actitud de saltar sobre su presa. En el momento del salto y todavía en el aire, fue cuando un certero disparo lo abatió, frustrando su caza.

Al momento, se llenó la cripta de un numeroso grupo de policía de las fuerzas especiales de asalto que pronto consiguieron dominar la situación: el demente cazado y el topo recuperado, aunque algo tocado en su mente, al que tendrían que darle alguna que otra sesión de terapia. Sin lugar a dudas, saldría de este atolladero mental o eso pensaban sus superiores, que, henchidos de amor propio, se felicitaban. Aunque siempre hay daños colaterales...

La noticia fue difundida a bombo y platillo. El gobierno se tranquilizó y el público respiró de nuevo volviendo a sus rutinarias e insulsas vidas...

Después de todo, el Sr. Martínez tuvo suerte o depende cómo se mire. Él de seguro que le hubiera gustado ver ese famoso túnel al que los regresados del más allá relataban con entusiasmo. Nada más lejos de la realidad, tuvo un día redondo: en el momento adecuado y la persona idónea un cirujano de fama

mundial estaba ese día de guardia en el hospital en el que lo llevaron sin ninguna esperanza de que saliera vivo, pero la vida es así. Te da lo que no quieres y te quita lo que quieres...

“Por supuesto”, le remachaba una voz.

“O qué pensabas, será cuando yo diga, no cuando tú quieras”.

CAPÍTULO XXII (BLANCO)

El Sr. Martínez estaba embutido en una camisa de fuerza de color blanco dentro de un rectángulo blanco y metido adentro de otro, que no era otra cosa que su camastro. Todo el conjunto formaban la acolchada habitación en la que ocupaba su tiempo con la mente en blanco. El color blanco de las tapizadas paredes le deslumbraba de tal manera que bien pudieran haberle proporcionado unas gafas de sol. No fueron escuchadas sus súplicas al respecto. Por consiguiente, a partir de ahora y quién sabe hasta cuándo, odiaría el blanco, que para muchos era el color de la pureza por excelencia.

La cama y toda la ropa de la misma era de color blanco nieve. Aunque hacía frío en su peculiar celda. No era dicho color el culpable. Su mente no tenía otra obsesión que sus pensamientos en blanco. Su pasatiempo favorito, a falta de otro, era el mirar a la pared de color blanco. En un intento de fijar su mirada más allá del muro, estaba absorto en averiguar de qué estaría formado y si pudiera atravesarlo. Por suerte para él, las mentes pensantes ya previeron estos deseos, acolchando previamente las paredes, pero por qué de color blanco, se preguntaba una y otra vez el Sr. Martínez. Si él fuera una mujer, ¿serían de color rosa?

Todas estas cuestiones le tenían ocupado y preocupado en su digamos retiro forzoso.

Poco a poco del immaculado color blanco de la acolchada pared, lo mismo que si viniera de algún lugar del infinito planeta blanco, empezó a definirse los rasgos de una figura de un resplandeciente blanco nuclear, que aunque pudiera deslumbrarle el blanco del cubículo, este blanco no le dañaba a la vista. Los contornos de la figura fueron perfilando en un personaje hartamente conocido para nuestro maltrecho protagonista.

El Tiburón que estaba viviendo en su mente, que aunque estaba resguardado y seguro, pero ante el tedio y el aburrimiento, decidió que ya era hora de volver a atormentar a su *alter ego*:

Tiburón: Quién te ha visto y quién te ve.

Sr. Martínez: No fastidies, ya tengo bastante.

Tiburón: ¡Eres idiota! ¿Pensabas de verdad que arreglarías algo en este podrido mundo?

Sr. Martínez: ¡¡Vete a la mierda!!

Tiburón: ¡¡Mírate!! Imbécil, idiota, memo...

Sr. Martínez: ¡¡Cállate o te destruyo para siempre!!

Tiburón: ¿Tú, precisamente, tú?

Sr. Martínez: Dejaré de pensar en ti y morirás. Yo te creé y yo te destruiré.

Tiburón: Valiente idiota. Cuánto más hables de mí, más vivo estaré.

Sr. Martínez: Entonces me mataré y morirás conmigo.

Tiburón: Qué lerdo eres, piensas matar moscas a cañonazos.

Sr. Martínez: Ahora mismo dejaré de respirar.

Tiburón: Espera, que ya cuento yo: uno, dos, tres, cuatro, cinco y seis. Ja, ja, ja, ja, ja... No has aguantado ni seis segundos, suicida de pacotilla.

Sr. Martínez: Está bien, dejaré de comer.

Tiburón: Tonto, te obligarán. Te introducirán una goma hasta tu estómago y por ella te alimentarán.

El Sr. Martínez, lo mismo que un niño enrabiado, arremetió contra las acolchadas paredes en un inútil afán de quitarse de en medio y a su vez de matar al Tiburón, que seguía mofándose de él.

—Olé, así me gusta, que embistas como un toro bravo, olé y re-olé...

Era tal la furia con la que el Sr. Martínez arremetía contra las paredes, que se tambaleaban, con el consiguiente peligro de dañarlas.

Las mentes pensantes que lo estaban observando, a través de un circuito cerrado de televisión, se preocuparon no del demente, pero sí de sus queridas y caras instalaciones, decidieron que mejor administrarle un calmante. De repente, y para asombro del Sr. Martínez, bien disimulado en la pared, se abrió un hueco por el que se deslizó un enfermero portando una banderilla que calmaría los ardores de semejante toro. Como el mejor de los toreros, el mismo juntó las piernas, se puso de puntillas y alzó los brazos, en una de sus manos sobresalía la banderilla, que no era otra cosa que una enorme jeringuilla llena de un potente calmante. Al Sr. Martínez aquello le pareció que era su gran tarde. Rebufizó y con la pierna derecha arañó el suelo, puso cara de mala bestia y echando espuma por la boca arremetió en pos del atrevido enfermero, que dio un quiebro con su elegante cintura, esquivando a la bestia. En un preciso cálculo a su paso, le clavó en todo el trasero la droga que tanto precisaba. El Sr. Martínez dio unos cuantos pasos más, acabando por derrumbarse cuan largo era.

La cola de médicos que lo observaban acabaron aplaudiendo la maestría del enfermero, que, abatido el toro, dio una vuelta al derredor del demente. Una vez atado a su cama y a buen recaudo, fue cuando se pasó a debatir el futuro del mismo. El grupo lo conformaban tres médicos y una doctora. He dicho bien o hubiera sido mejor decir médica, el caso es que el corrector me acepta los dos por igual. La verdad que a mí me suena mal, pero qué le vamos a hacer. Empecemos de nuevo: había tres personas del sexo masculino y una del femenino, todas de la honorable y abnegada profesión de la rama sanitaria, que estaban debatiendo sobre el futuro del demente. Como siempre y no iba este relato a ser menos, la proporción femenina era desigual, pero para compensarlo, os diré que la fémina disponía de un cerebro privilegiado al lado de sus colegas varones, que estaban presionados por el fiscal, que a su vez lo estaban por el partido político de turno, que asimismo lo estaban por los electores de dicho partido, que querían a toda costa la cabeza del Sr. Martínez.

Los tres doctores se pensaban que todos los mortales eran unos ignorantes. Vestidos con esa orla de divinidad que ellos mismos se atribuyen estuvieron deliberando sin contar con la fémina, relegada a un segundo plano y, por ende, por las enfermeras, que se dedicaban a complacer a sus idolatrados médicos en pos de que se les pegaran algo de su aureola de dioses. Nuestra heroína luchó desde muy joven para abrirse paso en este mundo dominado por los varones. Lo que no sabían estos hombres subidos a la cúspide de la sociedad era que eran ayudados por algunas hembras que anhelaban que su alargada sombra las protegiera y, en compensación, les hiciera subir de escalafón en esta podrida y consumista sociedad.

Todo lo tuvo en contra, pero ella era tenaz, valiente y muy inteligente. Sorteó todas las dificultades que se encontró en su camino, y después de largos años (el doble que cualquier hombre) trabajando duro, por fin, se acercó al tan deseado mundo masculino. Estuvieron conformes los tres en que el Sr. Martínez no estaba ido y, por consiguiente, responsable de sus actos, lo que le llevaría a la pena de muerte y a calmar el clamor de toda la sociedad que pedía venganza. La fémina no estaba conforme y argumentó lo evidente, que si no veían más allá de sus narices que el susodicho estaba como una cabra. Se formó una disputa: el trío contra la lógica aplastante de ella.

Mientras discrepaban entre ellos, el Sr. Martínez que harto tenía el cuerpo de tanta droga, a la que estaba más que acostumbrado, por consiguiente, el calmante le hizo poco efecto, durando menos de lo esperado. Poco a poco fue despertando, transitoriamente mareado y rabioso como un lobo, empezó con sus dientes a desgarrar sus ataduras. Cuando se hubo liberado, advirtió la puerta disimulada en la pared, dejada entreabierta por el confiado enfermero.

Ninguno de los afamados doctores se apercibió del ataque de la bestia que, rauda y silenciosa como una pantera, se les vino encima. Entre que le desgarró el cuello al primero y los otros dos se quedaron petrificados de terror. Al Sr. Martínez le fue fácil acabar con su más que cómodas vidas. La fémina se

quedó quieta, pero no era el terror lo que la tenía atenazada, era la sensatez de quedarse inmóvil y no huir en una inútil retirada, que de seguro no tendría ninguna ventaja delante de semejante fiera. Al Sr. Martínez aquello le descolocó, acostumbrado a que sus presas huyeran.

Era mucho más divertido perseguir a las incautas víctimas que abalanzarse sobre una que aparentemente no demostraba temor alguno. La actitud de la fémina despertó su interés: su actitud era inteligente, con mucha sabiduría y precaución. Se le acercó, empezó a olisquearla en un afán de que algo le dijera de qué clase estaba hecha esta mujer. Sintió como su cuerpo exhalaba un olor, combinado con su habitual y sensual perfume.

Esa combinación de efluvios le extrañó todavía más, no era de terror o pánico por su persona, más bien era una emanación propia de una persona que estaba sopesando sus posibilidades de supervivencia. Aquello agradó al Sr. Martínez, enseguida advirtió que estaba delante de alguien que sin duda le inspiraba ingenio. Le acarició el cabello con un inusitado cariño en él, de alguna manera pretendió calmarla, mostrándole que no intentaba dañarla, y en un acto afectuoso le besó en la mejilla. A modo de despedida, le pasó el dedo índice por sus labios, en una clara señal de que guardara silencio, sonrió y acto seguido desapareció de la escena.

CAPÍTULO XXIII (FINAL)

Después de escapar del supuesto sanatorio de alta seguridad, una fuerza interior lo guió. Como un autómatas, se dirigió hacia un edificio de apartamentos del extrarradio de la ciudad dormitorio.

Le recibieron con natural familiaridad, una zona residencial de clase media-baja, con sus sucias aceras, sus jardines descuidados y sus calles abarrotadas de autos.

Su edificio tan uniforme como los demás de su barrio estaba dotado de un patio decorado con una imitación a mármol que tenía incrustadas vetas de color rosa, dicho ornamento desentonaba con el color amarillento que dejaban los canes a la altura del levantamiento de sus patas. Dentro del mismo en donde los buzones colmados de publicidad le recordaron muy a pesar suyo la vuelta a su vivienda.

Como siempre, el maldito aviso pegado a la puerta del ascensor le obligó a subir al inaccesible 5º piso. Conforme subía los interminables y desgastados escalones, el resuello de su agitada respiración, junto a sus maldiciones que iban dirigidas al descuidado administrador del edificio, le acompañaban como el ruido de una máquina de vapor anunciando su llegada a la estación.

La puerta de entrada de falso color caoba, tan insulsa como sus hermanas de rellano, estaba cerrada, quieta e infranqueable, pero nada más tocarla sus manos primero y luego todo su cuerpo, la traspasaron como si fuera de gelatina. Mientras atravesaba la materia, un estremecimiento le recorrió todo su cuerpo. Fue andando hasta el salón-comedor, en donde un hombre estaba dormitando en un desgastado y sufrido sofá. La estancia parecía un campo de batalla, el caos reinaba con auténtico despropósito: aquí y allá estaba todo lleno de revistas pornográficas, envoltorios de comida rápida, latas vacías de cerveza y ropa interior sucia. Todo este espectáculo dantesco lo culminó la baba que le caía de las comisuras de sus labios, formando un charquito en la ya sufrida alfombra, receptiva de todos sus desechos.

Lo miró, su barriga se movía al son de sus rugidos de fiera salvaje producidos por sus ronquidos. Una fuerza le atraía hacia él con tanto poder que ni él mismo demostró extrañeza alguna ni se inmutó en el momento que los dos fueron uno...

—¡¡Despierta!! —el tono imperativo de esa conocida voz le molestó tanto como si le hubieran dado una patada en sus partes nobles.

—¡¡No fastidies, Tiburón!! —respondió lo mismo que un niño que no quiere ir al colegio.

—¡¡Imbécil, que viene tu mujer!!

—¿Cómo... mi mujer? —contestó aturrido y soñoliento.

—¡¡Claro, idiota, ya no te acordabas!! —Apremió el Tiburón—. Sí, tu mujer y los niños, pedazo de alcornoque. Ya se te olvidó de nuevo ir a recogerlos a la estación. Te va a caer una buena, espabila... — por mucho que su amigo le reprochara y lo azuzara, el Sr. Martínez estaba dominado por el sopor de la siesta, que lo tenía totalmente anestesiado.

A duras penas consiguió levantarse, el efecto causado era todo lo contrario, más vale que se hubiera quedado allí mismo y parecer enfermo. Parecía un drogadicto en busca de su dosis, tropezaba aquí y allá, resbalando en sus propias inmundicias. Haciendo eses y sorteando obstáculos, como un esquiador de Gran Slalom, fue a parar a los pies de su esposa y niños, que estaban allí confusos y con un pasmo no entendiendo el porqué su marido y menos el padre de sus hijos pudiera comportarse lo mismo que un orangután.

Al Sr. Martínez, que todavía le duraba el sopor, le pareció que estaban allí plantados por alguna razón que se le escapaba de su entendimiento, pudiera ser por arte de magia o eso era lo que le pareció a nuestro protagonista. El único que se puso contento de verle fue el chucho de la familia, que empezó a lamerle la cara de beodo, que por cierto, sabía a todos los desechos. El can, agradecido por este

aperitivo inesperado, movía la cola con frenesí a la vez que ladraba a la dueña y sus retoños, no fuera que le privaran de la inesperada pitanza...

Huelga decir que ni tengo que contaros lo que aconteció después. Como era de prever, el imbécil en cuestión dio con sus huesos en la calle. Naturalmente, siguió pagando la hipoteca, la manutención de los niños y su mujer, que era totalmente dependiente de él y por supuesto todas la letras habidas y por haber de todos los electrodomésticos, vehículo familiar, las vacaciones a plazos, los gastos de la mismísima tarjeta de crédito y, por supuesto, el veterinario de la mascota de la familia...

En definitiva, que el Sr Martínez acabó en un cuchitril de mala muerte apto para hombres separados y desahuciados por su merecida torpeza.

Fin.

Table of Contents

[INTRODUCCIÓN](#)

[CAPÍTULO I \(UN ENCUENTRO INESPERADO\)](#)

[CAPÍTULO II \(CONOCIENDO AL NENE\)](#)

[CAPÍTULO III \(EL VIAJE\)](#)

[CAPÍTULO IV \(LA GUARIDA DEL JEFE\)](#)

[CAPÍTULO V \(NICOLE, LA HIJA DEL JEFE\)](#)

[CAPÍTULO VI \(EL PLAN\)](#)

[CAPÍTULO VII \(EL ENSAYO\)](#)

[CAPÍTULO VIII \(SEXO, DROGAS Y ROCK AND ROLL\)](#)

[CAPÍTULO IX \(EL DUELO\)](#)

[CAPÍTULO X \(TIBURÓN\)](#)

[CAPÍTULO XI \(¡¡QUIERO UN ENTIERRO DECENTE!!\)](#)

[CAPÍTULO XII \(EL SECUESTRO\)](#)

[CAPÍTULO XIII \(EL SANATORIO\)](#)

[CAPÍTULO XIV \(LOS BICHOS\)](#)

[CAPÍTULO XV \(EL SEÑOR MARTÍNEZ\)](#)

[CAPÍTULO XVI \(ENCUENTRO CON LA LOCA\)](#)

[CAPÍTULO XVII \(LOS DEMENTES JUSTICIEROS\)](#)

[CAPÍTULO XVIII \(LA FUNERARIA\)](#)

[CAPÍTULO XIX \(LA VENGANZA\)](#)

[CAPÍTULO XX \(HASTA NUNCA, LOCA\)](#)

[CAPÍTULO XXI \(EL TOPO\)](#)

[CAPÍTULO XXII \(BLANCO\)](#)

[CAPÍTULO XXIII \(FINAL\)](#)